



STEFANIA GIL

Novela Romántica-Erótica Navideña

Entre el
DESEEO
y el
Amor

Una coincidencia que lleva a dos desconocidos a creer que la soledad no es buena consejera y que la pasión siempre puede darle paso al amor.

Entre el deseo y el amor

STEFANIA GIL

Entre el deseo y el amor.
Copyright © 2018 Stefania Gil
www.stefaniagil.com

Los personajes, lugares y eventos descritos en esta novela son ficticios. Cualquier similitud con lugares, situaciones y/o personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

*

All rights reserved.

Fotografía Portada: Depositphoto.com
Diseño de Portada: La Taguara Design
Maquetación: Stefania Gil

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Contenido:

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Nota de la autora:](#)

[Estamos Reconectados Reenamorado PRIMERAS PÁGINAS](#)

[Prólogo](#)

I

[Querido lector:](#)

[Otras obras de la autora](#)

*«Porque sin buscarte,
te ando encontrando por todas partes,
principalmente cuando cierro los ojos».*

— **Julio Cortázar** —

Prólogo

Cuando Courtney entró en el edificio en el que vivía Ryan, decidida a expresarle lo arrepentida que estaba de haberle negado la oportunidad de estar juntos de otra manera que no fuese ocasional y en la cama, sentía que estaba haciendo lo correcto.

Y eso le daba pánico.

Porque sabía que ese sentimiento solo podía ser fruto del amor.

Bueno, no lo sabía, seguía sin saberlo porque nunca lo había sentido por nadie. Pero admitía que Ryan le hacía sentir cosas muy especiales que sobrepasaban a los buenos ratos de sexo; y que, cada día que pasaba, necesitaba a Ryan a su lado.

Aquello debía ser una clara señal ¿no?

Además, la conversación que tuvo con Ian, ese mismo día, le aclaró la mente en todos los aspectos que tenían relación con Ryan y su vida personal.

Necesitaba a Ryan su lado, porque lo amaba.

Sonrió con picardía porque era liberador poder admitirlo sin problemas, sin embargo, aún sentía algunos temores con respecto al futuro y la forma en la que el amor afectaría su vida.

Intentaba concentrarse en la conversación con Connor unas semanas antes, cuando su hermano le aseguró que su esposa seguía siendo ella y luchando por sus sueños a pesar de que se había convertido en esposa y en madre.

No sabía si ella podría hacerlo pero si no lo intentaba, no lo sabría nunca.

Si para tomar una decisión definitiva debía poner en un lado de la balanza: «perder a Ryan» y del otro «ser su novia, esposa, amante, madre de sus hijos o lo que él quisiera sin dejar a un lado su vida profesional»; para saber qué le dolía y asustaba más, de seguro la balanza se inclinaba a lo primero.

Perder a Ryan superaba —en creces— todos sus miedos.

Y suplicaba a Dios que le diera una nueva oportunidad con él.

Suspiró y se frotó las manos mientras esperaba el ascensor.

Exhaló el aire como su maestra de Yoga le enseñó a hacer.

—Todo va a estar bien, Courtney, cálmate. No parecen cosas tuyas — murmuraba mientras las puertas del ascensor se abrían y ella entraba.

La noche estaba helada. Estaba nevando, faltaban tres días para Navidad y su vida, en el último año, había cambiado tanto.

Un ascenso que le llevó a mudarse a Nueva York y que, posteriormente, le llevó a encontrarse con Ryan. Parecía como si la vida lo hubiese planificado todo.

Ese pensamiento le inyectó fuerzas para dejar sentir con mayor intensidad a su corazón. Courtney estaba descubriendo sentimientos que en su vida habría sentido por otro ser humano.

Y tenía tiempo sintiéndolo, solo que no quería darse cuenta de la verdad que llevaba en su interior.

¡Tan bien que estaba ella con su trabajo y sus amigos ocasionales!

Bufó.

Con su trabajo. Punto.

Inhaló y exhaló aire una vez más cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso en el que ella debía bajarse.

A la derecha, estaba un ventanal que dejaba ver la nieve caer.

Le gustaba el invierno, la ciudad cubierta de nieve, aunque era muy poco práctica y peligrosa en ciertas ocasiones.

Caminó por el pasillo con torpeza, los nervios no la dejaban moverse con facilidad.

Iba a hacer —prácticamente— una declaración de amor y se sentía como una adolescente que va a enfrentarse al chico que le gusta del colegio.

Cuando dobló en la esquina para enfilarse al segundo pasillo, en el que se encontraba el apartamento de Ryan, sintió gran ansiedad. El corazón parecía que se le quería salir por la boca.

Se detuvo frente a la puerta y tocó el timbre.

Se escucharon pasos del otro lado.

Cuando por fin la puerta se abrió, por poco se le cae el alma a los pies al descubrir que quien le abrió la puerta no era Ryan.

—¿Te puedo ayudar en algo? —la mujer en cuestión, era lo opuesto a ella. Sin curvas, diminuta, con el cabello rubio, y una vestimenta que le recordaba a las elegantes amas de casa de los años 60.

Muy-opuesto-a-ella.

La chica abrió los ojos y levantó las cejas esperando una respuesta de su parte.

—¿Vanessa? —Ryan apareció detrás de la chica con tan solo una toalla en la cintura y algunas gotas de agua que se le resbalaban de la piel de los brazos.

Courtney se llevó una mano a la boca del estómago.

Vanessa.

Courtney estaba intentando asimilar la escena.

Vanessa era la ex de Ryan. La ex que ya no le importaba.

¿O sí?

En ese momento, Ryan ladeó su cabeza para ver quien llamaba a su puerta y la vio.

Palideció por completo, mejor dicho.

—¿Courtney? —Ryan intentó llegar a ella pero Vanessa lo interceptó y lo tomó por el brazo dejando a la vista un bonito anillo de compromiso en su anular.

Courtney frunció el ceño y sintió que los ojos le ardieron como nunca en su vida.

Quizá no era tan ex.

Quizá ella era la estúpida que se creyó la historia del amor puro y maravilloso de parte del hombre más cruel del mundo.

Lo vio confundida.

No se podía creer que Ryan le hiciera eso.

Se frotó de nuevo la boca del estómago y retrocedió cuando vio que Ryan daba unos pasos hacia ella.

La que estaba de más allí, era ella.

No había nada de qué hablar.

Se dio la vuelta y dejando las lágrimas correr, aceleró el paso para llegar cuanto antes al ascensor y salir de ahí.

Necesitaba salir de la vida de Ryan para siempre.

Sabía que entregarse al amor no era buena idea.

—Nunca más, Courtney. Nunca más.

Capítulo 1

Faltaban tres meses para Navidad y en la ciudad llovía con fuerza.

Era uno de esos días que Courtney odiaba porque sabía que acabaría empapada de camino a la oficina.

Por fortuna, siempre tenía ropa de recambio en su espacio de trabajo; sin embargo, no le hacía gracia tener que arreglarse de nuevo el cabello fuera de su baño y alejada de todas sus herramientas para dejarlo como si acabara de salir del salón de belleza.

Claro, es día, con ese nivel de humedad, ni con mil productos podría hacer ver a su pelo como recién salido del salón de belleza.

Resopló mientras tomaba otro sorbo de su café.

Cuando salió de casa llovía con moderación y después de unos metros recorridos, el viento se desató haciendo imposible que la gente siguiera bajo la lluvia. La calle estaba desierta y la gente a resguardo bajo los techos de los locales comerciales.

«Un día gris y asqueroso» pensó Courtney.

Vio el reloj que llevaba en la muñeca y torció los labios.

No le quedaba más remedio que enfrentarse a la lluvia. Se le hacía tarde y necesitaba cumplir con las pautas del día porque la plantilla mayor de la revista estaba cada vez más exigente.

Se sacudió la pesadez que le producía la lluvia, tiró el vaso de cartón en la basura y luego exhaló el aire. Como si se estuviese preparando para correr un maratón.

Se acercó a la puerta, abrió el paraguas y salió a la calle.

El murmullo de la gente dentro del café, dio paso al choque de la lluvia contra el suelo.

Corrió cuanto pudo, no estaba lejos del edificio en el que se encontraban las oficinas principales de la revista *New Women Magazine*. Lugar en el que

Courtney tenía varios años trabajando.

Empezó como redactora de una sesión de moda y escaló pronto al puesto de Redactora en Jefe en la sede de DC. El cambio a Nueva York había sido muy positivo porque pasó a formar parte de los directivos sin dejar de cumplir su función como jefe de redacción. Que era lo que amaba hacer.

Se hicieron grandes cambios en el contenido de la revista a partir de su ascenso.

Sobre todo, después de que haber conseguido que la historia entre Emerick y Davina tuviera tanto éxito.

Emerick Eldridge, fue —aún lo era— uno de sus empleados estrella. Y «amante estrella» también. Además, era buen amigo. Trabajó con él varios años haciéndole responsable de la sección gastronómica y después de lo ocurrido con Davina, era un redactor *freelance* de la misma sección.

Emerick era de esos hombres que no entiendes cómo es que no puedes enamorarte de ellos si son simplemente perfectos.

Así era la vida. Y Courtney no estaba por la labor de enamorarse ni de Em, ni de nadie.

«Tú solo vas a casarte con tu trabajo» solía decirle Emerick en juego pero ambos sabían que, en el fondo, esa inocente broma escondía una gran verdad.

Por aquel tiempo en el que ella estuvo en DC, se habían quedado sin Celestine, la encargada de la sección «Cartas a Celestine» en la que la mujer respondía a los problemas amorosos de otras personas. La verdadera Celestine, estaba embarazada y su pequeño decidió venir antes al mundo por lo que la revista tuvo que concederle la baja por maternidad y además, conseguir un remplazo de un día para otro.

Cuando Courtney lo comentó con Emerick, este le propuso que él se ocuparía de su sección de siempre y de la de Celestine.

Courtney todavía recordaba cómo se burló de Em diciéndole que él no podía dar consejos del amor.

¡Qué equivocada estaba!

Emerick le demostró que no solo sabía mucho del amor, sino que también, le dejó ver una parte de él que desconocía y ella se sentía muy agradecida por haber podido ser parte de todo ese proceso que Em y Davina vivieron. Una historia que, admitía, era increíblemente romántica y dulce.

Sonrió pensando en sus amigos y en qué lugar de país estarían.

Viajaban en una caravana de lujo que el padre de Emerick les regaló

porque Davina era una fotógrafa estupenda y que tenía un ojo mágico para capturar momentos especiales de la naturaleza. En eso consistía su trabajo. Tomar fotos y luego venderlas a publicaciones como *New Women Magazine* para complementar los artículos y también para hacer exposiciones en la galería de su amigo Ian.

Ahora amigo de Courtney también.

Muy amigo, por cierto.

Y le agradaba que así fuera.

Ian y su esposo hacían una pareja encantadora y Courtney se sentía afortunada de tenerlos en su vida porque le hacían sentir menos sola.

Desde que se instaló en Nueva York no había sido capaz de conseguir una nueva conquista que fuera digno de meter en su cama.

Antes de pasar a la acción, Courtney necesitaba que alimentaran a su cerebro con buenas conversaciones, cultura general y encanto masculino que la seduzca a niveles máximos.

Todo lo encontrado hasta ese momento eran hombres que necesitaban llevarla a la cama con urgencia y que se valían de cualquier idiotez para alcanzar su meta.

Iba pensando en todo eso cuando entró en su oficina y Joy, su asistente de confianza, la recibió con una sonrisa de burla.

—No es gracioso —protestó Courtney haciéndole señas de que entrara con ella en la oficina. La mujer colaba agua y, si no se cambiaba de inmediato, iba a coger un buen resfriado—. Dime, por favor, que pudiste cambiar la cita de hoy para otro día en el que no esté diluviando.

Joy negó con la cabeza y Courtney se desinfló.

—Y Ellie Griffin estará con la agenda a tope hasta el próximo mes, después se casa y se va de vacaciones unas semanas. Si no la entrevistas hoy, nos quedamos sin exclusiva del negocio sensación del momento en la ciudad.

—¿Puedo enviar a alguien?

Joy sonrió con compasión.

—No estarías siendo tú y te quedarías aquí mortificada por si todo estará saliendo bien.

—A veces odio lo mucho que me conoces.

Ambas mujeres rieron.

—Te traeré un café mientras te arreglas el cabello. Un moño sería la solución más acertada después de que lo seques con el secador.

Courtney levantó la ceja hasta el cielo. Odiaba los moños, le recordaban

a su madre a quien extrañaba de más.

Hacía unos años, el cáncer se la había llevado sin darles chance de nada. Y lo que más detestaba era no haberle podido ayudar en el dolor que padeció.

Cuando se recogía su larga melena negra en un elegante moño, era igualita a su madre.

Joy entró de nuevo con café en mano.

—Te ves genial.

—Y en cuanto salga de aquí, me voy a mojar de nuevo.

—No. Acaban de decir que se mantendrá el mal tiempo pero que hasta dentro de dos horas no volverá a llover.

—Entonces me voy volando.

Courtney bebió el café con prisa y se marchó antes de que la lluvia la alcanzara de nuevo.

En un moderno edificio en Midtown Manhattan se encontraba la nueva sede de *Ellie Griffin & co*. Una compañía de organización de fiestas infantiles y juveniles que aseguró su ascenso al hacerse famosa entre la alta sociedad de Nueva York.

Courtney había visto las fotos de los eventos y le llamó la atención de inmediato. «Frescura, elegancia, diversión y seguridad» eran las palabras claves que usaría para redactar ese nuevo artículo en la revista y hacerlo parte de la editorial. Le gustaba hablar en sus editoriales de mujeres emprendedoras que luchaban por alcanzar sus sueños.

Las oficinas hablaban bien de la sobriedad y elegancia de Ellie Griffin, la copropietaria del negocio.

En la recepción no había nadie y decidió esperar un poco.

Pasados unos minutos, que se acercaban demasiado a la hora de la cita con Ellie, decidió hacerse ver por algún empleado. No quería que pensarán que ella llegó retrasada y tampoco estaba de humor para perder la cita por la ineficiencia de un empleado que no ocupaba su puesto de trabajo cuando debía hacerlo.

Se asomó detrás de la pared de la recepción y vio a dos personas hablando dentro de una oficina con paredes de cristal.

Se estiró la chaqueta y atravesó un *lobby* de espera hasta llegar a las dos personas que, más que hablar, parecían discutir.

—¿Hasta cuándo piensas seguir con eso? ¡Por el amor de Dios! ¿Es que no te das cuenta de que te manipula?

—No es algo que tú y yo vayamos a discutir de nuevo, es mi vida, y no tengo por qué darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer.

—Eres un perfecto imbécil.

Courtney se detuvo a medio camino cuando entendió que la discusión estaba en su punto más álgido. Y decidió quedarse hasta donde alcanzó a llegar.

—Es posible, pero prefiero ser un perfecto imbécil con Vanessa que solo.

El hombre, mal encarado, muy guapo y con un gran parecido con la chica con la que discutía, según observó Courtney, salió de la oficina dejando a la mujer con el ceño fruncido y sintiéndose culpable.

Pasó cerca de Courtney y dejó una estela de fragancias silvestres y madera.

Courtney tuvo un par de pensamientos eróticos con respecto al hombre y pensó en que debía encontrar pronto un sustituto para Emerick porque necesitaba un compañero que la ayudara a relajarse.

La chica, que ya a esas alturas Courtney había entendido era Ellie Griffin en persona, se sentó detrás de su escritorio y se tapó el rostro con las manos.

Courtney sabía lo que era tener hermanos.

Tenía cinco y lidiar con cada uno podía llegar a ser un infierno.

En su caso, esas escenas dejaron de existir porque ya todos estaban casados y con hijos; pero sí que vivió momentos en los que habría querido darle bofetones a dos de sus hermanos por estar enamorados, según ellos, de mujeres que hasta el último momento les manipularon de las peores maneras.

No entendía cómo no se daban cuenta de lo que les hacían esas chicas y de seguro, Ellie pasaba por lo mismo con mayor frustración, claro está, porque el hermano de Ellie era un hombre hecho y derecho para ir con esas tonterías.

Ellie por fin la vio y Courtney decidió acercarse.

—Lo siento, no había nadie en la recepción y decidí esperar aquí porque vi que estabas reunida...

—¿Eres de la revista? —Courtney asintió—. No tienes que disculparte, no tenemos a nadie fijo en la recepción. Es algo que arreglaremos pronto. Siéntate. ¿Quieres algo de tomar?

—Estoy bien, gracias.

Las mujeres se acomodaron y Courtney empezó a hacer su trabajo porque entendió que Ellie tenía el tiempo justo.

Ellie Griffin le pareció encantadora. Una chica decidida, arriesgada y que proyectaba una seguridad formidable. Le explicó cómo formó la empresa, cuándo decidió agregar una socia que era su mejor amiga y cuándo deciden ampliar a Nueva York porque ella era de Boston.

—Encontré el amor, Courtney; y aunque estuve a punto de hacer varias estupideces que me hubiesen apartado de él definitivamente, en algún punto de mi vida entendí que Sean Norton es mi absoluta felicidad y que tengo que perseguirlo a si se sea para darle la vuelta al mundo. Es por eso que decidimos abrir una sucursal aquí. Mi futuro marido es el Jefe de urgencias del *Mercy Hospital* y no podía perder esa gran oportunidad en su carrera por mí, después de todo lo que le hice pasar.

Courtney se interesó por saber un poco más de la historia entre Sean y Ellie.

La rubia no tuvo ningún problema en contarle todo. Incluso su intento de suicidio por un amor que no le correspondía y el cual no le dejaba ver a Norton como hombre.

Courtney no salía de su asombro.

—Tu actitud y personalidad jamás me habrían dado a entender que alguna vez hubieses podido atentar contra tu vida por un hombre.

—Lo sé, ni yo misma me lo creo. Fue una real estupidez. Es por eso que no creo en las amenazas de mujeres que están desesperadas por conseguir un hombre. Cuando quieres tomar acción lo haces, sin amenazar.

Courtney también lo consideraba así, e intuyó que aquello venía en parte por desahogo de lo que le dijo antes a su hermano.

Después de conversar un poco más y seguir apuntando datos importantes a parte de la grabación que hacía, Courtney se despidió y salió de la oficina un poco más relajada.

Ya tenía en mente un artículo fabuloso para *Ellie Griffin & co.* Y además, la chica le dio material de sobra para mencionarle en la editorial que tenía que redactar.

Parecía que su día se había arreglado de pronto y podría aprovechar esa maravillosa racha de inspiración.

Capítulo 2

Ryan Griffin no se sentía del todo bien ese día.

Todo empezó unos días antes, con una llamada de Vanessa diciendo que volvía a la ciudad porque le echaba de menos.

En cierto modo, él también le echaba de menos a ella.

Sabía cómo funcionaba la relación entre ellos, no tenía dos días conociendo a Vanessa y entendía que la chica se movía por caprichos.

Una de las cosas que le atrajo de ella desde el inicio.

Ryan jamás se interesó por mujeres cabeza hueca, pero esta se le coló en la vida de una manera que aún no lograba entender.

Probablemente era el pecho de ella y esa actitud de ser tan mojigata que tenía frente a los demás y que le servía de prisión a la mujer de pasión extendida que llevaba en el interior.

Que dejaba escapar cuando estaban a puerta cerrada y que le producía tanto placer a Ryan.

Vanessa era el clásico modelo de chica que pretende parecer recatada y centrada pero que en cuanto las cosas no salen como ella dice, se dedica a hacerle la vida un infierno al culpable de turno.

La conoció en un mercado local de Arlington. Procedente de una familia decente aunque carente de recursos.

Y lo que en un principio le pareció encantador en ella, hoy empezaba a molestarle.

Sobre todo después de que ella lo manipulara con intentar quitarse la vida si él decidía irse a Nueva York.

Tuvo suerte de que aquella amenaza la hiciese antes de lo ocurrido con Ellie porque de haber sido después, no se lo habría perdonado jamás. Ni siquiera con la angustia que le producía saber que podría quedarse solo para siempre.

No le gustaba la soledad.

Nunca le había gustado.

Veía a sus amigos casarse, formar familia, y él seguía en el mismo sitio.

Siendo el soltero del grupo. Quedándose cada vez más solo porque sus propios amigos ya no disponían del tiempo para salir como solían hacerlo antes.

Fue una de las razones por las que se mudó a Nueva York, necesitaba encontrar un nuevo círculo social.

También olvidarse de Leah de una vez y por todas.

Leah Simmons fue ese amor de niño que se vio materializado en la adolescencia e interrumpido en la adultez.

Despertaba tantas cosas en él, tanta ternura. Cada vez que la veía sentía que las cosas a su alrededor mejoraban.

Leah decidió poner sus ojos en Jonathan que la hizo sufrir y bueno, ella se aferró a un imposible, Ryan aferrado a ella; y para ese momento, también aferrado a Vanessa que era lo seguro si no tenía a Leah.

La soledad apestaba.

Unos días antes estuvo en casa de un compañero de trabajo y llegó a sentir envidia del hombre. La esposa era un encanto de mujer, dos niñas adorables y educadas, incluso tenían un perro que le pareció divertido a Ryan, que odiaba a las mascotas por las severas alergias que le producían.

Y se sintió horrible cuando llegó a su casa y nadie le recibió feliz y con un cálido beso.

La gente siempre pensaba que Ryan era el chico guapo que conquistaba a todas las chicas que veía a su paso, pero la realidad era muy diferente y quien lo conocía de verdad se daba cuenta en seguida que por su vida pasaron pocas mujeres y casi todas, se acercaron por cuenta propia.

Le costaba entrar en acción.

«Cazar», según lo llamaba Ellie, que era una experta en eso de las cacerías.

En la universidad le ocurrió lo mismo, aprovechaba cuando las chicas se le servían por cuenta propia para él no tener que ir por ellas. Por supuesto, su condición introvertida le obligaba a conformarse con lo que se le presentaba.

Como ocurrió con Vanessa.

Vanessa.

Le llamó tres veces más ese día y pensaba que estaba a punto de arrepentirse en haberle dicho que quería arreglar las cosas con ella.

Debía intentarlo. Era su opción disponible.

Además, tenía cosas a favor también.

Era fiel, amorosa, estaba muy al pendiente de él —a veces de más—. Y

soñaba con formar una familia como la que él quería.

Los Griffin fueron siempre una familia de apariencias y controles.

La madre de Ryan, Laureen, empezaba a cambiar un poco su manera de ser después de lo ocurrido con Ellie porque cometió un error grave durante la recuperación de la chica que la llevó a ganarse el silencio de toda la familia por un buen tiempo.

Las cosas empezaban a mejorar para todos. La boda de Ellie había menguado las diferencias y aunque Laureen se empeñaba en controlar un poco aun a sus hijos y esposo, ya ninguno le hacía caso. Y le ponían un alto de frente cuando sentían que se estaba sobrepasando.

A Ryan le venía bien que su hermanita se hubiese mudado a Nueva York. Sin embargo, ese día no le hacía ninguna gracia por la pelea que tuvieron en su oficina.

Ellie nunca aceptó de buen agrado a Vanessa y esa mañana le dejaba en claro su opinión sobre las intenciones de Ryan de formalizar la relación con la chica.

¿Qué más podía hacer?

¿No era mejor tomar lo que tenía seguro que quedarse a la deriva?

Cuando su móvil sonaba por cuarta vez, se metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó el móvil sin batería que consiguió aquella mañana en la cafetería.

Lo dejó en el escritorio y del otro bolsillo, sacó el suyo que seguía sonando y mostrándole una foto de Vanessa.

Respiró profundo.

Contestó.

—¡Pastelito! —cerró los ojos y respiró profundo de nuevo. Nunca le había gustado que ella le llamara así, sin embargo, se lo permitía porque le hacía feliz a ella—. Cielo, estoy saliendo para tu casa.

Ryan se pinchó el puente de la nariz. No pensaba que lo haría tan pronto. En la última conversación quedaron en verse pronto.

Pronto.

No de inmediato.

—¿Pastelito?

—Sí, Vanessa, estoy aquí —intentó calmar su desesperación interior. Después de todo, eso era lo que él quería ¿no? Pues tenía que recibirlo de buen modo—. Me parece genial, cariño.

—¡Ay! Tengo tantas ganas de verte, te he extrañado mucho en este tiempo

que llevamos sin vernos.

—Lo sé, yo también.

—Te veo en unas horas. Te amo.

—Buena viaje, besos.

Ryan dejó caer el móvil en el escritorio, junto al otro que permanecía apagado.

Esa mañana, cuando salió de casa, llovía a cantaros, y buscó refugio en una cafetería cercana a su casa.

Cuando estuvo listo para enfrentarse al mal clima porque si no llegaría tarde a su puesto de trabajo, se dio cuenta de que debajo de una mesa había un móvil que nadie más había visto. Decidió tomarlo y reportarlo o intentar comunicarse con su dueño porque entendía lo que significaba perder el móvil hoy en día. Era como perder el registro entero de tu vida.

Pero para su sorpresa el aparato no tenía batería.

Tendría que esperar a llegar a casa porque en el trabajo tampoco tenía un cargador disponible. Por fortuna era aún modelo igual al suyo y lo conectaría a la corriente únicamente para comunicarse con alguien que lo esté buscando.

Después acordaría un punto de encuentro y lo entregaría al día siguiente.

Sería su buena obra del día.

—¡Joy!

La asistente entró con prisa a la oficina. Courtney nunca levantaba la voz.

—¿Qué ocurre?

—¿Has visto mi móvil?

La chica negó con la cabeza y los ojos abiertos.

—¡Maldición! Como haya perdido el maldito teléfono puedes ir buscándome un hueco en el cementerio porque yo misma me voy a asesinar.

Joy sonrió divertida.

—Te quieres demasiado a ti misma como para hacer una estupidez de esa por un simple aparato.

Courtney la fulminó con la mirada y después siguió rebuscando entre las cosas de su cartera.

—¡No está!

—Tiene que estar, es como una extensión de tu brazo. No pudiste abandonarlo en ningún lado.

—Voy a morir. Lo juro.

—Ok, vamos a calmarnos. Llamaré a Ellie Griffin para ver si ella lo encuentra en su oficina, si no, llamaré al cementerio.

Courtney bufó y Joy soltó una risita divertida negando con la cabeza.

A su jefa le hacía falta un amigo con derechos a desayunos después de noches ardientes.

Courtney funcionaba sin compromisos emocionales y por ello le costaba encontrar a un hombre que solo se enganchara a su cama.

Marcó el teléfono de la oficina de Ellie.

—Buenas tardes, con Ellie Griffin, por favor.

—Hablas con ella.

—Hola, Ellie, te habla Joy, la asistente de Courtney Moore.

—En qué te puedo ayudar.

Joy le explicó la pérdida del móvil de Courtney. Ellie le dejó en espera mientras rebuscaba en su oficina y en los alrededores en caso de que se hubiese caído. También preguntó a algunos empleados y nadie supo darle razón del aparato.

—Gracias por esperar, Joy. Lo siento. No lo conseguí. Pero te dejaré saber si lo encuentro aquí.

—Muchas gracias y disculpa las molestias.

—Para nada —Joy la sintió sonreír—. ¡Oye! Ya que llamas, dile a Courtney que nos gustaría tenerle en representación de la revista en una especie de inauguración tardía de la sede que haremos en unos días. Por fin mi socia y yo hemos decidido una fecha hoy.

—Se lo diré.

—Y aprovechas a venir tú también, si quieres.

—¡Gracias, lo conversaré con Courtney!

Las mujeres se despidieron y Joy volvió a la oficina de su jefa.

—No está allí. Por cierto, Ellie dijo que estás invitada a la fiesta inauguración de la sede que será en nos días.

—¿Le preguntaste si pueden asistir fantasmas? Porque es lo que quedará de mi si no encontramos mi teléfono.

—Calmate. Hay gente buena en el mundo —Joy hizo una pausa—. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Courtney quedó pensativa.

—En casa.

Joy abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Te pasaste todo el día sin usar la extensión de tu brazo?

—Joy, deja el sarcasmo que no es el momento. Esto es serio. Sé que lo metí en el bolso y no, no lo había asado porque anoche no sé qué diablos pasó con el cargador inalámbrico que no funcionó y estaba sin batería.

—Muy bien. Probablemente sí deba llamar al cementerio porque eso complica más las cosas. Enviaré un mensaje de texto con la dirección de la oficina para que lo dejen aquí en caso de que lo encienda. Hay buenas personas en el mundo, ya lo verás.

—Si tú lo dices. Esperaremos hasta mañana al mediodía. Si no responden, lo mandamos a bloquear.

—Ok.

Joy se disponía a salir de la oficina cuando su jefa dijo las últimas palabras:

—Ofrece recompensa en el mensaje. 200 dólares para que lo traigan sin un rasguño. Tú te encargas de la transacción. Te dejaré el dinero antes de irme.

—Sí, señora.

Ryan salió del baño con la toalla en la cintura y se llevó una gran sorpresa —o susto, según se viera— cuando se encontró con Vanessa sentada en el sofá del salón.

—¡Por dios, Vanessa! ¿Por qué diablos no avisaste que ya habías llegado?

Ella le sonrió con ironía y se le acercó para darle un beso en los labios que él recibió sin emoción alguna.

Recordó a su amigo, cuando su mujer lo recibió en casa y la forma en la que se vieron antes de darse un beso.

Ni parecido a aquella escena que él vivía.

Suspiró.

—Tengo las llaves, pastelito. Tú mismo me las diste y la última vez me fui tan desilusionada, que no te las di.

Lo recordaba perfectamente.

Uno de los estallidos de inseguridad de Vanessa fue lo que los llevó a esa pausa momentánea.

Eran muy frecuentes, cada vez más y con ellos se hacía cada vez más presente el poder de control que ella quería ejercer sobre él.

Pensó en que a su madre también le permitió controlarle toda su vida porque no se atrevía a ponerle un hasta aquí. Afortunadamente, lo ocurrido con Ellie, le hizo tomar el valor necesario para enfrentarla.

—¿No estás feliz de que haya llegado? —así era ella.

—Sí, cariño, lo estoy —le dio un beso fugaz en una mejilla y se zafó como pudo de ella para ir a vestirse pero la chica fue audaz y cuando Ryan se dio cuenta la toalla que le tapaba su parte íntima ya estaba en el suelo y ella le acariciaba el cuerpo entero con las manos mientras lo veía a los ojos con picardía y sensualidad.

De inmediato, su sexo reaccionó y reclamó la atención que ella estaba dispuesta a darle.

Se colocó de cuclillas y acarició el miembro de Ryan en toda su extensión.

Sus manos y su boca fueron enloquecedoras para el hombre que estaba desesperado por poseer a la chica.

Ella le seguía dedicando miradas sexis.

Cuando sintió que los músculos se le tensaban, le pidió que parara y que se sacara la ropa interior.

Ella le obedeció.

La chica siempre iba en vestidos recatados, muy al estilo de los años 60 pero con diminuta ropa interior de encaje que enloquecían a Ryan.

Vanessa se colocó de rodillas en el bordé del sofá del salón y levantó la falda del vestido que le tapaba aun parte del trasero.

Aquella visión fue suficiente para que Ryan decidiera penetrarla sin ningún juego previo.

Y lo hizo.

Ella gimió de placer contrayendo los músculos de la vagina al rededor del miembro de Ryan que dejó fluir su pasión en ella.

Repitieron la escena con otros juegos y en otras áreas de la casa hasta que se sintieron satisfechos.

Después de recoger la ropa de ella del suelo y asearse, fueron a la cocina a comer algo antes de irse a la cama.

Empezaba a llover de nuevo y Ryan ya había visto que al día siguiente el clima no mejoraría y él tenía que estar temprano en la oficina sin falta por una reunión importante.

Tenía un buen puesto como administrador en una trasnacional de renombre en el país. No podía darse el lujo de llegar tarde dos días seguidos.

—Estoy tan feliz de que estemos juntos de nuevo, pastelito.

Ryan le sonrió y asintió con la cabeza mientras comía un sándwich de pavo y lechuga que la chica le había preparado.

Al día siguiente limpiaría la casa, lavaría la ropa, plancharía a la perfección todo lo que hiciera falta planchar, cocinaría algo muy elaborado y haría planes por los dos para el próximo fin de semana.

«Como de costumbre» pensó Ryan con hastío.

¿No se suponía que eso era lo que él quería? ¿No estar solo?

«Conformate, compañero» pensó otra vez mientras ponía un poco de atención en lo que ella le hablaba. Nada relevante, como siempre. Las tonterías que veía en televisión y las otras tonterías que hablaba con sus amigas de la infancia que todas aspiraban más o menos al mismo puesto: el ama de casa perfecta. La competencia entre ellas era dura y Ryan sabía que eran crueles con Vanessa porque era la única del grupo que aún no concretaba su relación con él.

Las demás, en su mayoría, hasta hijos tenían.

Suspiró de nuevo.

¿Y si daba el paso?

¿Si le pedía matrimonio de una maldita vez y ya?

Su móvil sonó.

Notó cuando ella de inmediato le lanzó una mirada a la pantalla para poder saber «sin querer» quien le mensajeaba.

—Vanessa, si vamos a hacer esto bien, tenemos que dejar a un lado los celos.

—Lo siento, pastelito, tienes razón.

Le dio un beso en los labios y se levantó para recoger los platos sucios y lavarlos.

Ryan leyó el mensaje de su hermana.

“Fiesta de inauguración de la sede la próxima semana. Traje coctel. 8 p.m. Te confirmo la dirección mañana”.

“Ahí estaré, con Vanessa”

“Lo que sea”

Negó con la cabeza. Ellie no le hacía las cosas más fáciles.

Vio a Vanessa mientras recogía los platos y los metía en el lavavajillas.

Era una chica hermosa. Cabello rubio, pequeña, sin curvas marcadas, pero que él le gustaban.

De hecho, le gustaban así, mujeres de belleza clásica. Nada exuberante

que en el caso de Vanessa lo más exuberante que tenía era el pecho. De buen tamaño, según Ryan. Un poco desproporcionado para su estatura.

Se maquillaba poco, cosa que Ryan agradecía porque no soportaba a las mujeres que se cubrían el rostro con miles de capas de maquillaje.

Suspiró de nuevo.

—¿Qué ocurre, pastelito?

—Nada —le sonrió con dulzura. Y se levantó para darle un beso que la calmara y que le diera a él la seguridad que inconscientemente necesitaba.

Ya tenía que dejar de evaluar, pensar, y meditar lo de su relación con Vanessa. Él estaba metido allí por gusto y por no estar solo. Así que era momento de asumir al completo que su vida sería junto a Vanessa.

Capítulo 3

Courtney llegó al lugar indicado en la invitación un poco antes de las 8 p.m.

Quería tener la oportunidad de hacer buenas fotos antes de que empezaran a llegar todos los invitados. Hacía tiempo que no le dedicaba tanto a un reportaje para la revista. Estaba recordando sus inicios y le gustaba estar de vuelta en el campo.

A veces ser la jefa la convertía en un ser aburrido y monótono detrás del escritorio.

Joy la acompañaba, ambas llevaban un elegante traje de pantalón con chaqueta a juego y camisa de gasa blanca debajo. Aquel día no llovía y era maravilloso disfrutar del otoño sin agua de por medio.

Su asistente tomaría las fotos y ella las notas importantes del evento. Harían un gran reportaje para el siguiente número que se estaba editando.

Ya lo había conversado con la plantilla mayor de la revista y les pareció buena la idea debido a la clase e importancia que tenía el negocio de Ellie en la ciudad en ese momento,

Ellie las recibió junto a su socia, Leah que a Courtney le pareció encantadora.

Los esposos de ambas revoloteaban alrededor de las mujeres, apoyándolas y cuidando que todo saliera bien esa noche.

A Courtney todo le parecía fabuloso.

Una decoración sobria y elegante, champaña y comida para los invitados. Un hilo musical relajante pero moderno que invitaba a conversar con tranquilidad y disfrutar la velada al máximo.

—Veo muchas familias de la alta sociedad de la ciudad aquí.

—Tienen buenos contactos, Joy. Estas chicas llegaron de Boston para quedarse y estoy segura que serán un éxito total por mucho tiempo. Tienen un concepto de fiestas para niños y adolescentes que es diferente al resto y en donde más han sabido destacar es en el trato personalizado que le dan al cliente.

—Una madre feliz es un cliente seguro para toda la vida —acotó Joy sonriente.

—Es así, querida.

Un mesero les ofreció bebida que ellas, sin duda, aceptaron.

—Fue buena idea llegar antes, tengo fotos buenas del lugar y de ellas dos.

—Sí, estoy segura de que todo el reportaje quedará estupendo.

Hicieron unos minutos de silencio mientras probaban algunos pasapalos que los meseros iban pasando cerca de ellas.

—¡Oh por Dios! Estamos de suerte —dijo Joy sonriendo ampliamente a Courtney. Esta la observaba sin entender nada—. El hombre que está hablando con Ellie, es el salvador de tu teléfono.

Courtney entendió la extraña coincidencia del destino.

—Es el hermano de Ellie.

—¡Oh! Pues ahora que los veo conversando juntos, sí, se parecen,

—Discuten, como la última vez.

Joy la vio con duda.

—Cuando fui a la oficina de Ellie, él estaba ahí y discutían. Supongo que es porque a ella no le gusta la novia de turno del galán.

—¡Dios! ¿Cómo haces para saberlo todo? Razón tiene Emerick al decir que eres como un detector de verdades.

—De mentiras.

—Sí, ya sé que es de mentiras, eso también lo eres. Pero en casos como este no hay mentiras, solo hay una historia que tú, no sé cómo diablos, ya conoces.

Solo hay que ver la postura de ambos cuando conversan Joy. ¿Te parecen relajados? ¿Ves cómo aprietan la mandíbula? Además, el otro día, Ellie le decía algo como que la chica lo manipulaba y él la mandaba a salirse de sus asuntos.

Joy la vio con nerviosismo a los ojos indicándole que hiciera silencio y a la vez levantó la mano para saludar al hombre de forma casual.

—¿Joy, verdad? —preguntó Ryan una vez estuvo cerca de las mujeres y fue cuando Courtney se dio la vuelta y lo detalló al completo. Era una gran tentación.

Justo como lo necesitaba ella físicamente. Aunque le gustaban un poco más musculosos.

Delgado, de buena estatura, con cara de ángel. Él la observaba con una sonrisa divertida en el rostro.

—¡Courtney! —Joy llamó su atención y ella parpadeó un par de veces—.
¿Qué pasa contigo?

—Nada es que estaba pensando en una parte del artículo que tenemos que preparar —comentó con rapidez y le tendió la mano a Ryan viéndole directo a los ojos—. Mucho gusto, gracias por traerme de vuelta el teléfono.

—La próxima vez no lo dejes olvidado en ningún lado y si lo haces, te recomiendo no ofrecer tanto dinero.

—200 dólares no son nada por la lista de contactos que tengo ahí.

—He debido pedir un rescate entonces.

Courtney sonrió. La velocidad en las respuestas de Ryan le gustaba.

Ladeó la cabeza y asintió.

—Habría sido inteligente por tu parte si te hubieses dedicado a revisar el contenido del teléfono.

—¿Y cómo sabes que no lo hice? —ambos rieron.

Joy los veía fascinada.

—Es verdad, no tengo la certeza pero confío en que eres un caballero que no vas hurgando en la vida de los demás.

—No pudiste haberlo dicho mejor. Encantado de conocerles, voy a saludar a la familia.

Señaló hacia una mesa en la que estaban sentados un grupo de personas mayores y una mujer que contaba gran parecido con Ellie y con él levantó la mano para saludarle.

Era su madre.

Las mujeres asintieron y le dejaron el camino libre.

—Dios santo. Tienes que meter a ese caballero en tu cama.

Courtney estaba de acuerdo con Joy porque en esos pocos minutos Ryan había cumplido con parte de sus requisitos para sus candidatos a aventuras.

Pero este tenía un grave problema.

—Eso no va a ser posible, Joy. Me gusta disfrutar de los hombre libres. Y este, no lo está.

Ryan recibió un mensaje en su móvil.

“Me siento muy mal, y estoy sola”

Volvió los ojos al techo.

Había tenido una semana intensa en el trabajo y en casa con Vanessa.

Su nueva tarea era ahogarlo con la idea de que estarían mejor si se regresaran a Arlington.

Algo que él no quería y no sabía cómo decírselo sin que se armara un drama por su parte.

La verdad era que él, en Nueva York, se sentía a gusto. Estaba feliz.

Mucho más de lo que estuvo en su ciudad natal y allí estaba Ellie, que era la persona que más adoraba en el mundo a nivel familiar. Así que no tenía intenciones de moverse de allí.

Lo de Vanessa era otro capricho.

Se bebió la copa de champaña entera y luego tomó otra de la bandeja del mesero que pasaba por su lado.

Ellie y Leah estaban preciosas. La fiesta les quedó estupenda y tendrían muchísima publicidad porque estaban presentes algunos reporteros de medios importantes.

Vio a Joy tomar fotos a una mesa de exhibición que instalaron en una esquina del recinto.

Y observó cuando la mujer que extravió su móvil, ¿cómo se llamaba? ¡Ah! ¡Sí! Courtney, le daba algunas indicaciones.

—Courtney es una mujer con la que te gustaría conversar.

Ryan volvió los ojos al cielo otra vez.

Esta vez, por culpa de su hermana.

—Ryan, no te comportes de esa manera tan infantil. Tú no eres para Vanessa.

Él la vio con curiosidad, siempre le decía que Vanessa no era mujer para él.

Ahora volteaba la frase.

—No me veas así —acotó su hermana enfadada—. ¿Crees que de verdad está enferma?

—¿Por qué debería dudarlo?

—Porque no nos soporta porque sabemos cuál es su maldito juego — Ellie estaba levantando un poco la voz y Ryan se dedicó a observar a su alrededor para verificar que nadie estuviese al pendiente de ellos.

Y bueno, ningún invitado lo estaba, excepto su padre. Que se acercó a ellos de inmediato.

Edmond Griffin había cambiado mucho desde lo ocurrido con Ellie y se volvió en un padre fantástico para sus hijos. Dejó de ser la marioneta de Laureen, su esposa y madre de Ryan y Ellie, para ser un hombre con voz

propia y ese cambio le acercó mucho a Ryan que ahora disfrutaba pasar tiempo de «chicos» con su padre.

—Ellie, Leah te necesita.

Ahora fue Ellie la que volvió los ojos al cielo cuando vio a Leah ocupada en atender a unos invitados especiales. Sabía que su socia se podía encargar de toda la fiesta por su cuenta pero su padre lo que quería era que se alejara de ahí.

—¿Cómo te va?

—Bien —le respondió Ryan a su padre con una media sonrisa.

—Es guapa ¿ah?

—¿Quién? —preguntó Ryan desorientado.

—La chica que estabas viendo antes con tanto detalle.

Frunció el ceño viendo a su padre a los ojos.

—Ella —y señaló con disimulo hacia donde se encontraba Courtney.

—No, papá, te confundes. No la estaba viendo con detalle. Solo pensaba en lo bien que le vienen a Ellie y a Leah que esa importante revista les esté haciendo un reportaje. Además, hace unos días esa misma chica perdió su móvil y yo fui quien lo encontró y por supuesto, se lo devolvió.

—Mmmm.

Ryan vio con desconcierto a su padre. No entendía esos tonos de voz que estaba usando con él.

—¿Te gusta?

—Bueno, hijo, no soy ciego. Amo a tu madre y sería incapaz de engañarla pero todavía puedo ver por cuenta propia cuando una persona es atractiva físicamente. Tú lo eres.

Ryan soltó una carcajada.

—Creo que has bebido demasiado.

—Yo te veo más solo que si lo estuvieses. ¿O me equivoco?

Ryan frunció el ceño de nuevo. Esta vez no vio a su padre.

No, no se equivocaba.

—Ellie solo cuida de ti. Como lo hacemos los demás solo que tu madre y yo preferimos no interferir en tu vida.

—Pero están de acuerdo con Ellie.

Su padre asintió ligeramente con la cabeza.

—Tú lo estarías también si vieras las cosas con un poco más de sentido común. La soledad, y el miedo a ella, son malos consejeros, Ryan. No te conformes con lo que tienes si eso que tienes no te hace muy feliz.

—No soy bueno buscando cosas nuevas, papá —Ryan bebió otro sorbo de su copa.

—Yo te veo muy bien para lograrlo. Y deberías empezar a practicar hoy mismo —tomó dos copas de champaña y se las alcanzó indicándole que dejara la que tenía en las manos en la bandeja del mesero—. Allá tienes a dos chicas para ponerte en práctica.

—Papá, estoy con Vanessa.

—No mal interpretes mi consejo, hijo. No te estoy diciendo que engañes a tu novia. Solo te digo que converses con otras chicas. Quizá eso te devuelva el sentido común y te haga ver que no eres ni remotamente feliz en la relación que estás.

Le dio una palmada en la espalda y lo dejó solo con las copas en las manos, el ceño fruncido y mucha confusión en su interior.

Y no supo por qué, pero decidió hacerle caso a su padre.

Cruzó el salón y se acercó a las chicas de la revista.

No se le hizo complicado conversar con ellas porque no iba en plan «conquista»

—Veo que necesitan un descanso.

Le dio las copas a cada una y la mirada de complicidad entre ellas le dispararon los nervios a Ryan que de inmediato se sintió ridículo en aquella situación. Él quizá no las veía como posibles conquistas a ninguna de las dos, era obvio que ellas no percibían lo mismo.

—Gracias —Joy le dedicó una sonrisa sincera—. Voy a seguir con las fotos, Courtney.

Courtney asintió divertida entendiendo muy bien las intenciones de Joy.

—Así que son compañeras de trabajo.

—¿Eso te dijo? —preguntó Courtney curiosa, Joy siempre mantenía la línea jerárquica de los puestos de trabajo con los demás. A puerta cerrada, la confianza entre ellas era absoluta y se decían cualquier verdad como las buenas amigas que eran.

Ryan sonrió y Courtney sintió un ligero temblor en la sala. Observó con recato a su alrededor y entendió que era ella, sus piernas eran las que temblaban por la sonrisa del hombre.

«Tiene novia Courtney, no lo olvides».

—No —admitió él finalmente—. Me dijo que eras su jefa.

—Soy la jefa de muchos.

—Pero te gusta hacer el trabajo por tu cuenta.

—La verdad es que tenía tiempo sin salir de mi oficina. Todo empezó con el cambio de sede que me ofrecieron y cuando tuve que viajar para entrevistar a Emerick y Davina.

Él la vio con curiosidad.

—Una historia larga, en Yellowstone. El caso es que viajé e hice trabajo de campo y salió perfecto. Así que ahora me dedico a hacer algunas entrevistas por mi cuenta.

Ryan entrecerró los ojos.

—¿Estabas hace unos días en la oficina de Ellie? Ahora te recuerdo, en el *lobby*.

—Exacto.

—Espero que no hayas escuchado la conversación de ese día. Fue un poco intensa.

Courtney sonrió divertida.

—La escuché.

Ryan se sintió incómodo. Muy incómodo con esa confesión.

—Bueno, es probable que ya no vuelva a tocar más ese tema con Ellie.

Courtney se mantuvo en silencio. Consideraba que ella no era terapeuta de nadie para aliviarle los problemas amorosos, no a desconocidos que eran insoportablemente guapos.

Y el silencio de Courtney despertó la curiosidad de Ryan.

La naturaleza de las mujeres las hacía muy curiosas. ¿Por qué esta no se mostraba curiosa cómo para preguntarle por qué ya no tocaría ese tema con Ellie?

De pronto se sintió muy confundido.

¿Qué era de lo que no volvería a hablar con Ellie?

¿De Vanessa?

Recordó la conversación con su padre y sintió que la angustia se sumaba a la confusión que tenía en ese momento, ¿qué diablos estaba haciendo?

Courtney lo observó de reojo.

Y sin darse cuenta, la chica lo guio hacia el camino correcto que debía tomar aquella conversación.

Algo casual, cordial.

Como personas educadas que eran.

Mientras ella conversaba, se daba cuenta de las facciones de la mujer. Tenía unos ojos impactantes. De esos que son tan claros que da hasta miedo mirarlos porque lo que resalta a primera vista es el iris. Y el maquillaje que

decidió aplicarse esa noche.

No sabía cómo era que se llamaba «¿ahumado? ¿Difuminado?» algo así, el caso era que tanto negro alrededor de sus ojos exóticos, le molestaba. Le restaban belleza.

Cabello negro, largo. Y aunque iba vestida como profesional se le notaba a leguas que tenía curvas destacables en el cuerpo. Lo notó antes, cuando hablaba con su padre y pudo observarla de espaldas.

Intentó regresar a la conversación y la escuchó hablando del último libro que, casualmente, ambos leyeron.

Parecía que él mismo le hizo una pregunta, que no recordaba, por andar analizándola, y ella le respondía con esa sonrisa que le dejaba ver unos dientes blancos y unos labios rojos de los que no podía apartar la vista.

«Estás llevando el asunto por el camino equivocado de nuevo, amigo, y tú no eres esa clase de hombres. Comportate» pensó.

—Así que lees, ves las noticias y te gustan los museos —¿Cuándo hablaron de todo eso que él no estaba al tanto? ¿Cómo podía abstraerse de la realidad de esa manera, qué diablos pasaba con él esa noche?

¿Le gustaban los museos? ¿Eso dijo?

—De ciencia —aclaró sin recordar si ya lo había mencionado—. Los de arte no los entiendo.

—Yo tampoco —Hizo bien en aclararlo, entonces—. Aunque hay una galería que deberías visitar porque la exposición actual es realmente preciosa. Son fotos.

—Lo tendré en cuenta. Mi novia... Lo siento, mi ex novia frecuenta mucho estos sitios yo voy solo por acompañarme

¿Su ex novia? ¿Qué acababa de decir?

—¿Tu ex novia?

—Exacto —estaba entrando en pánico por dentro. ¿Por qué mentía si él no era de esos hombres?

—Si es la misma por la que tu hermana y tú no volverán a discutir, me alegra que sea tu ex.

—No la conoces, no sabes si podrías alegrarte o no —«¿Mientes y te pones a la defensiva? ¿Qué coño pasa contigo, Ryan?»

Ella sonrió.

—Ryan, cuando una hermana le habla así a su hermano es porque sabe muy bien de lo que le habla. Tú harías lo mismo con ella. Y yo entiendo su sentimiento porque vengo de una familia numerosa en la que hubo mujeres

como tú ex que nos preocuparon a todos. Por suerte, se casaron con otras mujeres como era de esperar

Él asintió. Manteniendo la boca cerrada.

Y prefirió mantenerse en silencio de nuevo, pero esa mujer lo ponía nervioso de una manera que nunca antes había experimentado y necesitaba hablar de algo.

Podía aclarar la mentira que acababa de decir, sería una buena manera de matar los nervios.

Pero no.

—Entonces, familia numerosa.

Ella sintió.

—Cinco hermanos, diez sobrinos en tierra, dos en camino, padre, madre fallecida y varias mascotas en una bonita granja.

Él la vio sorprendido.

—Siento mucho lo de tu madre —hizo una pausa—. ¿Granja?

Ella asintió

—Es difícil imaginar que una mujer como tú viene de una granja.

—¿Y según tú, Ryan, cómo soy? —«¡Exacto, idiota! Sigue embarrando la situación».

—De ciudad. Urbana.

Ella sonrió divertida.

—Pues ya puedes imaginarme con overol, sombrero de paja y palillo de dientes en la boca.

Ambos rieron.

—Eso para creerlo tendría que verlo

—Yo también —dijo Courtney—. Odiaba cuando mi padre me enviaba a ordeñar las vacas.

Rieron de nuevo.

—Sería un buen reportaje para la revista. La Editora y jefa en su pasado campestre.

Ella se sonrojó y él sintió que el estómago le estallaba.

¿Qué diablos?

—¡No! ¡Puedo morir de la vergüenza!

—¡Bah! No lo creo. Yo creo que sería interesante verte en ese ambiente.

—Tú le caerías muy bien a mis hermanos.

Ryan no pudo evitar atrapar la mirada de ella y sentir que el mundo se paralizaba a su alrededor.

—Me conformo con poder caerte bien a ti.

Sintió su voz saliendo melosa, ronca, y se metió las manos en los bolsillos justo antes de que una de ellas tuviera la intención de acariciarle una mejilla a Courtney.

Ella se sonrojó el doble y sin dejar de sonreírle y mucho menos, apartar sus ojos de los de él, le dijo:

—Quizá cuando tu ex sea, de verdad, tu ex —le hizo un guiño de ojo que lo dejó pasmado y se alejó de él con una seguridad que envidió.

Era la noche más extraña de su vida y no sabía que iba a ponerse peor.

Ryan salió de la fiesta aturdido.

No porque la música fuese insoportable. Tampoco porque hubiese existido algo en la decoración o los invitados que lo dejaran en ese nivel de desorden mental que tenía.

No.

No entendía que le ocurría pero sospechaba que tenía que ver con Courtney.

La forma de ser de la mujer lo descolocó por completo. Y eso que ella no era su tipo.

Según la detalló, era todo lo contrario a lo que él sabía que le gustaba en una mujer.

Físicamente lo dejaba en claro. El maquillaje, el cabello, el cuerpo.

Ryan sintió un cosquilleo en la parte baja de su cintura que le preocupó.

Y siguió pensando en la actitud de ella.

Era atrevida; no, más bien diría arriesgada. Sincera. Y tenía algo que la hacía súper sexy: Seguridad en sí misma.

Otra vez el cosquilleo.

Ryan sacudió la cabeza como si quisiera sacudirse cada uno de los pensamientos que tenía en ese momento.

No era esa la manera en la que debía comportarse.

Chasqueó la lengua y negó de nuevo con la cabeza sabiendo que algo no estaba bien en él esa noche.

La fiesta no se había acabado aun cuando él decidió marcharse antes de que las cosas con Courtney se salieran de control.

—Más. Que se salieran más, compañero —dijo en voz alta mientras

conducía de regreso a su casa.

No entendía qué diablos pasaba con él ese día pero suponía que todo volvía a la normalidad porque estaba camino a casa para atender a su novia que se encontraba muy mal.

Hacía unos minutos le había enviado un mensaje de texto pidiéndole que volviera a casa porque le necesitaba.

Lo cierto era que estaba resfriada y por ello no quiso ir a la fiesta.

Ryan sabía que Ellie llevaba un poco de razón en que su novia no quisiera compartir con frecuencia con su familia. Tampoco la culpaba porque su familia no la hacía sentir a gusto precisamente.

Así que ella se quedó en casa y él fue a apoyar un par de horas a su hermana.

El mensaje de Vanessa le salvó la vida de seguir enredando aún más las cosas con Courtney.

¿Cómo es que se atrevió a decirle que Vanessa era su ex?

Quedó como un verdadero idiota.

En fin.

Todo había terminado.

Respiró con alivio.

A Courtney no tendría que verla más.

Ya estaba.

Llegó a casa, aparcó el coche en el lugar correspondiente y tomó el ascensor.

Caminaba con pesar por el pasillo que le llevaba a su apartamento.

Quería sentir alguna emoción por llegar a casa y saber que le esperaba ahí su chica.

Quería, al menos, sentir la necesidad de llegar a casa para cuidar de ella. Pero lo cierto era que no sentía nada.

¿Tendría razón su padre?

Negó con la cabeza de nuevo.

Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y se encontró a Vanessa saltando del sofá del salón a la cocina con una copa de vino tinto en la mano y el móvil en la otra.

¿Qué estaba ocurriendo?

La cara de la chica era de completo susto.

No parecía una mujer resfriada. Bueno, ahora que lo pensaba mejor, antes de irse de casa, cuando la dejó con su repentino malestar, tampoco se veía

como una mujer con resfriado.

La vio a los ojos exigiendo una explicación.

A Vanessa se le aguaron los ojos y supo lo que vendría a continuación.

Un drama.

—Me dejaste sola. Te puse a prueba y me dejaste sola. La preferiste a ella como siempre haces.

Ryan escuchaba con atención. Con mucha atención. Tanta, que cada palabra de Vanessa calaba en su cerebro de una manera tan intensa que le estaba sembrando demasiada rabia en el pecho.

Rabia por no querer estar solo y conformarse con una mujer como ella.

Egoísta y manipuladora.

—Vámonos a Arlington de nuevo.

Ryan negó con la cabeza y se sentó en el sofá.

Se frotó el rostro con ambas manos y luego mantuvo la cabeza hacia atrás en el mueble.

Dejó la vista clavada en el techo mientras Vanessa le decía las mismas cosas de siempre y empezaba a levantar la voz.

Entonces, en un juego macabro, su mente lo adelantó en el tiempo y se vio en diez años en la misma situación pero con niños de por medio lo que empeoraría todo y les haría sufrir a ellos.

No. Definitivamente eso no era lo que quería para él.

No.

La angustia se hizo presente en su pecho.

Necesitaba acabar con todo pero tenía miedo de verse solo de nuevo.

Y de pronto, en el segundo *round* de su mente que ese día parecía ser su peor enemiga, repasó la conversación con su padre en la fiesta mientras veía a Courtney.

Se frotó la cara de nuevo.

Courtney.

Vanessa estaba histérica gritando.

—¡Para! ¡Ya basta! —él también levantó la voz porque sentía que llegaba a su límite. La mujer estaba insultando a su hermana y eso no se lo iba a permitir.

Ella lo vio con confusión. Nunca antes le había hablado de esa manera. Usualmente ella sufría uno de sus ataques y él intentaba calmarlo todo hasta hacer lo que ella quería.

Todo para que no hubiese más conflicto.

—No puedo seguir con esto Vanessa, no hoy, no mañana. No más —se sorprendió a sí mismo cuando pronunció esas palabras. No era eso lo que tenía planeado para decir.

Entonces pensó que no tenía nada planeado para decir. Solo estaba dejando que sus verdaderas emociones hablaran. Y se sentía bien aunque el miedo a la soledad estuviera presente.

—¿Qué me estás diciendo, pastelito? —Ella de inmediato cambió el tono de la voz y lo bajó considerablemente. Parecía una dulce mujer de nuevo.

La observaba por primera vez con la razón por delante y entendió que jamás sería feliz con ella.

—Vanessa, te estoy diciendo que esto —con el dedo índice los señaló a ambos—, ya no puede ser. No te amo.

¡Guao! ¿Le dijo que no la amaba?

Por la forma en la que las orejas de ella se encendieron en un rojo profundo y la manera en la fruncía la boca, sí, se lo dijo. Y mientras la chica parecía un volcán a punto de estallar de la rabia que se le iba acumulando en su interior, Ryan se sintió liberado.

Muy liberado.

—No podemos seguir con esto. Tu no quieres estar aquí —le dijo de forma calmada—, yo no pienso moverme de aquí y por mucho que intente incluirte en mi futuro, no te veo en él como me gustaría Vanessa. Quiero una mujer a mi lado que me haga sentir ilusión.

Ella ladeó la cabeza y se quitó la bata de seda que tenía encima.

Caminó hacia él de manera seductora y se sentó a horcajadas encima del hombre.

Ryan tuvo la segunda sensación extraña en su vida esa noche.

Por primera vez en la historia de ellos dos, no estaba excitado con una de esas acciones de la chica.

Era normal que ella terminase una pelea entre los dos de esa manera, ponía el punto y final en el momento en él que sentía que perdía la dirección de su objetivo y luego, cuando Ryan no podía pensar con claridad porque aun la sangre la tenía acumulada en otra área de su cuerpo, ella le hacía la jugada magistral que lo llevaba a realizar todos los deseos de ella.

Desde hacía algún tiempo no le funcionaba muy bien la táctica de dirigir de nuevo a todos hacia su objetivo pero el sexo era algo que siempre funcionó entre ambos.

Ella se dio cuenta de inmediato de que él no iba a tomar acción; no le

importó, estaba desesperada por devolver las cosas a donde ella quería y empezó a besarle el cuello mientras frotaba su sexo en la cintura de un Ryan totalmente inapetente.

La noche más extraña de su vida, sin duda alguna.

La tomó de los hombros y la vio con seriedad.

—Para, Vanessa, no más. Por favor. No quiero nada más contigo. Vuelve a casa, consigue un hombre que te quiera y que te de esa vida que tanto deseas. Yo ya no soy ese hombre.

Por primera vez en su vida vio a Vanessa palidecer de verdad.

Por un momento se sintió miserable por hacerle pasar ese trago amargo a ella. No podía seguir extendiendo más aquella farsa por el simple temor de verse solo el resto de su vida.

Ella lo dejó y se sentó a su lado en el sofá.

Intentaba taparse con la bata pero las manos le temblaban tanto que le imposibilitaban la tarea.

Él la ayudó y luego la abrazó con fuerza.

—Lo siento —le dio un beso en la coronilla y se separó de ella con esfuerzo porque la chica no pretendía soltarlo—. Voy a recoger algunas cosas en la habitación y me iré a un hotel. Puedes dejarle las llaves mañana al guardia de la entrada del edificio o enviármelas por correo luego.

Ella asintió sin decir una palabra y se arrebujó en su bata de satén.

Ryan la escuchó sollozar con intensidad cuando iba hacia la habitación.

Se sintió tan mal que estuvo a punto de retroceder pero eso significaría que le daría de nuevo a ella el poder y no quería más eso. No más.

No quería que nadie más lo controlara. Demasiado había tenido en su vida con su madre y ahora con Vanessa.

Quizá la soledad era algo que necesitaba como terapia.

Le daba pánico pensar en eso.

Respiró profundo y se concentró en solucionar una cosa a la vez.

—Un día a la vez, compañero. Por hoy, tuviste suficiente.

Capítulo 4

Courtney llegó a la oficina con prisa.

La fiesta había estado muy bien y tanto ella como Joy decidieron quedarse hasta casi ser las últimas porque quisieron cubrir el evento al completo.

Ellie y su socia lo merecían.

Que chicas tan agradables y trabajadoras.

El hecho de haber podido hablar con ellas cuando el evento finalizaba y también poder conversar con los maridos de cada una, así como con la familia de ambas, le dio a Courtney la inspiración necesaria para redactar ese día una editorial de lujo.

Todavía tenía tiempo de sobra para enviarla, de igual manera la redactaría ese día que tenía las ideas frescas y se sentía muy inspirada.

La ciudad estaba hermosa. Bañada con los rayos suaves del sol, el cielo despejado, y los colores otoñales que la hacían aún más hermosa de lo que ya era.

Nueva York le encantaba. No se arrepentía del cambio que había hecho cuando se mudó de DC.

Hacía muchos años que había salido de su tierra natal.

Kentucky estuvo bien hasta que cumplió la mayoría de edad y consiguió la beca para estudiar en DC.

Sus hermanos no estuvieron de acuerdo con que se marchara sola a la ciudad y ella no tenía intenciones de hacerles caso. Nunca dejó que ellos o sus padres, decidieran cómo debía vivir su vida.

Los veía de cuando en cuando. El trabajo consumía todo su tiempo y la verdad era que después de la muerte de su madre, volver a casa se le hacía cada vez más intenso porque el saber que no iba a encontrarla allí, le dolía infinitamente.

Dejaba las visitas para esos casos especiales, como el día de Acción Gracias o Navidad aunque tenía dos años sin ir en ninguna de esas fechas y tampoco en el resto del año.

Hablaba de cuando en cuando con su padre y con alguno de sus hermanos cuando le llamaban o ella llamaba para felicitarles por un nuevo hijo o simplemente para saber de ellos pero Courtney los evitaba.

Parecía que vivía la vida que ella tanto soñaba y quizá en una época si fue así, pero desde hacía un tiempo se daba cuenta que añoraba a su familia y que le hacía daño verles porque luego no quería volver a su vida cotidiana.

A su soledad cotidiana.

Se quejaba cada vez que le tocaba ir a casa porque decía que era un infierno tanta gente junta y los niños corriendo y jugando por todos lados, la verdad era que aquel caos era maravilloso y enriquecedor.

Doloroso también. Ella no tenía eso a diario y no estaba muy segura de que conseguiría tenerlo alguna vez.

De pronto sintió unas inmensas ganas de visitar a los suyos.

Les echaba de menos.

Joy aún no estaba en su puesto de trabajo.

«Genial» pensó. Eso le daba tiempo de redactar un borrador de la editorial y revisarlo al finalizar el día.

Volvió a pensar en su familia y se dejó llevar por el sentimiento y le dejó una nota a Joy en su escritorio.

“Necesito ir a casa en Acción de Gracias. ¿Haces los arreglos por mí? Será una sorpresa”

Sonrió pensando en la cara de alegría de su padre cuando la viera y en las ganas repentinas que le dieron de jugar con Amber, la niña más pequeña de su hermano mayor y también de cargar a...

¿Cómo era que se llamaba? ¡Ah! ¡Sí! Sebastian, el bebé que estaba por nacerle a su hermano Gavin que era el que estaba antes que ella.

Ya podía saborear el pavo delicioso que haría su cuñada y el *pie* de calabaza de su padre.

La receta de su madre.

Maldito cáncer.

Courtney sintió un nudo en la garganta.

Que se tragó de inmediato porque no iba a montar un numerito en la oficina.

Además, tenía mucho trabajo por delante y eso era lo único en lo que iba a ocupar su mente en ese momento.

—Entonces, irás a casa.

—Tengo ganas.

—Emerick llamó esta mañana y cuando se lo conté casi, casi estuvo a punto de volver a la ciudad y abrazarte muy fuerte.

Ambas rieron.

Emerick habría sido capaz de hacerlo.

Lo extrañaba a él también.

—Y Davina no se lo permitió, ¿no?

—No estaba con él. Él estaba en la cabaña y ella de paseo en no sé en donde tomando fotos.

Courtney sonrió.

—A veces me pregunto ¿cómo se sentirá vivir una historia como la de ellos?

Joy la vio con sorpresa.

—¿Qué? —Courtney entendió en ese momento lo que había dicho en voz alta.

—¿Qué pasa contigo?

—Nada.

—A mí no me engañas —Joy la vio directo a los ojos y sorbió de su taza de café. Era la hora del almuerzo y las chicas, se encerraban en la oficina de Courtney a comer—. Estás muy extraña últimamente. Quieres ir a casa, hablas de la relación de Emerick y Davina como si quisieras vivirla tú y... eso no es normal en ti.

—No soy una bruja, Joy.

La asistente levantó una ceja al cielo.

—Bueno, no. Pero seamos sinceras, no tienes sentimientos.

Courtney contrajo el rostro en una expresión que le dejaba saber a Joy que no le sentaba bien lo que le había dicho.

Y Joy la vio de nuevo con duda.

En otra ocasión, Courtney se habría reído como la bruja del cuento de hadas y le habría dicho algo sarcástico a su asistente pero ese día no estaba para esos chistes porque estaba un poco cansada de que la gente se burlara de ella y sus sentimientos o mejor dicho, que se burlaran de los sentimientos que creían que ella no tenía.

Era muy injusto.

Joy la observaba con atención.

—Te está pegando la soledad.

Courtney se derrumbó.

—Más de lo que me imaginé que podría llegar a pegarme.

Entonces su asistente y técnicamente mejor amiga, era la única que tenía, le sonrió con dulzura y compasión.

Le colocó la mano sobre la de ella.

—Cariño, ¿por qué no te das la oportunidad de tener una relación estable con alguien? ¿O ir a casa más seguido? —Joy ladeó la cabeza—. Por qué insistes en aparentar ser una mujer poderosa y que le importa un rábano el amor. El amor de cualquier clase, no solo hablo del de un hombre.

—Porque no quiero compromisos, Joy. El amor siempre trae compromisos implícitos y si no se cumplen las expectativas se sufre y yo no quiero drama en mi vida.

Joy negó con la cabeza.

—Que tonta eres.

—Mira quien lo dice, eres igual que yo.

Entonces Joy evadió la mirada de su jefa.

—No, no lo soy. Estoy empezando a salir con alguien y me gusta. Así que ya veremos que pasará de aquí en adelante.

Ahora era Courtney quien tenía los ojos como platos.

Joy era irreverente, sarcástica y adicta al trabajo. Muy parecida a ella. Deseaba escalar puestos pronto y Courtney lamentaría el día que no pudiera tenerla más como asistente pero la chica se merecía un puesto mejor. Tenía mucho potencial.

Jamás hablaba de salidas con nadie.

Jamás hablaba de chicos.

—Te sorprendí, ¿cierto?

Courtney asintió ligeramente con la cabeza.

—Yo también me sorprendí cuando la conocí.

Courtney abrió aún más los ojos.

—No me vengas con las tonterías de que no me puede gustar una chica si antes tuve relaciones con chicos. Alice es fantástica y tenemos tantas cosas en común.

—¿En serio crees que te juzgaría? —Courtney se sentía muy ofendida. ¿Qué pensaba de ella el mundo?

Joy volvió los ojos al cielo.

—Lo que creo es que estás muy-muy susceptible y que la ida a casa te

vendrá genial. También te vendría muy bien salir con alguien. Qué tal si llamamos a alguno de tus amigos.

—No hay nadie que valga la pena, Joy.

—Yo tengo un candidato perfecto.

—Si te refieres a Ryan Griffin ya te dije que no.

—Bueno, entonces, esta noche nos vamos de fiesta y te buscamos a un amigo ocasional que quizá pueda convertirse en permanente.

Courtney sintió su estómago revolverse ante esa idea.

Pero Joy tenía razón.

No podía quedarse en casa esperando encontrarse al hombre perfecto.

Capítulo 5

Una semana después de que Vanessa se fuera de casa en completo silencio y dejando a Ryan impresionado por su actitud madura y resignada, Ryan no conseguía paz consigo mismo.

Aunque no le molestaba por completo la soledad como en otras ocasiones, tanto silencio lo abrumaba.

No tenía con quién diablos hablar fuera del trabajo y aquello lo estaba enloqueciendo.

Tomó la costumbre de hacer una rutina de ejercicios en casa y pronto se dio cuenta de que eso no ayudaría en nada para contrarrestar lo solo que se sentía.

Así que se apuntó a un gimnasio al cual iba cada día después de salir del trabajo.

Se pasaba hora y media haciendo ejercicios y al menos conseguía intercambiar algunas palabras con otras personas ajenas a la oficina. Había una chica que le sonreía mucho pero Ryan se dejaba dominar por los nervios cuando ella se le acercaba consiguiendo solo sonreírle como si quisiera que ella desapareciera pronto.

Estaba acostumbrado a esa manera de ser suya que no sabía cómo cambiar.

Ese día, la ciudad empezaba a hacerse más fría y a él le apetecía cenar en familia.

Llamó a Ellie y esta le dijo que fuera a casa a comer.

Cosa que haría sin pensarlo. Su hermana lo conocía muy bien.

Así que ahí estaba, viendo cómo, su cuñado y su hermanita, decidían algunas cosas de la próxima boda para dejar todo a un lado y hacer de la cena algo agradable para todos.

Sobre todo para él que llevaba cara de estar enfadado con el mundo entero desde que se levantó esa mañana.

Cuando por fin decidieron los colores de las flores y de algo más que Ryan no quiso entender, Sean le trajo una cerveza y se sentó junto a él a ver el

juego de fútbol que transmitían en ese momento.

Estaba activa la temporada de fútbol americano y Ryan era un gran fanático.

El juego de esa noche no era relevante; él quería verlo de todas maneras.

Ellie fue a su despacho a hacer un par de llamadas.

Sean se mantuvo en un silencio que era incómodo para los dos hombres.

Ryan sabía de sobra que su hermana había enviado a Sean solo en plan «charla de hombres» antes de que ella le soltara su opinión sobre la reciente ruptura de Vanessa y él.

Ella se negaba a creer que esta vez si fuese en serio.

Y él no iba a intentar explicárselo más.

—Podemos hablar de cualquier cosa, le diremos a Ellie una mentira.

Sean bufó y bebió un sorbo de su cerveza.

—¿Conoces a tu hermana? —Ryan sonrió con malicia—. Exacto, entonces ya sabes que debemos hablar del tema sí o sí.

Ryan se frotó los ojos.

—Además, Ryan, creo que es importante que hables de esto con alguien. No te veo bien, hermano.

—No estoy bien.

Sean se mantuvo en silencio.

—Puedes creer que soy el clásico don Juan que conquistó a todas las mujeres pero no soy así, Sean. Me cuesta abordar a las chicas y... —Ryan hizo una pausa—... Vanessa era algo que tenía asegurado. Ahora no sé cómo empezar de cero.

—¿Cómo puede ser eso posible si tu hermana dice que eras un galán en el colegio?

—Porque las chicas venían a mí y digamos que he sido bueno para hacer ver que todo el trabajo lo hice yo, pero en realidad las que dieron el primer paso para el acercamiento inicial fueron ellas.

Sean lo vio con curiosidad.

—No me lo puedo creer.

Ryan sonrió con ironía.

—Bueno, eso lo podemos solucionar pronto. Te doy unas clases en un club hoy mismo.

—Ellie podría divorciarse de ti antes del matrimonio si te atreves a dejarle la comida allí en la cocina.

—Que poco conoces a tu hermana, Ryan. Está desesperada por verte feliz

y no le molestará que tengamos una noche de «chicos» —se puso de pie—. Vamos, mueve el trasero. No comeremos la mejor hamburguesa con patatas fritas que te hayas comido jamás y luego iremos de cacería. Para ti. Yo ya estoy con la soga al cuello y feliz de que así sea.

Ryan sonrió divertido.

Sean era un buen hombre y se ganó su simpatía y su confianza después de ver la perseverancia que tuvo para conquistar a Ellie.

Se merecían ser inmensamente felices.

—¡Que les vaya muy bien! —fue lo único que se escuchó detrás de la puerta del despacho de Ellie cuando Sean le interrumpió un segundo para avisarle del plan que tenían—. Mañana ven a cenar, no cociné hoy para nada.

Ryan le lanzó un beso en el aire y le sonrió.

De camino al club, conversaron de economía, deportes y sobre el clima.

Pararon en un lugar de hamburguesas con decoración de los '70 que aseguró futuras visitas de Ryan al lugar.

En su vida se había comido una hamburguesa con ese sabor delicioso ahumado de las brasas y llena de grasa del beicon. Era una condenada obra de arte gastronómica que le hizo agua la boca en cuanto la vio venir en la bandeja.

La señora que les servía ese día, conocía a Sean y se burló un par de veces de la cara de tonto de Ryan al ver la hamburguesa.

Después de eso, si era por Ryan, se habría ido cada quien a su casa porque lo que le apetecía era tirarse en la cama y dormir como un niño de cinco años.

Tenía la barriga llena y se sentía feliz con la saciedad de tanta comida callejera.

Sean no le permitió si quiera asomar la idea de irse a casa.

Así que acordaron quedarse un par de horas en el club y luego marcharse.

Sean parecía un condenado magnate que conocía a todos en la ciudad. Primero, la mujer de las hamburguesas, ahora el portero de la discoteca que era tan alto como ancho y con una mirada de esas que produce mucho miedo.

Se saludaron como si fueran amigos de toda la vida.

En realidad, lo eran.

Fueron vecinos por muchos años, el portero aún vivía en el mismo barrio en el que Sean vivió toda su infancia y adolescencia.

Pero de esto Ryan se enteró luego, cuando ya llevaban dos mojitos cada uno y estaban discutiendo por quien pagaba el tercero.

En ese momento en el que Ryan perdía la ronda y le tocó ir y pagar por dos tragos más, se levantó y sin darse cuenta tropezó con alguien sintiendo de pronto que parte de la manga de su camisa se mojaba de alcohol.

Cuando levantó la vista sintió ese extraño hormigueo que solo Courtney Moore podía producirle.

—¿Courtney? —Ryan estaba sorprendido.

—¡Ryan! —Courtney le saludó con gran alegría y de inmediato.

El joven empezaba a secarse la manga de la camisa con unas servilletas de papel que le alcanzó Sean, quien se quedó atrás observando toda la escena.

Recordaba a las chicas del reciente evento que Ellie organizó.

—Hola, Ryan, ¿qué tal? —Joy apareció en la escena. Y le sonrió divertida.

—Bien gracias, sorprendido de encontrarlas por aquí.

—Sorprendidas deberíamos estar nosotras, ¿qué hace un joven tan apuesto con novia en un bar solo? —Joy vio con vergüenza a Ryan después de que Courtney dejara en claro que había bebido más alcohol del debido.

Ryan solo soltó una carcajada y Sean vio con claridad la tensión entre esos dos.

—Bueno, quizá es que el joven apuesto ya no tiene novia.

—Quitemos el quizá —acotó Sean desde su puesto.

Courtney lo vio y se le acercó para saludarle.

—Courtney, debemos irnos. Ha sido suficiente por hoy.

—Ryan dijo que nos va a invitar una ronda a todos —comento Sean y Ryan se dio la vuelta para verle a los ojos con duda—. Vamos, ve a pedir las bebidas mientras las señoritas y yo, conversamos.

Ryan negó con la cabeza sonriendo, sabiendo que no tenía más remedio que cumplir con la «sugerencia» de Sean.

Cuando Ryan regresó con las bebidas, todos parecían estarse divirtiendo mucho.

Joy y Sean reían a carcajadas con los chistes que estaba lanzado Courtney en ese momento.

Joy iba a hacer espacio para que Ryan pudiera sentarse pero su jefa se le adelantó.

—Tranquila, Joy, Ryan cabe aquí perfectamente.

Ryan sentía una mezcla extraña de emociones cuando veía a esa mujer. No podía definir una por una pero después de que ella le lanzara una mirada demasiado provocativa y de sentir tan cerca el olor de su perfume dulce y seductor, el hombre entendió que aquella mezcla de emociones solo le hacía desear llevarla a la cama en ese mismo momento y se propuso hacerlo esa misma noche.

No sería habitual en él aunque se le presentaba como una urgencia.

Su miembro palpitó aprobando toda la idea.

Así que se dedicó a jugar con la presa, con total naturalidad, como si fuese un experto en la materia. Estaba muy sorprendido por su actitud con ella.

—Entonces, ¿qué hacen unas chicas tan guapas solas en un bar?

—Yo estoy sola, ella no —Courtney señaló a Joy que veía de nuevo a Ryan con vergüenza—. Por cierto, disculpa que te haya tirado el trago encima —le tocó el brazo en la parte que aún seguía húmeda por el trago y Ryan sintió electricidad en aquel contacto.

¿De dónde salió esa mujer?

Se vieron a los ojos unos segundos en los cuales, Ryan pudo detectar el destello de deseo que había en los ojos de ella.

Su miembro palpitó de nuevo.

Se removió incomodo en su asiento.

Sean lo observaba con curiosidad.

—Te disculparé solo si prometes que seré yo quien te lleve a casa — sintió que había sido demasiado directo cuando vio de reojo a Joy abrir los ojos con sorpresa e intentar decir algo que quedó en el aire porque Courtney fue más rápida que ella.

—¿Y qué te parece si mejor te llevo yo a la tuya y certifico que ya no haya más novia? —Sean soltó un silbido por lo bajo que solo Ryan alcanzó a escuchar porque estaba sentado junto a él; y Joy, se desinfló en el sofá.

Sabía que su jefa se iba a arrepentir de haber tomado esa decisión tan pronto y además la iba a reprender al día siguiente por no haberle puesto un freno. ¡Ja! Como si fuera tan fácil.

Era la tercera vez que se iban de fiesta por la noche y la segunda que Courtney bebía de más.

También sería la segunda en la que se iría con un desconocido y luego estaría todo el siguiente día sin hablarle a Joy por haberla abandonado.

La realidad era que ella misma desapareció con el fulano y cuando ya Joy estaba desesperada por no encontrarla, recibió un mensaje de texto mal escrito

en el que decía que se había marchado con el chico de la boca bonita.

Ni siquiera fue capaz de recordar el nombre del hombre.

Ahora pasaría lo mismo pero peor. Porque Ryan no era un desconocido y no estaba segura de que su jefa pudiera librarse tan fácilmente de este.

Ryan, después de mantenerle la mirada a Courtney se acercó a ella y le dijo en el oído:

—Te llevo a mi casa para que certifiques lo quieras solo si accedes a meterte en mi cama.

La sintió sonreír divertida.

—Menos mal que decidí ponerme la lencería de encaje esta noche.

Ryan sintió que la presión se instalaba en su miembro.

Y bufó divertido.

Le dio un ligero beso en la mejilla muy cerca del oído y pudo sentir su olor que lo enloqueció.

¿Qué le hacía esa mujer? ¿Porque se quería comportar como un maldito salvaje con ella?

—¿Nos vamos ahora? —sugirió Courtney sonriendo con picardía.

Joy la vio con mirada reprobatoria.

Ryan le hizo un guiño de ojo y la chica se levantó de inmediato pasando por el lado de su amiga dándole palmaditas en un hombro como indicándole que todo estaría bien.

—Prometo que no le pasará nada malo.

—Ya sé que no le harás nada malo, Ryan —Joy lo vio con preocupación—. El lunes, en la oficina, me va a hacer la vida miserable por no haber sido una guardiana fiel.

Sean soltó una carcajada.

—Tienes un testigo de que sí lo fuiste y ella es una rebelde sin causa. ¿Tienes cómo irte a casa? Yo ya estoy comprometido y no pretendo demostrarte nada —la chica le sonrió divertida.

—Estoy salvada entonces —ambos rieron—. Gracias, tengo como irme a casa. Me llevaré el coche de mi jefa como castigo.

—¡Bien hecho!

Salieron los cuatro del local y Ryan recibió un mensaje de texto.

“Menos mal que no sabías como irte de cacería, cuñadito”

“Esta mujer no sé qué diablos me hace”

“No necesitas explicar nada. Es obvio. ¡Ah! Me debes lo que me cobre el taxi a casa. Ja ja”

Ryan le abrió la puerta del coche a Courtney y esta se subió.

El hombre observó que no estaba tan pasada de tragos como creía o lo disimulaba muy bien.

Si aún podía caminar como toda una diva con esos zapatos que parecían el maldito *Empire State* invertido, era porque estaba bastante bien.

Así que tenía un gran plan.

Llegaría a casa, la haría sentirse a gusto y luego empezaría a...

Palpitación.

A...

¡Mierda! Estaba a punto de acabar ahí mismo nada más que con imaginarse la lencería que ella podía llevar debajo de la ropa que la hacía ver como toda una mujer de negocios.

Le gustaba ese *look* de ella para ir de fiesta una noche.

La mayoría de las mujeres solían cambiar su vestimenta, hacerse ver más provocativas.

Courtney no.

Aunque no le hacía falta. Ella entera era como una condenada tentación ambulante.

La chica lo vio con sorna.

Y le puso la mano en el miembro endurecido que palpitó de nuevo con el contacto a pesar de que las capas de ropa le separaban.

—Mmmm —Courtney ronroneó como una gata en celo y Ryan sintió exceso de saliva en la boca. Sacó una mano del volante para hacer presión sobre la de ella e incitarla a seguir con su idea.

Ella le sonrió con picardía.

—¿Qué ocurrió con tu novia?

Ryan la observó incrédulo.

—¿En serio vamos a hablar de eso ahora?

Ella asintió mientras lo veía con seriedad.

—Te prometo que te daré detalles luego pero ahora... —tomó la mano de la chica otra vez y se la plantó en el miembro que parecía estar a punto de estallar—. Encárgate de esto, por favor.

Ella sonrió con malicia.

—Solo porque soy buena persona —y la observó agacharse para desabrocharle el pantalón y ayudarle con su erección.

Ryan se aferró al volante e intentó concentrarse en la vía mientras esa mujer lo enloquecía con la calidez de su boca cubriendo su sexo.

Ella gemía y movía las caderas. Estaba excitada y Ryan salivaba por poder llegar cuanto antes a casa y hundirse en ella; pero era una diosa jugando con su virilidad al punto que le hizo perder el poco control que tenía sobre la situación y dejó que la ola de placer lo atravesara ahí mismo.

¡Dios santo!

¿No podía haberse aguantado un poco más?

Agradeció llegar a casa en ese momento. Aparcó el coche y en cuanto entraron en el ascensor, se vieron a los ojos, él no aguantó más y la atrajo por el cuello, pegándola por completo a su cuerpo plantándole un beso que encendiera todo lo que quedaba por encender entre ellos.

Si es que quedaba algo pendiente, claro estaba.

Ella sabía a pasión a locura. Le atrajo aún más a él.

A la chica se le escapó un gemido y el gruño.

Quería hacerla gemir mil veces, le encantaba ese sonido.

Finalmente las puertas del ascensor se abrieron y llegaron a casa.

Se vieron de manera provocativa después de que Ryan cerrara la puerta y recordó que necesitaba un poco de orden y aseo en su zona viril.

—Voy un segundo al baño —le hizo un guiño y ella asintió sonriendo—. Allí tienes otro baño por si lo necesitas.

—Estoy bien, gracias —aseguró ella sentándose en el sofá.

Ryan corrió al baño hizo lo que tenía que hacer y cuando regresó al salón se encontró a Courtney en una pose que la chica quiso hacer parecer sexy, pero que el sueño, que la venció, la hacía ver graciosa.

Estaba acostada en un costado con su brazo izquierdo formando un ángulo para poder sostener su cabeza que se tambaleaba debido al sueño profundo en el que se estaba sumergiendo. Parecía un niño cuando se queda dormido intentando mantener la cabeza derecha.

Ryan sonrió y negó con la cabeza.

¡Adiós a los sueños eróticos!

Un condenado desperdicio porque lo que veía, a pesar de no ser de su estilo, estaba para comérselo entero, lento y varias veces.

Lo engañó con el asunto de la lencería de encaje, la chica llevaba puesto un conjunto de ropa íntima a juego negro y de algodón, «básico» lo llamaban las mujeres según él recordaba.

Y con todo y lo básico que era, ella se veía deliciosa.

Le ayudó delicadamente a bajar el brazo, colocarle una almohada debajo de la cabeza y la tapo con una manta.

Una pena, porque esas piernas kilométricas eran dignas de admirar.
Sonrió de nuevo.

Pondría el despertador para levantarse más temprano. No pensaba dejarla ir sin antes haberla probado.

Lo necesitaba.

Era todo lo opuesto a lo que siempre le gustó en una mujer y parecía no importarle siempre y cuando le hiciera sentir ese deseo profundo y salvaje que ahora sentía por ella.

Capítulo 6

Courtney estaba medio dormida cuando sintió que de pronto caía.

No sabe si tuvo la rapidez de reacción o fue solo casualidad que estirara el brazo y alcanzara a tocar el suelo lo que detuvo que su cuerpo se estrellara completo contra el suelo.

¿Por qué diablos se estaba cayendo de su propia cama?

Se dio la vuelta y se arrebujó entre las sábanas.

Pero, un momento...

Esas no eran sus sábanas.

Era una manta.

Ella no usaba mantas en su cama.

Y empezó a recibir imágenes de la noche anterior.

Salió con Joy, fueron al bar.

«Ay no, ¿con el chico de la boca bonita, otra vez, Courtney?» se preguntó al darse cuenta de que estaba en ropa interior.

Cosa que no tenía sentido, porque si se había escapado con el chico de la boca bonita, debía estar desnuda y en una cama.

Estaba en un sofá. De un salón que no conocía.

«Ryan Griffin» pensó recordando el momento en el que Ryan le susurraba en el oído que ya no tenía novia y que podía llevarla a su casa para que lo comprobara.

Se puso una mano en la frente.

«¿Qué diablos pasa conmigo? Me estoy comportando como una adolescente» pensó de nuevo mientras sus ojos se acoplaban a la oscuridad.

«¿Y por qué estaba en el sofá?» se levantó con cuidado y buscó la habitación de Ryan.

Dormía plácidamente.

Tenía buen torso.

Courtney negó con la cabeza y decidió que dejaría los cuestionamientos para luego.

Si tenía suerte, no había ocurrido nada entre ellos y estaba a tiempo de

retirarse sin que el asunto trascendiera.

«Muy tarde» le pareció escuchar en su interior cuando un recuerdo la asaltó de repente.

Ella haciéndole sexo oral a él en el auto.

Abrió los ojos en grande por la vergüenza.

Sí que era atrevida, pero no para llegar a esos actos en público.

«Dios santo» estaba peor de lo que pensaba.

Recogió su ropa y se vistió con prisa, a medias, intentando no despertar a Ryan.

Saldría de ahí pronto y esperaba no verlo de nuevo.

Abrió la puerta con cuidado rezando para que la alarma no estuviese activada; y no lo estaba, por fortuna.

Salió y cerró de nuevo con el mayor de los cuidados emitiendo un pequeño clic por el cual se felicitó.

Parecía que su escape iba bien y su plan de no volver a ver a Ryan Griffin nunca más empezaba a ponerse en marcha.

O eso creía ella.

Porque desde que salió de su apartamento no pudo apartarlo de su mente ni un solo segundo.

¿Qué le hizo? ¿Por qué no podía parar de pensar en él?

Así pasó todo el fin de semana, entre recuperarse de haber bebido de más, que ese era otro asunto que tenía que cortar; y pensar en Ryan Griffin. No era ella. Ella no actuaba de esa manera y no entendía por qué ahora, ya cuando estaba bastante mayorcita para esas gracias empezaba a ingerir alcohol como si en su vida lo hubiese hecho.

Al igual que el sexo.

Recordó la escena en el coche y sintió el cosquilleo de la excitación en la entrepierna.

Sí, le habría gustado probar más de las artes sexuales de Ryan, pero no iba a ser.

No debía ser.

Punto.

Y no le exigió la explicación completa de su ruptura con la novia de la que unas semanas antes no se quería separar según le decía a su hermana.

No, no era ella y tenía que volver a ser ella pronto porque esos comportamientos no le gustaban para nada, además, no decían cosas buenas de ella.

Joy la escucharía.

¡Oh sí! Seguro que sí iba a escucharla.

Después de que se le fundiera el cerebro por el trabajo, eso sí. A ver si así dejaba de pensar en todas las estupideces que estaba haciendo y dejaba de pensar en lo provocativo que se la hacía Ryan Griffin.

Llegó más temprano de lo normal a su oficina.

Encendió el ordenador y allí se pasó, a puerta cerrada, casi toda la mañana.

Cuando le llegó el momento de tomar un descanso, decidió salir y conversar con su asistente en calidad de amiga.

Irían a tomarse un café.

Y después de eso, todo volvería a la normalidad.

Parecía que sus planes estaban muy lejos de cumplirse porque cuando abrió la puerta de la oficina lo primero que vio fue a Ryan.

Una corriente helada le recorrió la espalda haciéndole estremecerse.

Y cuando él le sonrió, todo estalló y se volvió muy caliente en su interior.

—Lo siento, insistió en esperar —acotó Joy con rapidez al verle la cara de contrariedad a Courtney.

Esta solo asintió viendo a Ryan.

—Tu y yo tenemos que hablar —le dijo a Joy en voz baja.

La chica sonrió divertida.

—Ajá, cuando quieras. Primero encárgate de él —señaló con la cabeza a Ryan.

Joy estaba sorprendida con la actitud de Courtney cada vez que veía a Ryan. El hombre la desestabilizaba de verdad y eso nunca antes lo había visto.

Courtney se acercó a Ryan.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien, Ryan. ¿En qué te puedo ayudar?

—Vengo a hacerte una pregunta ¿te la hago aquí o vamos a la cafetería que está abajo?

Courtney tragó grueso.

Sintió los nervios atacarle el estómago.

¿Qué era todo eso que estaba sintiendo?

—Voy a bajar un segundo —le dijo a Joy y esta asintió guiñándoles un ojo mientras su jefa los volvía al cielo.

La cafetería estaba en calma a esa hora. Courtney lo agradeció.

Por fin, cuando se instalaron en la mesa, Ryan la vio con intensidad y preguntó:

—Me gustaría saber ¿Por qué escapaste de mi casa como un fugitivo sin siquiera avisarme?

Ella levantó los hombros y negó con la cabeza.

—Soy adulta y puedo hacer lo que quiera.

Ryan bufó indignado con la respuesta.

—¿En serio quieres jugar ese juego, Courtney?

Ella se desinfló y lo vio a los ojos, esta vez, él pudo percibir la vergüenza.

No necesito palabras. La entendió.

No supo cómo, pero su mirada le transmitió la misma inquietud que él sentía cuando tenía que salir a la calle en busca de una chica.

Nervios, ansiedad.

—¿Qué es lo que te avergüenza?

—Lo que ocurrió en el coche —dijo ella con los ojos abiertos y en un susurro—. Yo nunca hago esas cosas, Ryan. No soy exhibicionista.

—Es que es difícil que puedas resistirte a mí —Ryan le sonrió con sorna y ella no pudo evitar sentirse agradecida por la broma. ¿La entendía? ¿Cómo podía ser si apenas se habían visto?

—Yo todavía estoy indignado, no solo te fuiste como una fugitiva, sino que además me mentiste. Me dijiste que llevabas mucho encaje en las zonas estratégicas y todo fue una farsa.

Ella le sonrió con sinceridad y Ryan la admiró por completo.

Era hermosa, no podía negarlo. Lo que más le gustaba era el contraste de esos ojos cristalinos con el cabello negro.

—La verdad es que uso muy poco encaje. Prefiero los básicos.

Auch. Ryan torció un poco la boca dejándole ver que él prefería la primera opción.

Era una de las cosas que le gustaba de Vanessa.

No era el momento de pensar en ella ¿no?

Exacto.

Courtney entendió el mensaje y se dio cuenta de que su mente se trasladó a algún recuerdo.

Eso no estaba bien.

Vio el reloj que llevaba en la muñeca y decidido poner fin a todo.

—Tengo que subir, Ryan. Fue un gusto verte.

Se puso de pie y el la imitó.

La tomó de la mano antes de que ella pudiera darse la vuelta y marcharse.

¿Se habría dado cuenta de que pensó en su ex un segundo?

¿Cómo podía leerlo tan bien esa chica?

Jugueteó con sus dedos mientras clavaba su mirada en la de ella.

—Viernes, 8 p.m. Paso por ti. Una cena. Hagamos las cosas bien.

Y ella sintió una revolución en su cuerpo que le hizo traicionarse porque estaba a punto de decir que no cuando escuchó salir de su boca un:

—Ok.

¿Qué diablos pasaba con ella?

Y entonces él se acercó a ella.

Mucho.

Demasiado.

Tanto que Courtney estaba empezando a temblar.

Tomó aire como si hubiese querido decirle algo y solo se limitó a verla a los ojos, seguir acariciando sus manos y sellar aquel contacto con un roce ingenuo en la comisura de sus labios.

Le hizo un guiño de ojo al tiempo que la dejaba en libertad y rompía todo contacto entre ellos.

—No vemos el viernes. Pasaré por ti, así que espero que me envíes la dirección. Le dejé mi teléfono a Joy.

Courtney solo asintió y salió del lugar intentando entender qué era lo que había ocurrido entre ellos mientras estuvieron tan cerca.

No lo entendía, pero era algo tan intenso que podía sentir la humedad en su zona más íntima.

Le temía a la cita del viernes, Ryan Griffin representaba algo que ella desconocía y quería averiguar qué diablos era.

Y solo existía una manera de hacerlo.

Ryan vio salir a Courtney del café con prisa.

Estaba nerviosa, no era que él no lo estuviese.

Por Dios, le temblaban las manos y las rodillas.

Y le parecía que desde que la vio salir de su oficina, no dejó de sonreír.

¿Qué era todo eso?

Le gustó la forma en la que ella se avergonzó por lo ocurrido en el coche.

Admitía que le había encantado esa reacción en ella, en ambos días por las diversas razones.

Sonrió.

Y su miembro palpitó.

Sí que le gustó.

El sofá aun guardaba el olor del perfume de ella y estuvo todo el domingo tirado allí porque aquel aroma le producía nuevas emociones que no lograba definir.

Y no sabía si quería hacerlo porque tenía un poco de temor. Llevaba varias semanas solo sabía que la soledad no era buena consejera en él y podía estar confundiendo las cosas.

Deseo por amor.

¿Qué era el amor?

No lo sabía; creía que Leah había sido su gran amor, pensaba que al principio, cuando eran adolescentes si pudo haber sido pero luego, lo convirtió en un reto porque sentía que perdía a la única mujer con la que podía conseguir la felicidad.

Y apareció Vanessa, a la que se aferró de manera casi obsesiva para no quedarse solo.

¿Estaría repitiendo los pasos con Courtney?

No quería que fuese así porque sentía que la chica realmente le gustaba.

Aunque eso también era muy extraño.

Era todo lo opuesto de su estereotipo de mujer y sin embargo la encontraba atractiva, hermosa, inteligente.

Graciosa.

Llegaba a sorprenderle, cosa que ninguna mujer hizo antes.

Cuando el despertador sonó el sábado en la mañana y Ryan fue al salón dispuesto a explorar el cuerpo de Courtney al completo, con una erección que era visible desde el otro lado del mundo, y se encontró el salón vacío lo único que hizo fue sentarse en el sofá, inspirar con fuerza el aroma de la almohada que ella uso y reprimir las ganas locas que le dieron de salir a buscarla y besarla hasta el cansancio.

No pensó en llevarla a la cama.

Solo quería besarla.

Había sido muy ingenioso por su parte marcharse sin más.

Ryan entendió el mensaje, ella no estaba dispuesta a nada que no fuese de una noche.

Pero no sabía que quería él y por la forma tan apresurada en que estaba ocurriendo todo entre ellos, las casualidades, los encuentros, la pasión que la mujer despertaba en él nada más con verla, pensó que sería buena idea dejar pasar unos días.

Sin embargo, el lunes, después de dejar arregladas algunas cosas en la oficina que requerían de su presencia, salió porque necesitaba verla y que le explicara el por qué se marchó.

Quería que ella se lo dijera y no solo suponerlo.

Quedó demostrado que la chica se fue de su casa porque estaba profundamente avergonzada por dejarse dominar por el impulso en el coche y darle placer de la forma en la que lo hizo, de las mejores por cierto.

Tenía que dejar de pensar en eso si quería llevar las cosas con calma con Courtney.

Le interesaba conocerla y saber qué era lo que quería ella que ocurriera entre ellos dos porque seguía sospechando que no quería ataduras con nada lo que le vendría bien a él.

Se sentía cómodo con la idea de tener una relación informal.

Ocasional. Quizá.

Solo sexo.

Eso estaría bien.

Aunque también le incomodaba porque sentía que ella le gustaba más que para algo ocasional.

¡Que confusión tenía, por Dios!

Resopló mientras terminaba su café.

Vio el reloj y se dio cuenta de que tenía que volver a la realidad si no quería perder su trabajo. Ya se había tomado demasiado tiempo libre ese día.

Era mejor esperar hasta el viernes para poder resolver sus confusiones.

Aunque dudaba que pudiera aguantar tantos días sin volver a pensar en ella.

Capítulo 7

Courtney se pasó toda la semana en un continuo sobresalto.

No entendía qué diablos estaba pasando con ella.

Cada vez que pensaba en Ryan, lo que parecía ser todo el día, el corazón se le aceleraba y en su entrepierna se concentraban tensiones que la hacían perderse en fantasías con Ryan a las cuales le temía.

No por el hecho de tener sexo con él. Ese no era su problema.

No terminaba de entender la situación sentimental de Ryan y eso le preocupaba.

Como nunca antes le había preocupado algo con respecto a un hombre.

Las cosas con él eran muy diferentes y no sabía a qué se debía.

Le gustaba. Como nunca antes le gustó un hombre.

Eso era un problema y entonces entendió que sus dudas no solo iban con respecto a la situación sentimental de él sino también a lo mucho que le gustaba él a ella y temía que pudieran salirse de su control las cosas.

Pero el deseo que sentía por él era tan intenso, que apartaba todas sus molestias en un abrir y cerrar de ojos y le hacían olvidarse un poco de sus preocupaciones para volver su atención en las fantasías que aún no se cumplían.

Los últimos dos días estuvo insoportable, lo reconocía y Joy merecía un bono millonario nada más que por aguantarle sus tonterías nerviosas esos dos días.

Finalmente era viernes y no estaba siendo un gran viernes.

Todo empezó mal con el despertador que no sonó a la hora indicada, de hecho, nunca sonó; lo que hizo que Courtney llegara a las 10 a.m. a la oficina con la cara aún marcada por las sábanas. Ni la ducha fría ni el maquillaje consiguieron quitarle las marcas.

Después, se quemó la lengua con el café y para rematar su estado, no había podido almorzar bien porque estuvo de reunión en reunión debido a que estaban en los detalles finales para sacar la edición previa a la de Navidad que sería la última del año, la más estresante y la que por fortuna, ya tenían

bastante adelantada.

Así que esa semana estaba cerrando con el estrés al máximo nivel y los nervios un poco alterados para tener una cita con un hombre que le gustaba demasiado.

Suspiró profundo.

Joy estaba frente a ella, al otro lado del escritorio, tomando notas de las cosas nuevas que debía agregar a la agenda de la siguiente semana.

Courtney suspiró de nuevo.

—Si vas a pasarte el resto de la tarde suspirando, para crear lástima y que la gente te pregunte qué diablos te pasa, lo estás haciendo mal, cariño — levantó un poco la vista sonriendo con ironía—, sabes que yo no te voy a preguntar nada que tu no me quieras decir y visto que no hay nadie más en esta habitación, tu estrategia no está funcionando.

—Estaba pensando en darte una bonificación por lo buena que habías sido conmigo en estos dos últimos días, pero acabas de perderla.

Joy soltó una carcajada y luego dejó el bolígrafo sobre la libreta en la que escribía para ver a su jefa a la cara.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó con naturalidad.

—Cancela la cita con Ryan, inventa algo. No sé, dile que tendré que quedarme aquí trabajando y no sabemos cuándo podré ver la calle de nuevo.

—Y crees que él es lo suficientemente ingenuo como para creer eso, ¿no? Courtney volvió los ojos al cielo.

—Como sigas así de sincera vas a perder la bonificación de Navidad también.

—¿Por qué no quieres salir con él si está más que claro que ambos se gustan? ¿No es bueno en la cama?

Courtney la vio con duda.

—No lo sé.

Y Joy entrecerró los ojos dando a entender que no tenía muy claro lo que su jefa acababa de comentar.

Courtney resopló.

—No lo sé, Joy. Desperté en el sofá de su casa, en ropa interior y él dormía en su habitación.

Joy abrió los ojos divertida.

—¿No tuvieron sexo y sin embargo te pones así cuando hablas de él?

Courtney frunció el entrecejo de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —respondió la interrogada a toda prisa. Pero para la chica estaba muy claro que su jefa estaba locuita por Ryan Griffin. Era una noticia digna de la primera página del periódico más importante del país.

«Courtney Moore se pone nerviosa por un hombre con el cual no se ha acostado».

Sonrió divertida.

—Deja de pensar estupideces que parece que es tu especialidad últimamente. No es lo que crees, es que gracias a que estaba muy borracha ese día y a que tú me dejaste largarme con él hice algo que nunca había hecho en mi vida y ahora me muero de la vergüenza —«Oh Dios» pensó Joy sin pronunciar palabra. Sabía que lo mejor era dejar a Courtney hablar pero Courtney solo se limitó a verla con las mejillas encendidas.

—A mí me das la información completa.

Y a Courtney no le quedó más remedio que contarle lo que hizo en el coche de camino a casa de Ryan.

Joy la observaba con total sorpresa y diversión.

—No, no, no. Tú hoy sales con ese hombre y el lunes nos vemos una hora antes de empezar para que me cuentes todo porque no es normal, nada normal tu comportamiento con él.

—Estaba borracha, por tu culpa.

—¿Mi culpa? No, querida, bastante te dijimos Alice y yo que no bebieras más pero ese día no querías escuchar a nadie.

Courtney resopló de nuevo.

—¿Cómo está Alice?

—Genial —Joy le sonrió con sinceridad—. Iremos esta noche a la galería de Ian.

—Es una opción estupenda. Podríamos ir con ustedes y...

—No, no, no —la interrumpió Joy negando con la cabeza—. Tú vas a la cena y luego a la cama. Es necesario que resuelvas tu tensión sexual con Ryan para que el lunes estés concentrada en tu trabajo. La edición de Navidad de la revista siempre te pone histérica. Además, tienes el viaje a casa y eso te restará días de trabajo —Courtney la vio con duda y Joy tuvo que ser sincera con ella—. Me tomé la libertad de mandarte de vacaciones una semana.

—¿Qué hiciste que?!

—Bueno, no es para tanto. Lo necesitas, ya no recuerdo cuando fue la última vez que tomaste vacaciones y necesitas contacto con otros humanos.

—Lo cancelas de inmediato.

—No. Y no lo discutas más. Recursos humanos no tuvo inconveniente en darte las vacaciones teniendo en cuenta que estás padeciendo de migrañas intensas que no te dejan ejercer bien tus funciones —Courtney abrió los ojos en grande. Le parecía estar hablando con una desconocida—. Y el chico de recursos humanos es gran amigo mío así que no tuvo problema en cederte una semana entera que te vas a tomar así sea yo misma quien tenga que llevarte a casa y dejarte allí atada en el establo de tu padre. Ahora, levántate que se te hace tarde para llegar a casa con calma, tomar un baño en la tina y vestirte con tu mejor vestido para acostarte con Ryan Griffin —le hizo un guiño y salió de la oficina dejando a Courtney confundida mientras ella disfrutaba de su victoria. Le había salido bien la jugada y estaba segura de que Courtney no se negaría a irse una semana a casa sabiendo todo lo que hizo Joy para conseguirlo.

Cuando Ryan aparcó frente al edificio y vio a Courtney salir de ahí, salivó en exceso, su miembro palpitó y su cerebro evocó una serie de imágenes que sugerían saltarse la cena y pasar directo a la acción. O tal vez, cenar en medio de la acción. O que la cena fuesen ellos mismos.

Aquella última idea era la que más le parecía tentadora.

Sin embargo, su sentido racional y educado contuvo a sus instintos de cometer una imprudencia despertando en él la curiosidad por saber por qué una mujer como Courtney le atraía de esa manera que no lograba entender.

Tenía curiosidad por conocerla.

Y en ese momento no supo qué le preocupó más. Si ser un perfecto salvaje y devorarla o ser un caballero y conocerla.

Temía porque la segunda opción acabara enredándole la vida.

Y por más que pensaba en que debía llevar las cosas con calma, nada era calmado cuando ella se encontraba a su lado.

Nada.

Su miembro enloquecía, su cerebro dejaba de ser racional y perdía la noción de todo lo que ocurría a su alrededor.

Se pasó todo el trayecto al restaurante conversando de algo que no lograba entender porque sus pensamientos estaban puestos en lo que ella podría llevar debajo del abrigo y lo sexy que se le veían las piernas envueltas

en esas panty medias negras transparentes.

Se preguntó si llevaría un liguero debajo.

Salivó.

Necesitaba concentrarse en lo que hablaban porque no sabía qué estaba diciendo y podía decir alguna idiotez que arruinara la noche.

Silenció sus pensamientos eróticos como pudo y alcanzó a notar que la voz de ella, gruesa y seductora, salía de su garganta relajada.

Buen síntoma. La conversación iba bien, entonces.

—Entonces, eres libre de verdad.

¿Habló de Vanessa sin saber qué le dijo?

Asintió con la cabeza. Mientras el camarero les servía las bebidas.

—Ya podemos conocernos mejor —agregó él—; porque, según recuerdo, me dijiste que cuando mi ex fuese realmente mi ex, podríamos conocernos mejor.

Ryan notó el cambio en el rostro de ella.

—Verás, Ryan —ella no se sentía completamente cómoda hablando de conocerse—, quiero que te quede claro que esto no es en plan de cita seria. ¿Lo entiendes no? Yo no quiero ni compromisos ni ataduras.

Él sonrió de lado y ella se sonrojó produciendo un cambio inesperado en su sistema.

Le produjo ternura.

¿Qué diablos?

—¿Y qué es lo que esperas?

—¿Tengo que explicártelo?

—Me gustaría —dijo él con sarcasmo. Le gustaba ver la forma en la que ella perdía el control de esa seguridad que proyectaba al mundo cuando la hacía pensar en sexo.

—Pasarla bien.

—Hay muchas maneras de pasarla bien, Courtney.

El camarero les interrumpió para pedir la orden, cuando este se fue, Ryan colocó su mano encima de la de ella haciendo que el contacto los hiciera verse como algo muy provocativo a ambos.

Parecía que las chispas saltaban en el interior de cada uno.

Ryan quería decirle que él quería pasarla igual de bien con ella pero no fue capaz de pronunciar ni una palabra porque en cuanto la mirada de él atrapó la de ella, pudo sentir el intercambio de pensamientos sin ningún inconveniente y lo único que quiso fue arrastrarla hacia él y besarla con

intensidad.

Y eso fue lo que hizo.

Se dejó llevar por el impulso y la besó sin permisos, sin rodeos, sin pensar.

Ella lo deseaba también.

Le dejó entrar en su boca, explorarla, degustarla con deseo.

Sabía a vino, a pasión; y se preguntó cómo sabría el resto de su cuerpo.

Lo averiguaría esa misma noche. Estaba seguro de eso.

Capítulo 8

Courtney despertó con un cosquilleo en la entrepierna.

Ronroneó y abrió las piernas un poco más en cuanto descubrió que Ryan era el promotor de aquella maravillosa sensación.

Tenía muchísima hambre.

Tanta actividad física le dejó casi sin energías.

Casi.

Después de que Ryan la besara de manera sorpresiva e invasiva en el restaurante, les costó no montar una escena porno a la luz pública.

Seguía sin entender cómo era que le permitía tanto a Ryan y se permitía tanto a sí misma con él.

Llevaba más de 24 horas en su cama y podía asegurar dos cosas:

Ryan era estupendo en la cama y le gustaba conversar de múltiples cosas.

Claro, no tuvieron mucho tiempo para tener una conversación clara, pero lo poco que estuvieron hablando en el restaurante, en el auto, esas pocas palabras, le dieron a entender en breve tiempo quién era Ryan.

Y le gustaba todo lo que veía en él.

Además, necesitaba una compañía ocasional que la divirtiera en todos los sentidos, sobre todo en el sexo.

Gimió.

Sí que era bueno en la cama.

Metió sus dedos en la corta cabellera del hombre haciendo que él levantara la mirada para encontrarse con la de ella.

Ryan tuvo una clara visión de la pasión encendida en los ojos de la mujer y en los pezones erectos a los que podía hacerse adicto sin ningún problema.

Desde el momento en que probó los labios de Courtney en el restaurante, entendió que esa mujer era la viva representación de la tentación en su vida.

Y después de probar su sexo, jugar con esos pezones que ahora reclamaban de nuevo su atención, se declaró adicto a ella.

Sí, era un poco exagerado teniendo en cuenta que solo llevaban una noche de sexo pero es que ella tenía algo que él desconocía y se le hacía tan tentador

ese desconocimiento que no pensaba soltarla hasta descubrir de qué demonios se trataba.

Courtney gimió de nuevo y tensó los músculos.

Ryan sabía que estaba a punto de alcanzar otro orgasmo.

Ya había perdido la cuenta de las veces que la hizo vibrar.

Se conformaba con saber que fueron muchas. Nunca antes estuvo con una mujer que tuviera orgasmos con tanta facilidad y tan seguidos.

Su miembro palpitó exigiendo atención y una vez que la sintió a ella contraerse de placer, tomó una de las manos de ella y la llevó hasta su miembro haciendo que la mujer se recuperase con rapidez de los temblores y se ocupara de su virilidad palpitante y deseosa de tener un contacto íntimo con la boca de ella, que sabía cómo tratarlo a él en esa zona.

Courtney lo incitó a que se tumbara de espalda y ella se puso a horcajadas encima de él, dejándole su sexo al alcance de la boca en tanto ella se ocupaba con la suya de darle placer a él.

No podía describir el nivel de excitación que Ryan despertaba en ella.

Consideraba que de todos los amantes que había tenido en su vida, Emerick fue de los más aplicados y buenos.

Y Ryan se estaba apoderando de todos los primeros puestos y ella no era quien para impedirle nada.

Solo quería disfrutar y sentir.

Tenía meses, muchos, sin saber lo que era tener una buena noche de cama y placer.

Lo estaba teniendo y no sabía cuánto tiempo duraría aunque parecía que aquello se proyectaba para todo el fin de semana porque ella sugirió marcharse a casa en la noche y Ryan lo único que hizo fue besarla para hacerle cambiar de opinión, consiguiendo el efecto deseado en muy poco —muy poco — tiempo.

Ryan parecía romper todas las barreras de Courtney.

Era como ese dulce que quieres comer pero sabes que no debes y al final acabas comiéndotelo entero, y deseando tener más.

Sintió la ola de placer invadirla de nuevo y esta vez, gimió moviendo las caderas mientras Ryan se aferraba a estas frotando con su lengua todo el sexo de la chica.

Ella hizo más rápidas las entradas y salidas del miembro de él en su boca, haciendo que él también alcanzara la ola de placer que aun la tenía temblando a ella.

Se tumbó a un lado del hombre y lo vio con diversión.

—Este es el fin de semana más intenso de mi vida —confesó y él le sonrió con picardía.

—Y aun no se acaba, cariño. Te dejaré el lunes en la oficina, no te preocupes.

Ella soltó una carcajada.

—No digas tonterías, necesito ropa limpia. No puedo presentarme en la oficina con el traje con el que salí un viernes a las 9 p.m. de mi casa. Además, no puedo pasar aquí todo el fin de semana.

Él la vio con curiosidad.

—¿Y qué te lo impide? —se colocó de costado aguantando su cabeza con la mano, mientras con la mano que tenía libre, empezó a trazar un camino suave y delicado de caricias seductoras al rededor del pecho de Courtney que enseguida reaccionó.

Dejó la pregunta en el aire porque la verdad era que nada le impedía disfrutar de un maravilloso fin de semana al desnudo, con un hombre que la tenía embriagada de placer.

Y por un momento, apagó todo su sistema racional dejándose llevar por el irracional.

Ya vería el lunes cómo le encontraba lógica a esa pasión desbordada entre ambos.

Si es que podría llegar a tener alguna lógica, claro estaba.

El domingo amanecieron en las mismas condiciones que el día anterior.

Solo que para el momento en el que Courtney estaba reaccionando, el miembro de Ryan ya se abría paso en su entrepierna que estaba lista para recibirlo.

Esa mujer lo enloquecía, era definitivo.

La besó con intensidad mientras se hundía en ella. Su humedad le hacía excitarse aún más.

Era fantástica.

Y en ese preciso momento pensó que quería conocerla más.

«Con calma» un gemido que salió de la garganta de ella le atrajo al momento de placer de nuevo, haciendo a un lado los pensamientos. Una buena jugada teniendo en cuenta que él mismo había decidido no involucrarse

sentimentalmente con nadie durante un tiempo.

Cuando el deseo los consumió a ambos y les hizo sentir las descargas características, Courtney entró al baño para tomar una ducha mientras Ryan preparaba café y algo para desayunar.

Observó a través de la ventana que el clima estaría bien para salir a dar un paseo.

Sería divertido.

Sonrió complacido con la idea mientras la escuchaba a ella vestirse.

Frunció el entrecejo tomando una taza de café y llevándola a la habitación, era para Courtney.

—¿Qué haces? —le preguntó a la mujer cuando la vio colocarse las pantimedias y pensó que la acción se veía muy seductora.

—Vistiéndome, Ryan —finalizó de colocarse las medias y lo vio divertida mientras le quitaba la taza de las manos—. No voy a quedarme más días, creo que ya ha sido suficiente.

Ryan se mostró confundido. No pensaba que ella quería huir ya.

No le quitaba razón, claro. Sin embargo, le habría gustado estar más tiempo con ella.

—Está bien —admitió en voz alta pero sin sentirse convencido en su interior—. Me daré una ducha y después de desayunar te llevaré a casa.

—Ryan —ella lo vio a los ojos y se acercó a él—, yo puedo valerme sola. ¿Ok? —Courtney parecía desesperada por salir de ahí cuanto antes—. Pediré un taxi sin problema y ya nos veremos otro día.

—¿Hice algo malo? —preguntó el hombre con cautela no entendía la actitud de ella. Parecía otra mujer—. Podemos hablarlo.

—Escucha, no pasó nada malo y nada de lo que pase entre nosotros vamos a hablarlo a menos de que queramos ponerle fin a estos encuentros de ocasión.

Ryan bufó intentando parecer divertido.

—Claro, entiendo. Sin compromisos.

—Mientras antes lo entiendas, mejor. No estamos atados ni comprometidos a nada. Podemos salir con quien queramos y si nos apetece, vernos de vez en cuando, ¿ok?

Ryan frunció el entrecejo y asintió.

No entendía por qué aceptaba lo que ella decía con un poco de molestia en su interior.

Ella terminó de vestirse y se acercó a él para darle un beso en una

mejilla.

Luego lo vio a los ojos.

—La pasé muy bien. Gracias por todo.

—Yo también la pasé bien —le sonrió y la besó en los labios tomando a la chica por sorpresa.

—Los besos de este tipo será mejor que sean solo en la cama.

¿Qué diablos ocurría con esa mujer? ¿En dónde estaba la que le reclamaba por más besos y orgasmos hacía un rato?

Ella se dio la vuelta y él la vio alejarse, abrir la puerta, saludarle con la mano y finalmente, marcharse.

Vio a su alrededor y sintió que la casa se le venía encima. Mucho silencio.

Vio la cama, desecha, seguro estaría impregnada del olor de la piel de ella.

Volvió la cabeza a la puerta de entrada de la casa, como si estuviese esperando que ella entrara de nuevo riendo diciéndole que todo había sido una broma.

Pero aquello no ocurrió y no le gustó la sensación que se instaló en su interior. Sentía que la necesitaba. Y era un tanto ridículo, teniendo en cuenta que a penas la estaba conociendo.

No se puede necesitar a alguien a quien estás conociendo.

Negó con la cabeza y decidió darse una ducha para luego salir a correr.

El día estaba estupendo y no iba a desperdiciarlo quedándose en casa consumiéndose de angustia al verse rodeado de tanta soledad.

No. Después de ejercitarse, buscaría algo más para hacer. Aprovecharía cada segundo de sol y volvería a casa cerca del anochecer, agotado, listo para darse una ducha y meterse en la cama sin ganas de pensar en su soledad o en Courtney.

Cuando Courtney salió de casa de Ryan y cerró la puerta tras de sí, sintió unas ganas tremendas de llamar de nuevo a la puerta y brincarle encima a ese hombre que dejó desconcertado dentro.

Definitivamente el chico no se esperaba esa reacción por su parte y aquello era un problema.

Ryan le gustaba, lo notó cuando sintió una punzada molesta en el pecho en

el momento en el que decidió marcharse. Y eso no era bueno. Así que debía mantenerse alejada de él algunos días porque podía llegar a ser peligrosa tanta cercanía.

Tenía la sospecha de que acabarían más enredados de lo que ella —y él — necesitaban en ese momento, porque estaba más que claro que él no soportaba verse solo. Su reacción cuando ella decidió marcharse quedó tan clara como el agua.

Ryan tenía mucho por trabajar en su interior. Y lo último que ella necesitaba era que él confundiera miedo a la soledad con amor o atracción.

Resopló cuando pensó en eso, entraba en su casa derrumbándose en su propio sofá.

Era perfecto, no podía negarlo y sí, le gustaba como nunca antes le gustó alguien; por eso mismo debía ir con mucha cautela.

No podía volver ocurrir un fin de semana como ese. Las visitas de ahí en adelante debían ser en un hotel. Zona neutral y luego del encuentro, cada uno a sus vidas.

Sin desayunos, como pretendía él esa mañana y estaba segura de que luego le habría dicho que era buena idea dar un paseo, de haberse quedado con él ella habría aceptado encantada porque él tenía algo que le hacía no querer despegarse de él.

Y la hacía reír.

De verdad.

Sonrió pensando en eso.

Se sentía tan bien.

Sacudió la cabeza queriendo sacudirse los pensamientos.

—No te atrevas a confundir las cosas, Courtney Moore. Que tú, como estás, estás perfecta.

Capítulo 9

El jueves siguiente, Ryan estaba a punto de enloquecer.

No sabía nada de Courtney y la situación lo alteraba. Nunca se había sentido así tan inquieto por una mujer. No con Leah, no con Vanessa, con ninguna.

¿Qué le hacía Courtney?

Pensaba en ella desde que se levantaba hasta que el sueño lo vencía y la mayoría de las noches, tenía sueños indecentes con ella. Del tipo que la buscaba en su trabajo y en el ascensor tenían un rápido encuentro sexual; o en su oficina, a la hora en que los demás tomaban el almuerzo.

Resopló estirándose en su asiento.

No podía ni siquiera concentrarse.

Intentó llamarla y ella no le respondía.

Solo respondió dos de sus cuatro mensajes de texto de una manera bastante fría e indiferente.

Ryan decidió no escribirle más y no llamarla más pero de esa decisión solo habían pasado 24 horas y sentía que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no tener un mínimo de contacto con esa mujer que parecía enloquecerlo.

Su móvil sonó en ese momento, lo tomó con rapidez pensando que podía ser un mensaje de ella.

No.

Era su hermana indicándole que la cena de Acción de Gracias de ese año sería en su casa. Lo cual agradeció. No quería regresar a Arlington y tener un encuentro «inesperado» con Vanessa.

Aunque llegara a la ciudad en absoluto secreto, la chica parecía olerlo en la distancia y saber cuándo estaba cerca para ir a su encuentro y a pesar de que tenía muchos días sin pensar ni un poco en ella, y sin sentir que con ella

estaría mejor que con la soledad que lo rodeaba que tampoco se le hacía ya tan pesada, no le parecía buena idea encontrarse con ella.

Podría recaer en su angustia de verse solo y retomar lo que abandonó con Vanessa.

La verdad era que se sentía bien desde eso.

Sí, la soledad le molestaba un poco cuando llegaba a casa. Por ello intentaba mantenerse ocupado poniéndose al día con lectura y con series de TV que siempre le gustaron y que no había podido disfrutar por falta de tiempo o porque siempre acababan viendo algo del gusto de Vanessa.

Le respondió a su hermana y se ofreció a ayudar con la comida.

Le gustaba cocinar.

La chica aceptó encantada y preguntó si él llevaría a alguien.

Se quedó un rato pensando.

Era muy tentador invitar a Courtney.

Muy tentador.

Pero si no había podido contactar con ella para una simple salida o encuentro, dudaba que la mujer aceptara ir a casa, en plan «familiar» el día de Acción de Gracias.

Le dio una negativa a su hermana.

Era mejor olvidarse de la idea de llevar a Courtney.

Además, no estaba saliendo con ella. Solo tenían citas ocasionales.

Se removió en su asiento porque aquella idea no le hizo mucha gracia.

Vio el teléfono de nuevo. Ninguna noticia de ella.

Resopló y se dio cuenta de que faltaba poco para ponerle fin a la jornada y él seguía arrastrando mucho trabajo inconcluso de la semana. O se ponía al día o su jefe iba a tener una seria charla con él y la verdad era que no estaba para que lo regañaran o peor aún, para perder su trabajo.

Esa noche se quedaría en la oficina terminando todo.

A ver si con eso dejaba de pensar en Courtney.

Courtney estaba agotada.

No le apetecía nada salir ese día de casa.

Su semana fue muy intensa en el trabajo y solo quería quedarse en casa y poner un poco de orden y limpieza porque tenía días sin hacerlo y con lo pequeño que era su apartamento no se podía dar el lujo de tenerlo

desorganizado.

Además, tenía que pasar por el supermercado porque le hacían falta algunas cosas y también quería aprovechar de hacer algunas compras para la familia.

Llegaría de sorpresa y cargada de regalos para todos. Le encantaba pensar en la cara de felicidad que pondría su padre.

Aquella decisión, desde que la había tomado, le producía felicidad y le robaba sonrisas.

Le agradeció a Joy haberse tomado la libertad de mandarla de vacaciones por más tiempo, ella sola no lo habría hecho por el tema del trabajo, y en un principio le pareció que le idea era completamente descabellada e innecesaria pero después de tener una semana de locos en la revista y de que su mente no parara de pensar en Ryan una y otra vez, lo mejor era tomarse ese descanso de todo y de todos.

Alejarse.

Tal como estaba intentando hacerlo durante esa semana evitando cada una de las llamadas y mensajes que Ryan le enviaba.

No entendía qué diablos pasaba con ella, y estaba muy preocupada porque no era mujer de aguantar la presión de un hombre de esa manera. De ninguno. No quería que la persiguieran.

Quería que, de vez en cuando, le invitaran a algún sitio con la intención de pasar un buen rato fuera y dentro de la cama; que se entendiera que la misión final era solo sexo.

Nada más.

Y Ryan parecía estar desviando las cosas.

Además, no sabía si lo hacía porque de verdad estaba interesado en ella o porque estaba confundido entre su soledad y ella.

Courtney no era tonta y sabía leer muy bien a la gente, era como un don. Por ello, Emerick decía que era como un maldito detector de mentiras.

Y en Ryan lo vio, la necesidad de contacto humano, de compañía que ella solo necesitaba para ocasiones contadas pero él no y quedó demostrado con el mensaje del lunes:

“Que tengas un maravilloso día”

Además de cursi, le pareció inapropiado. Por ello no le respondió.

Luego las llamadas y los siguientes mensajes que eran muy parecidos al primero.

Él quería dar pie a otra cosa a la cual Courtney no estaba interesada.

Suspiró de nuevo mientras intentaba concentrarse en la lista de la compra en el supermercado que tenía más de media hora haciendo.

Si no paraba de pensar en Ryan, no acabaría nunca.

Y tenía el tiempo contado para hacer los quehaceres de casa y luego descansar un poco antes de ir a la galería.

Así que era mejor dejar a Ryan a un lado y concentrarse en lo que realmente debía hacer.

Ryan entro en la galería sin grandes expectativas.

No le gustaban los museos o galerías de arte.

Se le hacían aburridas. Nunca alcanzaba a entender lo que el artista pensó al crear la obra. Aunque de eso se trataba el arte. Lo sabía. Cada quien interpretaba su visión de la pieza expuesta; sin embargo, parecía que era corto de visiones y pensamientos para ese tipo de cosas.

Le explicó al portero que la tarjeta estaba a nombre de su jefe pero que este no pudo asistir y que él estaba allí en su representación.

El Sr. Kozlov, jefe de Ryan, hizo la llamada notificando el cambio el día anterior después de pedirle a Ryan que asistiera en su nombre porque él no podría hacerlo. Su jefe era un tanto impositivo y a pesar de que había en la compañía personal contratado para eso, era Ryan a quien él tenía a la mano para esa misión y Ryan no se atrevió a contrariarlo.

La invitación era para una sola persona así que no podía llevar acompañante.

Le habría gustado ir con Courtney, aunque ella seguía sin responder a sus mensajes.

Ese mismo día, más temprano, le envió un mensaje preguntándole si quería salir a cenar. Tendría una buena excusa para escapar pronto del compromiso de la galería y lo más importante podría volver a ver a Courtney porque su cabeza no quería darle tregua y dejar de pensar en ella, sus besos, su cuerpo.

Sintió la tensión acumularse en la parte baja del cuerpo y decidió concentrarse en lo que veía.

Reconoció al dueño de la Galería porque su jefe le indicó quién era para que se acercara y agradeciera en su nombre la invitación.

—Buenas noches —saludó a dos hombres que le sonrieron de manera

educada y amistosa—. Soy Ryan Griffin —extendió su mano para apretar la de ambos anfitriones que respondieron con total educación.

—Vienes en representación del viejo Kozlov —Ryan asintió—. Yo soy Tomas Milokovich y él —señaló a su pareja— Es Ian, el creador de este maravilloso espacio.

—Felicidades, la galería está muy bien —«¿Maldición Ryan, no puedes decir algo más profesional?» pensó y sonrió avergonzado.

—Veo que no es amante del arte Sr. Griffin —agregó Ian divertido.

—No, no lo soy —ya no podía engañarles.

—Parece más bien de los que disfrutan de un buen partido de fútbol.

—Con una buena jarra de cerveza.

Todos rieron.

—Si me permite, puedo enseñarle que nuestra galería es más que un lugar que guarda arte.

Pero en ese momento, se vieron interrumpidos por una pareja que llegaba y los anfitriones debían recibirles.

Ryan lo entendió.

Se apartó y caminó un poco por el espacio. Encontró algunas obras de arte que no le parecieron interesantes en lo absoluto y después de ver algunos cuadros abstractos de un artista emergente, se abrió paso a una sección que estaba llena de fotografías impresionantes. Destacando una pared con una composición tan maravillosa que le encogió el pecho.

Cada una de esas fotos parecía narrar una historia y pudo seguir, de una manera que no lograba entender, el hilo de todo lo que querían contar esas imágenes.

Se alejó de la pared para apreciarla con mayor claridad.

Era maravillosa.

—Cuando conoces la historia de primera mano, te das cuenta de que esta pared no le hace justicia.

Ryan sonrió al escuchar esa voz a su lado.

Parecía que las coincidencias entre ellos eran el método tradicional y más seguro de encontrarse.

Courtney estaba allí y aprovecharía aquella coincidencia como nunca antes había aprovechado algo en su vida.

Courtney saludó a Ian y a su esposo con un fuerte abrazo.

La pareja se había convertido en buenos amigos para ella.

—Veo que alguien ha decidido verse radiante esta noche —Ella le hizo un gesto con la mano a Ian para que dejara de decir tonterías.

Un mesonero pasó entre ellos y Tomas, el esposo de Ian, tomó dos copas y se las dio a Ian y a Courtney para que brindaran con él por el éxito que estaba teniendo esa velada.

Courtney redactaría una nota en la edición de Navidad para destacar la Galería como una excelente opción cultural a la cual asistir en ese fecha especial.

—¿Cómo va el trabajo? —le preguntó Ian sonriendo—. Imagino que estás en los peores días del año. Se aproxima la gran edición y debe ser un total estrés.

—Lo es —afirmó ella y bebió un sorbo de su bebida—. Y se vuelve más estresante cuando no tengo con quien liberar esta tensión que llevo en cima.

—Por falta de candidatos no será —agregó Tomas con sarcasmo.

Courtney bufó por lo bajo.

—No. De hecho, tengo uno al que estoy evitando porque es tan perfecto que parece muy peligroso.

Ambos hombres rieron.

—¿Cómo es? —le preguntó Ian.

—Perfecto, Ian. Perfecto.

—¡Vaya! ¿Tan perfecto?

—Da miedo de lo perfecto que... —Courtney se interrumpió de inmediato porque sí, ahí, en el lugar en el que nunca pensó que se encontraría a Ryan, estaba él, deleitándose con el mural de Davina, vestido con su perfecto traje gris oscuro que le hacía lucir extremadamente tentador.

—¿Estás bien, cariño? —Ian la veía con preocupación y entonces, Tomas le señaló hacia donde veía la chica—. ¿No me digas que esa es la perfección que tanto te aterra?

Courtney movió la cabeza con lentitud, asintiendo.

No se lo podía creer.

Pasaba otro mesonero e Ian tomó otra copa.

—Bébetela de un trago, vamos. Necesitas entrar en calor porque parece que viste un condenado fantasma.

Ella no sabía qué hacer.

Pero se dejó guiar por Ian, porque además, sabía que el alcohol la iba a

relajar. Ya estaba allí y él también, así que sería inevitable que acabaran en la misma cama —con toda probabilidad— hasta el lunes.

Con las ganas que ella tenía de él, además.

—Lo he estado evadiendo toda la maldita semana,

Tomas silbó bajito.

—Esto parece más serio de lo que creemos.

—Dijo que le daba miedo, ¿alguna vez escuchaste a esta mujer temerle a un hombre?

Tomas negó divertido.

—Bebe —ordenó Ian de nuevo.

—No me voy a emborrachar.

Ian volvió los ojos al cielo.

Y ella volvió a vaciar su copa.

Ian le arregló un poco el cabello y le hizo un guiño

—Estás muy sexy así que ahora mismo vas, te paras a su lado y conversas con él.

Ella dejó escapar una fuerte exhalación.

—Davina y Em van a disfrutar esta anécdota como ninguna otra.

—No te atrevas a contarles nada —amenazó Courtney divertida, sabiendo que aquello era inevitable.

Se alisó el sencillo vestido de coctel negro que eligió para esa noche y caminó con seguridad hasta estar al lado de Ryan.

Estuvo un par de minutos allí, antes de coordinar algo inteligente para decir.

Le preocupaba el manojito de nervios que le despertaba Ryan en el estómago. No era común en ella y no le gustaba la sensación. Le creaba inestabilidad.

Y cuando él sonrió tras escuchar su voz, las piernas de Courtney amenazaron con volverse de gelatina y no soportar su peso.

Dios santo, es que parecía una adolescente.

Así que ahí estaban; tan cerca, que a Courtney le costaba respirar.

Él la vio, le sonrió con esa sonrisa que derretía glaciares y luego colocó su mano en la parte baja de la espalda de ella, despertando los escalofríos deliciosos a los que Courtney se volvería adicta si no ponía distancia pronto y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla.

Olía a seducción, a tentación.

—Parece que aunque me evadas, estamos destinados a encontrarnos.

Había sido muy obvia en lo de evadir. Lo sabía.

—Estuve muy ocupada en la oficina —Ryan asintió divertido—. Y creo que dejamos muy claro que lo nuestro sería ocasional.

—Lo siento, no suelo controlar mi espontaneidad. Pero no vamos a pasarnos la noche aquí, discutiendo de los mensajes que me nace enviarte y que a ti no te nace responder, ¿no?

La vio con ironía y se alejó de ella un poco para ver la siguiente muestra del arte fotográfico de Davina.

Courtney se llevó la copa a los labios. Bebió un sorbo de su champaña mientras pensaba en su interior que no, no discutirían más sobre ese tema porque ella prefería invertir de manera productiva esa casualidad que el destino preparó para ellos esa noche.

Capítulo 10

Courtney era mortalmente seductora.

Ryan la observaba durmiendo, enredada entre las sábanas con las piernas al descubierto, abrazando una de las almohadas y las facciones relajadas.

¿Cómo no iba a estar relajada si se pasaron toda la noche quemando la pasión que los consumía cada vez que estaban cerca el uno del otro?

En la galería, Ryan hizo un esfuerzo sobrehumano para no ponerle las manos encima más de lo que era políticamente correcto. En realidad, estaba desesperado por llegar a su casa, quitarle el vestido que la hacía ver más sexy de lo que ya era y devorarla entera.

Le urgía devorarla con premura y sin delicadeza.

Tenía las ganas acumuladas y los pensamientos no ayudaban a controlar aquellas ganas.

Luego del primer bocado de placer, la elevaría de nuevo a la cima con más delicadeza y dedicación.

Lo pensó y así lo hizo.

Pararon solo cuando sus cuerpos ya no podían coordinar nada más que para permanecer laxos y dejarse vencer por el sueño inmediato que los invadió.

Su miembro despertó ante los recuerdos.

La calidez y humedad del interior de ella era perfecto.

Esa mujer tan diferente a lo que él conocía de sus gustos en cuanto a mujeres, parecía estar hecha a su condenada medida porque encajaban de manera perfecta. Sus movimientos eran sincronizados y cada sesión era diferente. Era innovadora, excitante.

Lo encendía la forma en la que ella lo miraba cuando él dejaba a su lengua torturar —sin clemencia alguna— su centro de placer. Era una mirada que le dejaba ver la súplica de ella para que siguiera con la tortura y la llevara allí, a la cima en la que tanto le gustaba estar, convulsionando gracias al orgasmo.

Su miembro palpitó y le pareció buena idea despertarla para que ella se

ocupara de su excitación, después de todo, ella era la culpable de aquel apetito sexual insaciable.

Le dio delicados besos en la espalda mientras sus manos empezaban a explorar debajo de las sábanas.

Ella se removió un poco y un ronroneo se escapó de su garganta haciéndole a Ryan perder la claridad.

Su miembro se endureció más y palpité reclamando placer.

Ella decidió permanecer en la misma posición y para Ryan fue perfecto porque pudo pegarse aún más a ella tras levantar las sábanas y siguió con los movimientos previos.

La separó de su abrazo a la almohada para poder jugar con esos pezones que lo enloquecían porque respondían a sus caricias al primer contacto.

¡Ah sí! Ahí estaban, perfectos, erectos.

Ryan salivó.

Los quería dentro de su boca pero la espalda de ella en ese momento era endemoniadamente atrayente.

Su miembro palpité entre los glúteos de ella y la mujer contoneó sus caderas frotándose contra Ryan que ya no pensaba con claridad.

Buscó la protección necesaria y le pareció una eternidad los segundos en los que se preparaba para poder entrar ella con la precaución requerida.

La acarició con la mano antes de tomarla por completo y ella gimió levantando la pierna derecha permaneciendo aun sobre su costado izquierdo.

Ryan tuvo mejor acceso, y la exploró con gusto reconociendo de nuevo cada centímetro de su interior y siendo el promotor de la humedad que se concentraba en la zona.

Su propia excitación reclamó atención de nuevo.

Y no la hizo esperar más.

La acercó al sexo de ella que buscaba darle un mejor ángulo haciendo que todo encajara de la manera correcta.

¡Dios santo!

El calor que ella concentraba allí, en su interior, era desestabilizante para Ryan, obligándole a tener un control máximo del momento y no alcanzar el clímax antes que ella.

A veces no le funcionaba tan bien, como esa mañana que las convulsiones aparecieron en cuanto empezaron las embestidas por su parte.

Era deliciosa.

Siguió sus movimientos tocando los senos de ella hasta que la chica

consiguió estremecerse complacida.

Ryan le besó de nuevo la espalda con delicadeza sin dejar de jugar con sus pezones.

Quería hacerla suya otra vez.

Y el resto del día.

Y fue la primera vez que pensó en la tonta idea de querer hacerla suya todos los días.

Courtney observaba a Ryan mientras comía.

Le gustaba.

Desde todos los ángulos físicos y desde «casi» todos los ángulos de su personalidad también le gustaba.

Lo que creaba un conflicto en el interior de la mujer que la hacía arrepentirse de haberse mezclado con él.

Porque en el poco tiempo que tenían conociéndose, Ryan se aferraba cada vez más a ella y ella, bueno, ella simplemente no sabía qué diablos pasaba en su interior porque el hombre sin duda alguna le gustaba pero le daba la impresión de que no manejaba bien la soledad. No era que se lo hubiese dicho alguna vez, no hacía falta.

Courtney se daba cuenta cuando se despedían, cuando él le reclamó no responder a sus llamadas o mensajes. Cuando la observaba en silencio como lo hacía en ese momento.

Era como si le doliera regresar a su soledad mientras Courtney necesitaba refugiarse en ella corriendo para poder volver a ser la mujer centrada y coherente que era porque junto a Ryan, se convertía en alguien pasional que reacciona solo a sus instintos, a sus... ¿sentimientos?

No. Aquello no podía avanzar. No estaba bien y terminaría por crearle problemas.

Solo de ocasiones. Punto.

—Podríamos ir a dar un paseo. ¡No! Mejor, vayamos a la pista de hielo—la vio con tanta ilusión que estuvo a punto de decirle que sí. Pero no. No estaba bien darle más alas.

—Tengo trabajo pendiente.

—¿Hoy? Es domingo.

—Sí. Hoy. —Él la observó con cara de confusión—. Fue buena idea lo

del arroz chino. Me moría de hambre.

Él sonrió a medias y ella se sintió mal por hacerle trizas sus planes.

¿Y si iba? ¿Qué era lo peor que podía pasar?

«Que te diviertas a morir y que luego no puedas vivir sin esa diversión junto a él» resonó una voz en su cabeza.

Era verdad.

—La semana que viene estaré de lleno con la edición de Navidad y no tendré tiempo de nada más.

Él bufó con ironía.

—Escucha, Courtney, a mí no me van las indirectas. Si no quieres que te llame o que te busque, no lo haré. Lo que sí no puedo asegurarte es que esté disponible para ti cuando tú así lo decidas.

Ella sintió aquello como una bofetada.

Se lo tenía merecido por ser tan engreída.

—Tienes razón —lo vio a los ojos y luego bebió un poco de su Coca-Cola—. Es por eso que somos amigos ocasionales.

—Es cierto —respondió el con sarcasmo—. Siempre lo olvido.

—Bueno, Ryan, no hagamos de esto un drama.

—No lo es, Courtney. Solo repaso tus condiciones, que están muy lejos de las mías.

Ella lo vio de inmediato a los ojos. No se esperaba esa respuesta.

—Me gustaría conocerte más fuera de las sábanas. Ya me conozco tu cuerpo entero y me encanta. También me gustaría saber si la mujer que está dentro de ese cuerpo me encanta —levantó una mano sonriendo con ironía de nuevo cuando ella intentó agregar algo—. Pero como solo somos amigos ocasionales, supongo que tendré que conformarme con conocerte solo en la cama y si tenemos eso en cuenta, parece que hoy ya hemos excedido tus propias condiciones así que, con tu permiso, voy a ducharme y luego me marcharé.

Le dio un beso en la coronilla y la dejó allí pensando en lo que acababa de ocurrir.

¿Qué había sido todo eso?

Bufó cuando escuchó el agua de la ducha correr.

—No te molestes —dijo por lo bajo—, tú te lo estás buscando y es obvio que ese hombre te gusta más de lo que debería gustarte; así que, o sigues tus propias reglas para no involucrarte más o dejas a un lado tus malditos miedos y asumes que te sientes tentada a darle una oportunidad de conocerlo mejor y

de que te conozca a ti fuera de las sábanas —las últimas palabras las pronunció con una mueca de disgusto hacia la ocurrencia del hombre.

Capítulo 11

Ryan tenía unos diez días sin saber nada de Courtney.

«Tendré mucho trabajo» dijo ella insinuándole que no le llamara y eso era lo que estaba haciendo aunque la espera lo estaba matando.

Sí, Courtney Moore le gustaba más de lo que creía y estaba muy dispuesto a intentar las cosas de otra manera con ella pero la chica se negaba y él no tenía ganas de perderla de ninguna manera.

Su sensualidad y pasión lo tenían enganchado y por el momento se conformaba con eso.

Courtney se le estaba convirtiendo en algo que él desconocía.

Sin embargo, le gustaba todo lo que le hacía sentir.

Excepto cuando le rechazaba de la manera en que lo hizo la última vez que se vieron. Honestamente, en ese caso, era mejor que le dijera que no era buena idea que ellos estuviesen saliendo de otra manera que no fuera para fines sexuales, como se lo solía decir, antes que salirle con el discurso estúpido de que tendría mucho trabajo.

Tanta seguridad que proyectaba en su trabajo y como mujer y tanta inseguridad que proyectaba ante una propuesta emocional de él.

Estaba llena de miedos. Era obvio.

Él también los tenía y en su opinión era algo común del ser humano tener miedos y luchar por superarlos.

Claro, en caso de que se quisieran superar.

Courtney tenía miedo de que entre ellos naciera un sentimiento y Ryan no tenía menos miedo que ella ante esa idea pero su curiosidad por conocerla al completo y compartir cosas en común que no sean orgasmos pesaba más en su balanza haciendo que el miedo fuese fácil de superar.

Aprovechó para hundirse al completo esa semana en el trabajo y adelantó mucho. Su jefe estaba feliz con tanto progreso y le dio una buena bonificación además de un par de boletos a un *show* navideño del que había escuchado muy buenos comentarios.

Veía las dos entradas con picardía.

¿Y si la llamaba?

Lo peor que podía pasar era que la mujer no respondiera.

No le apetecía ir solo y esa mañana conversó con Ellie que le explicó que estaba con la agenda a tope esa semana así que ella tampoco era una opción de compañía.

Suspiró.

Negó con la cabeza.

Y después de meditarlo unos segundos más, se decidió y la llamó.

El móvil de Courtney sonó repetidas veces y ella solo le dedicó una mirada esquivada.

Sabía que era Ryan, pero no le respondería.

No en ese momento.

No porque no quisiera.

En realidad quería contestarle y hablar un poco con él.

Llevaba días preguntando como estaría.

Y si seguiría tan molesto con ella como cunado se fue de su casa el último domingo, hacía unos... ¿diez días?

Se sorprendió con el cálculo hecho.

Estaba contando los días y aquello rayaba en lo absurdo. En las cosas que hacían los enamorados que ella no soportaba y había que empezar a aclarar que ella no estaba enamorada; y que en caso de que lo estuviese no sería insoportablemente cursi como otros.

Prefería no enamorarse jamás.

Bueno es que ella no iba a enamorarse jamás porque el amor daba problemas y ella no quería problemas en su vida.

Estaba feliz como estaba. ¿No?

Asintió afirmando su respuesta en la conversación interna que mantenía con su consciencia.

Aquella que no la estaba dejando en paz desde hacía muchos días en los que se sorprendía pensando en Ryan día y noche.

Joy la observó analizándola y dejó de transcribir el informe que tenía entre manos para analizar mejor a su jefa que, desde hacía unos días, estaba más insoportable que nunca.

—¿Se puede saber qué diablos pasa contigo y por qué no contestas el

teléfono?

—Cuando terminemos el trabajo quizá te lo diré.

Joy dejó a un lado su lápiz y la vio a los ojos apoyando su espalda en el espaldar de la silla en la que se encontraba sentada.

—De eso, nada. Courtney Moore. No hacemos nada más hasta que no me digas lo que está pasando que te tiene tan delicada de carácter últimamente.

Courtney se rindió porque sabía que Joy era capaz de pasarse toda la tarde allí sin mover un dedo y sin apartar los ojos de ella hasta conseguir lo que quería.

—Es Ryan.

—Esto se pone interesante —Joy sonrió con diversión frotándose las manos—. Continúa.

—No hay nada para continuar, Joy. Solo me está llamando después de muchos días sin hacerlo.

—Bueno, no debería molestarte porque estoy segura de que le habrás aclarado miles de veces que ustedes solo son compañeros de sexo, nada más.

—Exacto.

Joy asintió sonriendo de nuevo.

—Entonces, sigues sin explicarme bien porque estás tan susceptible, irritable, y que pareces una maldita bomba de tiempo.

—A veces me parece que exageras. ¿Pero qué otra cosa que la edición de Navidad podría tenerme tan irritable?

—¿Ryan?

Courtney hizo una pequeña mueca de disgusto.

Joy se sorprendió.

—No te sorprendas —Courtney la vio con seriedad insultándose en su interior por ser tan evidente con su asistente y amiga porque Joy era su única amiga—. Es un hombre interesante.

—Bueno en la cama porque si no ya lo habrías despachado.

—Lo es. Es un condenado dios de la pasión. No lo parece, ¿cierto?

—No te parecerá a ti —ambas rieron—. Entonces, ¿para qué te llama y por qué no respondes?

—No lo sé, tenemos diez días que no hablamos.

—Y llevas la cuenta. Courtney Moore, no te reconozco. ¡Llevas la cuenta de los días que tienes que no hablas con él! Esto es increíble —Joy estaba eufórica—. No me veas con esa cara de pitbull, querida, es más que obvio que Ryan te gusta más de lo que tú misma crees.

—No de esa manera que tú piensas —«¿No?» se preguntó en su interior.

—Ajá, seguro. No tengo dos días conociéndote, cariño, y actúas de una manera tan rara que podría hasta pensar que estas perdida por Ryan.

—Pfffff por favor, deja ya de ver telenovelas —Courtney soltó una carcajada forzada—. Estas viendo cosas que no son. Es simple, estuvimos en mi casa el domingo, él quería ir a la pista de hielo y le dije que no porque tenía que trabajar.

—¿El domingo?

—¡Es lo mismo que me respondió él ese día! ¿Qué tiene de extraño que yo tenga que adelantar trabajo un domingo?

—Que eres Courtney Moore y tú nunca tienes trabajo atrasado.

—Eso no lo sabe él.

—Si está interesado en ir a patinar contigo sin una cama cercana, estoy segura de que ese hombre ya aprendió a conocerte y sabe que tú jamás tendrías trabajo pendiente, menos para un domingo.

Auch. Eso sí que le había dolido. ¿Tan evidente podía llegar a ser?

—No me sigas diciendo tonterías porque no me estás acercando a él. Me estás apartando.

Se quedó pensativa recordando la conversación con Ryan.

«Quiero conocerte fuera de las sabanas» eso era demasiado para ella.

—No te estoy apartando yo, tú me estás usando a mí para apartarte sola.

El teléfono sonó de nuevo y Joy tuvo la rapidez de tomarlo y responder,

—Hola Ryan, si... —hizo una pausa—, enseguida te la paso, está saliendo de una reunión en este momento.

Le extendió el teléfono a Courtney que la veía con ganas de asesinarla.

«Me las vas a pagar» le dijo sin voz.

Esta sonrió y le lanzó un beso en el aire.

Salió de la habitación cantando.

—¿Hola?

—Escucha, si no quieres hablar, colgamos y...

Courtney no quería que eso ocurriera y lo interrumpió.

La voz de Ryan fue como un calmante para el humor negro que llevaba por dentro desde el último día que estuvieron juntos.

Se permitió sonreír.

—No.

—No qué.

—No cuelgues. La verdad es que no quería contestarte pero Joy no se

está quieta y bueno, ahora veo que soy una tonta —¿Estaba diciéndole que ella era una tonta por no responderle el teléfono? ¿Desde cuándo Courtney se molestaba en dar tantas explicaciones y sobretodo, decir tantas estupideces?

—Bueno, no voy a quitarte mucho tiempo —iba al grano, ¿no quería conversar con ella? ¿Qué pasa contigo Courtney?—. Llamaba para invitarte esta noche a un *show* navideño. ¿Qué me dices?

—Me parece genial, me encantan.

—Bien. ¿Paso por ti a las 7.30?

—No, mejor nos vemos allí —la Courtney razonable parecía hacer acto de presencia de nuevo y controlar toda la situación que estaba a punto de salirse del orden natural de las cosas.

—Ok, como quieras. Te envío los datos en un mensaje con la hora exacta del inicio.

—Perfecto, ¿cómo has estado?

—Bien. Hablaremos luego. Adiós.

Le colgó.

Dejándola consternada. Ni siquiera le pregunto cómo había estado ella.

Quiso gritar y darse cabezazos en la pared.

«¿Por qué tiene que preguntarte cómo estás? ¿Qué le importa? Solo debe importarle tener una cita previa contigo para seducirte y llevarte a la cama, que esta noche será la de algún hotel cercano al teatro. Ni en tu casa ni en la suya. Y no lo volverás a ver hasta que regreses de Kentucky».

En ese momento parecía estar de acuerdo y convencida de su decisión.

Asintió.

—Será lo mejor para todos —dijo de en voz alta intentando convencerse de que lo que estaba pensando era lo que más le convenía a ella, sin duda alguna.

En la 6ta Avenida de la Gran Manzana, con su llamativa iluminación exterior, El *Radio City Music Hall* era uno de los sitios más visitados de la época gracias a su *show Radio Music Hall Christmas Spectacular*.

Un *show* que había sido presentado en el lugar desde 1933. Más de 140 bailarines en escena transmitiéndole al público un gran espíritu navideño en los 90 minutos de duración del *show*.

Una actuación fabulosa de Las Rockettes, consideradas las mejores

bailarinas del teatro mundial, en *Paredes of the Wooden Soldiers*

Ninguno de los dos había estado en el *Radio City Hall* antes y Ryan agradeció mentalmente a su jefe por la oportunidad que le estaba dando.

El lugar contaba con lujo e historia.

El teatro más importante del país inaugurado en la Navidad de 1932 y dentro del cual se podía sentir la opulencia de la Europa moderna.

Ryan y Courtney se encontraron en la puerta del teatro y él la recibió con una sonrisa amistosa y un beso suave en una mejilla que ella recibió de manera cortante según lo percibió Ryan, que tampoco esperaba que lo recibiera de otra manera.

Durante el espectáculo, ambos creían disimular muy bien la falta de interés en el otro y tener la concentración clavada en el *show*, que sí, fue así la mayor parte del tiempo, pero de cuando en cuando y de reojo, veían a su lado para poder apreciar a su acompañante.

Ryan notó que ella estaba cansada.

A pesar de lo maquillada que estaba, se le notaba en la cara que necesitaba descanso inmediato.

Relajarse.

Y se le ocurrieron unas cuantas ideas para que ella alcanzara ese relax necesario.

Por su parte, Courtney, se dio cuenta en que él vestía de manera impecable y que olía a pura pasión y tentación. La reacción fue inmediata en su entrepierna y pensó en que podría saltarse lo que quedaba de *show* para ir al hotel más cercano y pedirle que la llenara de caricias como la última vez que estuvieron juntos.

«¿En que estará pensando?» se preguntó Ryan fijándose en que la chica tenía clavada la vista en el escenario mostrando una falsa atención. Lo vio cuando ella volvió la mirada hacia él. No estaba concentrada en el ahora.

Ryan se removió en su asiento porque sintió que su miembro empezaba a tomar fuerza.

Debía calmarse.

Pero intentar calmarse solía surtir el efecto contrario en él y lo que hacía era ponerlo peor.

Afortunadamente quedaba media hora para que se acabara el *show*.

Podría conseguir una forma de controlar su incipiente erección y que nadie lo notara al salir de allí.

Entonces ella se movió un poco en su asiento y una pequeña brisa llegó a

sus fosas nasales encendiendo la llama por dentro y haciendo que su miembro enloqueciera.

Aquello no estaba nada bien.

Recordó la forma en la que la chica arqueaba la espalda mientras él se encargaba de succionar sus pezones y...

Palpitación.

Ella volvió la mirada hacia él de nuevo y por unos segundos, se dijeron todo lo que querían hacerse a través de la mirada. No necesitaban palabras entre ellos cuando la pasión tomaba las riendas.

Funcionaban tan bien en ese sentido.

Courtney sintió más calidez en su entrepierna, y su vagina se contrajo un par de veces dejándole saber lo excitada que estaba.

Él también la deseaba.

La gente aplaudía y las luces se apagaron.

«¿Se acababa el *show*?»

Si ella solo vio a Ryan por unos segundos, ¿habían sido minutos?

No los sabía, solo sabía que debían salir de ahí pronto y comerse enteros hasta saciarse porque sus pezones endurecidos dentro del sujetador y la humedad en la entrepierna le dejaban muy claro cuan excitada estaba.

Lo quería encima de ella, explorándola, jugando con su centro de placer, haciéndola gemir.

Se le reseco la boca.

Él le tomó la mano y la guio a la salida del teatro.

Tomaban camino al coche de él y ella lo detuvo:

—Iremos a un hotel —él la vio con confusión pero estaba tan endurecido detrás de su abrigo de invierno que necesitaba llegar a donde a ella le diera la gana y penetrarla. Sin preámbulo alguno.

Suficiente preámbulo le dio su imaginación recreando la sensación de su piel, la calidez de su vientre, la suavidad de sus senos y la humedad de su sexo.

Si ella le pedía ir al espacio, él la llevaría con tal de poder liberar la maldita tensión que tenía su pene.

Courtney se despertó con pesadez.

Quería dormir un poco más pero no podía.

Las últimas dos semanas habían sido intensas y el no haber dormido en toda la noche hacía tres días no le favoreció en lo absoluto.

Teniendo a Ryan junto a ella era un poco difícil dormir.

Se estiró con rapidez para no dejar que su mente la embargara con pensamientos eróticos respecto a Ryan porque acabaría llamándolo y suplicándole que fuera a divertirse con ella.

No.

No.

Ella tenía mucho que hacer ese fin de semana y no quería tentaciones cerca.

El miércoles siguiente estaría saliendo a Kentucky y necesitaba ir de compras, dejar la casa arreglada y todo listo para su semana de ausencia.

Lo consiguió, se levantó, dejó de pensar en Ryan.

Hizo un poco de Yoga y luego se dio una ducha caliente y reconfortante.

Esa mañana le apetecía un chocolate caliente.

Así que fue directo a la cocina a preparárselo cuando alguien llamo a la puerta.

La sonrisa de Ryan la derrumbó.

Estaba peor de lo que pensaba con respecto a ese hombre y agradecía que pronto estuviera muy lejos de él para ver si podía volver a tener un poco de dignidad y auto control.

—Bueno días.

—Buenos días —dijo ella sin moverse de la puerta y sin darse cuenta de que sonreía de forma espontánea.

—Me vas a dejar pasar o hacemos un picnic aquí en el medio del pasillo —Ryan levantó las bolsas que venían impresas con el sello de la pastelería más famosa de la ciudad.

El estómago de Courtney protestó y amenazó con hacerle la vida un infierno ese día si no comía lo que contenía la bolsa de inmediato.

Se le hizo agua la boca pensando en la suavidad de los *croissants* o en la esponjosidad de los *muffins*.

Se hizo a un lado y Ryan, una vez que cruzó el umbral de la puerta, se detuvo ante ella y la vio a los ojos.

Le regaló una sonrisa de esas que derretían glaciares y luego le dio un beso fugaz en los labios que despertaron miles de emociones en ella.

Fue como si de repente se levantaran en vuelo miles de abejas en su estómago y sintió una ansiedad tremenda, de esas que te invitan a comerte un

elefante de chocolate en tamaño real.

¿Qué pasaba con ella?

Lo vio desenvolverse en la cocina sin problema alguno, como si estuviera en su casa.

Sí, el apartamento de Courtney era pequeño y las cosas no eran difíciles de encontrar pero ella lo veía como si él se sintiera en su ambiente.

De ser el caso al contrario, ella jamás se hubiera entrometido en su cocina a menos de que él se lo pidiera.

—Veo que alguien iba a preparar chocolate.

—Me apetecía.

—Entonces yo serviré el desayuno mientras tú te encargas del chocolate, ¿sí?

Ella asintió y lo hizo.

No dejaba de observarlo y él le dedicaba miradas cargadas de dulzura.

Una dulzura que tenía todo el sistema de Courtney en revolución y no de la sexual precisamente.

¿Qué estaba pasando? Ya se hacia la pregunta con una pizca de preocupación.

Todas sus sombras y preocupaciones volaron lejos en el momento en el que se metió un pedazo del *brownie* que Ryan le extendía en ese momento.

¡Estaba delicioso!

—¿No tienes mermelada? —preguntó Ryan mientras rebuscaba en el refrigerador.

—En la alacena debe haber una nueva.

Ryan la buscó y ella seguía viéndolo fascinada.

Había algo en él que era diferente ese día.

¿O era ella y la forma en la que lo veía?

Las manos le temblaron un instante de solo pensar en el temor de que aquello ya fuese el salto al vacío que ella tanto temía.

—Deja de pensar, Courtney. Esto es solo un desayuno entre dos amigos que pueden ser capaces de compartir un desayuno fuera de la cama.

En los labios de él sonaba normal, y hasta dulce.

Pero en su interior esas palabras creaban tanta tensión como esos momentos en las películas de terror en la que la música marca la escena e indica cuando es que aparece la parte que más miedo da.

—Amanecí con ganas de comer las delicias de esta pastelería. No quería hacerlo solo. Me pareció buena idea sorprenderte.

—¿Alguna vez te he dicho que no me gustan las sorpresas?

—¿Alguna vez te has dado cuenta de que solo nos provocamos placer y que las palabras no son necesarias en esos momentos?

Ella arrugó la nariz.

—Touché.

Ambos sonrieron, Ryan con orgullo por estar llevando bien su plan. Estaba decidido a tener una cita normal con Courtney. Le gustaba, no podía negarlo. El hecho de no conseguir apartarla de su mente le hacía pensar que estaba perdido así que debía arriesgarse un poco más y conquistarla.

Durante el desayuno hablaron más de lo que hablaron en todo el tiempo que llevaban conociéndose.

Rellenaron las tazas de chocolate varias veces y permanecieron en la barra de la cocina debatiendo qué era lo mejor de todo lo que habían comido.

Para Ryan todo estuvo delicioso y sobretodo fresco. Courtney lo apoyó en lo segundo pero ella creía que el *brownie* fue la estrella esa mañana.

Conversaron de sus días de trabajo.

Courtney nunca le contó a nadie ajeno a la revista cómo era todo el proceso de edición de la misma, la investigación, las entrevistas, como se elegían los temas, cuanto tiempo tardaban en tener el resultado final y se sentía tan cómoda hablándole a él, que no sabía nada del tema, sobre su trabajo.

Fue la primera vez en la que notó que se sentía muy a gusto conversando de eso con alguien que no fuera Joy o Emerick.

Alguien que la veía con fascinación mientras ella hablaba de la modelo del momento o de cómo seleccionaba los *outfits* de la temporada para la portada.

Y eso a ella le gustó.

La vida laboral de Ryan no era tan movida ni tan entretenida, sin embargo, ella quiso saber de su día a día en la oficina. ¿Qué hacía exactamente? Indagó más en su pasado, en otras compañías para las que Ryan había trabajado y así se les fue la mañana conversando en las pasiones laborales de cada uno. Cuando Courtney vio la hora en su móvil abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que salir, Ryan —ella lo vio con vergüenza, no le contaba aún que se marcharía de la ciudad unos días y ya era el momento de hacerlo—. El miércoles me iré de la ciudad, viajaré a Kentucky.

—Claro, lo suponía. Por Acción de Gracias. Yo estaré en casa de Ellie.

—Genial —el momento se volvió tenso entre ellos. Ninguno de los dos sabía cómo reaccionar, qué decir, qué pedirle al otro—. Tengo que comprar algunas cosas para mis sobrinos y...

—No te preocupes —respondió Ryan sonriendo con pesar. No quería presionarla más de lo debido y ya había hecho mucho ese día—. Recogeré la cocina mientras te vistes y cuando estés lista nos marchamos. Tú a tus compras y yo a casa.

Ella reaccionó con sorpresa.

¿Decepción? ¿Era decepción? Se preguntó Ryan que, por dentro, se sentía feliz.

Si lo era, la dejaría consumirse en ella no le daría el gusto de preguntarle si podía acompañarla porque eso la hacía asumir el control y le diría que no.

La escuchó vestirse en la habitación mientras él lavaba los pocos platos y cubiertos que usaron. Además de las tazas.

Cuando salió, estaba hermosa.

A Ryan le encantaba la versión de Courtney en sus trajes de oficina mortalmente sexys. Le encantaba tenerla desnuda; y también admirarla como en ese momento que iba en zapatillas deportivas, *jeans* y un jersey de lana, con el cabello recogido en una cola alta y la cara sin una pizca de maquillaje.

Así era perfecta.

«Adorable» pensó y sacudió la cabeza porque ya se estaba poniendo intenso.

Debía llevar las cosas con calma por el bien de los dos.

Él tampoco tenía ganas de sufrir.

—¿Lista? —ella asintió sin cruzar su mirada con la de él. No era capaz.

Si lo hacía estaría perdida y le pediría que la acompañara porque esas horas estupendas que compartieron en la barra de la cocina en una acción tan cotidiana como el desayuno, le hizo sentir a Courtney que eso era lo que necesitaba en su vida.

Compañía.

De la buena, de la que le gustaba en todos los aspectos de la vida,

Y tenía tanto miedo.

Ryan abrió la puerta cuando ella ya tenía todo para salir y la dejó pasar primero.

Caminaron en silencio hasta el ascensor y cuando llegaron a la puerta del edificio, él tomó el rostro de ella con ambas manos y la vio a los ojos.

Le sonrió y el mundo de Courtney se desestabilizó.

—¿Nos veremos antes de que te marches?

Ella no podía contestar era un manojo de nervios.

Asintió un poco con la cabeza y le dejó ver una media sonrisa.

Él se acercó, la besó con un beso dulce y calmado en los labios y se dio la vuelta para marcharse.

Ella lo veía alejarse y la parte rebelde de su consciencia le reclamó el ser una perfecta idiota y dejarlo ir a si sin más pudiendo tenerlo con ella todo lo que quisiera.

—¡Ryan! —él se detuvo y sonrió satisfecho antes de girarse. ¿Lo había conseguido? Cuando se dio la vuelta ella se acercaba—. Estaba pensando que... —lo vio con terror. Le tenía miedo a lo que sentía por él—; ¿te gustaría acompañarme?

Cuando él le dejó ver la sonrisa «derrite glaciares» y le tendió la mano para tomar la de ella, Courtney supo que estaba cometiendo una locura que pagaría caro luego porque tenía la sospecha de que todo se pondría de cabeza en su vida después de ese día.

Capítulo 12

Al noroeste del estado de Kentucky, la familia Moore era conocida por sus granjas.

La primera en ser fundada fue la del Sr. y la Sra. Moore.

En la actualidad existían tres más que pertenecían a los hermanos de Courtney.

El Sr. Moore aún mantenía la suya en muy buenas condiciones, la bonita y modesta granja en la que crio a sus seis hijos y ahora, veía crecer a sus nietos.

También era la casa en la que compartió toda una vida con su mujer, su alma gemela que la vida le quitó antes de lo que ellos planearon.

Pero ese año no tenían cabida las tristezas en su vida.

Tenía a todos sus retoños en casa y no podía sentirse más feliz.

Courtney lo conocía muy bien y sabía que el hombre estaba rebosante de felicidad.

Había llegado el día anterior, después de haber sobrevivido dos días de encierro a causa de la tormenta de nieve la cual estuvo a punto de hacerle suspender el viaje y a punto de sucumbir en las profundidades del amor para no regresar jamás.

Sin embargo, la vida parecía indicarle que regresara a la realidad cuando creía que era buena idea ceder definitivamente a lo que empezaba a sentir por Ryan.

Ryan.

El fin de semana que llegó de sorpresa a su casa con el desayuno, Courtney lo invitó a acompañarla a hacer las compras para el viaje, y después le invitó a quedarse durante la noche y el domingo estuvieron todo el día desnudos en la cama, viendo la nieve caer sobre la ciudad y ocupados en darse placer.

Ninguno de los dos recordaba que daban pronóstico de tormenta en la noche del domingo y para cuando Ryan decidió que era momento de marcharse de casa de Courtney, no pudo hacerlo.

Durante los siguientes dos días, estuvieron conviviendo bajo el mismo

techo, en encierro absoluto.

Courtney no podía definir bien lo que le hacía sentir ese recuerdo; pero si debía colocarle una etiqueta sería: hogar.

Sintió que tenía un hogar, por primera vez en su vida, fuera de su ciudad natal.

Y se sentía tan bien.

Tanto como ahora, que veía a sus sobrinos corretear cerca del árbol de Navidad que sus cuñadas adornaron con tanto esmero y a su padre correr tras ellos.

Se mantenía en buena forma el viejo Moore.

La mirada de ilusión y amor que le dedicó su padre el día anterior cuando la vio en el porche delantero, era algo que no olvidaría jamás y le hizo sentir un poco miserable por el hecho de que tenía mucho tiempo sin visitarle.

Prometió hacerlo más seguido.

Además, no sabía si eran las hormonas o la época pero estaba sensible y al verlos a todos allí, junto a ella, se dio cuenta de cuánto los extrañaba en su día a día.

Aunque se supiera la mitad de los nombres de sus sobrinos y a la otra mitad les intercambiara los nombres.

Aunque sus cuñadas la admiraran como si fuera una súper estrella llegada de la gran ciudad que necesita que le atiendan como a una reina.

Aunque sus hermanos le fastidiaran como cuando era pequeña.

Y vio una foto de su madre que le formó un asqueroso nudo en la garganta:

«Aunque todo me huelga a ti, mamá, y te extrañe a morir» levantó la copa que tenía en la mano hacia la foto en la que parecía la Sra. Moore sonriente y feliz, rodeada de sus grandes amores.

«Salud» le dijo en su mente intentando disolver las lágrimas que amenazaban con salir.

—Debe estar feliz al ver que estas aquí —le dijo su padre sonriendo.

—Yo estoy feliz de estar aquí.

Ambos sonrieron.

—¿Cuántos días vas a quedarte? —le preguntó Connor, el primogénito de los Moore.

—Unos cuantos. Regreso a la ciudad en unos doce días.

—¡Genial! —Le sonrió su hermano—. Tenemos mucho de qué hablar.

—Hoy voy a celebrar en grande. Estoy tan feliz de tenerles a todos en

casa. Y me hace más feliz saber que compartiremos unos cuantos desayunos juntos.

—Papá, déjala dormir que ya no está en la época en la que debíamos ayudarte a ordeñar las vacas en la madrugada.

Courtney sonrió divertida.

—¿Todavía tienes vacas?

—¿Y crees que las voy a dejar? —Courtney negó con la cabeza sonriendo—. Aunque tu hermano insiste en llenarme la casa de caballos porque asegura que ese es el gran negocio. Yo prefiero quedarme con lo que conozco.

—¡A comer! —la esposa de Connor gritaba desde la cocina para que todos fueran a ayudar a llevar las cosas a las mesas que dispusieron a lo largo del salón para que cada miembro de la familia Moore tuviera un puesto en donde sentarse, agradecer por las bendiciones de ese año y deleitarse con la deliciosa comida recién hecha.

Ryan estaba agitado.

Había tenido dos días muy intensos.

Bufó.

Tras toda una planificación para celebrar Acción de Gracias en Nueva York en casa de Ellie, tuvieron que movilizar todo el banquete a Arlington porque su padre no estaba bien de la presión arterial por esos días y su médico de confianza le pidió que no se moviera de casa.

Así que cuando Ryan se enteró de que tendría que ir a Arlington no le hizo ninguna gracia el asunto porque tenía el presentimiento de que Vanessa se enteraría y estaría rondando por su casa.

No quería verla.

Todo lo contrario le ocurría con Courtney a quien deseaba ver más que a nadie.

Negó con la cabeza sonriendo mientras ayudaba a su hermana en la cocina a servir la comida en las fuentes apropiadas.

Sabía que estaba siendo vigilado por Ellie a quien no se le escapaba nada y pronto empezaría a preguntar.

El le dejaría con la duda el tiempo necesario. Mientras menos estuviese hablando de lo que le hacía sentir Courtney mejor. Por lo menos hasta estar

seguro de qué sentía ella por él porque la verdad era que le dejaba ver que se sentía muy a gusto con él pero luego cambiaba de actitud y lo confundía.

Era como si hubiese dos Courtney en su interior.

La atrevida y aventurera; y la ejecutiva fría y calculadora que debe controlar las emociones.

Cuando la aventurera dulce se atrevía a sentir y dejar fluir sus sentimientos, parecía que la ejecutiva la sacudía y la apartaba del camino para poder tomar el control de la vida que ella tenía pensada para su futuro.

Y era más que obvio que el amor, la pareja, la familia en ese futuro, no entraba.

Y él deseaba estar en el futuro de ella. Lo necesitaba.

Necesitaba tenerla en su futuro.

Suspiró.

—Cómo no me digas que es lo que te pasa, acabaré poniéndome tan nerviosa como tú.

Ryan vio a su hermanita de reojo y le sonrió con diversión. Le gustaba la forma en la que ellos dos se conocían. Aunque a veces no le pareciera tan agradable, como cuando Ellie se empeñaba en decirle la verdad sobre Vanessa y él estaba empeñado en llevarle la contraria a todos.

Ahora se daba cuenta de que fue un tonto y de que perdió mucho tiempo intentando no estar solo.

Había aprendido a apreciar su soledad.

—No me lo vas a contar.

—Nop.

—Toma —Ellie le alcanzó una copa de vino tinto y lo vio a los ojos. Ryan recordó todas las veces que, de pequeños, bebieron el té juntos en la habitación de Ellie quien no se saltaba una sesión de té por las tardes con su increíble set de tazas y tetera inglesa. Varios muñecos les acompañaban en esas sesiones de té porque Ellie solía hacer una fiesta cada tarde. Se le daban bien las fiestas desde pequeña.

La abrazó y le dio un beso en la frente.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —preguntó para escaparse del interrogatorio que sabía que llegaría en cualquier momento.

Ellie lo vio divertida, sabía a lo que jugaba y también sabía que no podría escaparse de contarle qué diablos pasaba con él.

Pero no fue necesario porque en cuanto la chica iba a responderle, el móvil de Ryan sonó y cuando este lo fue a responder, la expresión de su rostro

le delató.

El corazón parecía que se le quería salir del sitio.

De todas las personas en el mundo que podrían llamarle aquella noche, la llamada de Courtney era la que menos esperaba por dos razones: ella tenía mucho tiempo sin estar con su familia y de seguro no estaría pendiente de querer hablar con él y porque Courtney Moore nunca lo había llamado antes.

Le hizo señas a Ellie de que permaneciera en silencio total y esta le sonrió como chiquilla traviesa. Y se quedó frente a él porque quería saber más de la llamada que había emocionado a su hermano de esa manera.

Ryan sabía que Ellie lo perseguiría hasta el baño de ser necesario si intentaba apartarla de realizar las averiguaciones que calmarían su movida curiosidad.

—Hola.

—¿Cómo estás? —Courtney sonaba relajada y eso le gustó a Ryan. Quería decir que la chica la estaba pasando bien en casa.

—Bien, ahora estoy mucho mejor —ella soltó una risita divertida—. Esto sí que es una verdadera sorpresa.

—Lo sé —sintió la voz nerviosa de ella—. No sabía si atreverme o no y... ¿qué tal la celebración de ustedes?

—Bien, vamos a sentarnos a comer en unos minutos. Tuvimos que cambiar la locación porque mi padre ha estado con la presión arterial por las nubes y el médico le prohibió moverse de casa. Así que ayer empacamos todo Ellie, Sean y yo nos vinimos a Arlington para estar con mis padres. Los padres de Sean llegaron esta mañana. Y aquí estamos. Con un gran pavo, pastel de calabaza, pastel de maíz...

—Si ves nuestras mesas mueres de risa. Parece una zona de guerra. Nosotros acabamos de terminar de comer. Papá suele comer temprano — Courtney le hablaba de su vida, de su familia y le encantaba ese detalle que se le escapaba a ella—. Hay tantos niños en esta casa que podrías abrir un colegio solo para ellos.

Ambos rieron.

—Debes estar un poco agobiada entonces.

—No. No lo estoy. Más bien lo estoy disfrutando todo. Es genial poder estar con ellos. Connor me vigila como lo hacía cuando era adolescente y hablaba por teléfono con el novio de turno.

Hubo un silencio.

—Con la diferencia de que esta vez yo no soy el novio de turno. Solo soy

un amigo. ¿No?

Ella bufó divertida y Ryan, si la conocía bien, sabía que estaba volviendo los ojos al cielo.

—Exacto. Pero no eres cualquier amigo, ¿lo sabías, no?

Él se sintió feliz con aquella declaración que no parecía gran cosa pero que viniendo de ella era mucho.

—Sí lo... —su madre entró en la cocina interrumpiéndole y cuando Ellie dejó ver su expresión de molestia y hastío entendió lo que ocurriría a continuación.

—Ryan, cariño, Vanessa está aquí.

Se quedó mudo porque no sabía qué decir que no hiciera dudar a Courtney.

—¿No vas a responder? —le preguntó la chica por el teléfono.

—Sí, lo siento. Mamá dile que...

—¡Pastelito! —Vanessa ya estaba en la cocina y caminaba directo hacia sus brazos—. Te he echado tanto de menos. Estoy tan feliz de que estés aquí que...

—Ryan —Courtney le habló por el teléfono de nuevo—, te dejo, solo llamaba para desearte feliz día de Acción de Gracias y... —una inspiración profunda se escuchó a otro lado del teléfono. Courtney estaba pensando lo que no era y tenía que reaccionar para aclarar todo—... y nada, eso. Feliz día. Adiós.

Colgó.

—¿Courtney? —Ellie lo vio con sorpresa a los ojos y entendió el momento tan incómodo en el que se encontraba su hermano.

—¿No tenías nada más que hacer? —le preguntó Ellie iracunda a la mujer que intentaba ser bien recibida por Ryan y este, ni se inmutaba.

No.

Él solo estaba tratando de pensar cómo iba a hacer para que Courtney no retrocediera mil pasos en cuanto a sus sentimientos.

Su actitud le dejó ver que ella estaba más interesada en él de lo que decía. Ryan estaba convencido que ni ella misma aun lo sabía.

Vanessa no paraba de hablar.

Hasta que se hartó y la tomó por las muñecas para sacársela de encima.

—Vanessa, voy a pedirte que por favor te marches —todos se quedaron con los ojos muy abiertos viendo la escena. Ryan jamás había actuado de esa manera.

—¿Es en serio?

—¿Crees que estoy jugando? —le preguntó con el entrecejo fruncido—. No sé cómo te enteraste esta vez de que estábamos aquí ni cuáles son tus intenciones; ya te lo dije hace unos meses, no quiero más nada contigo, por favor. Te acompañaré a la puerta.

Todos siguieron a la pareja con la mirada, Ryan la guio hasta la puerta y la abrió indicándole con la mano que por favor saliera de la propiedad.

—Me estás humillando, Ryan.

—No, Vanessa, te lo dije antes y tú eres la que no quiere aceptar que las cosas entre nosotros no van a funcionar más.

A la chica se le enrojecieron los ojos pero más las orejas y Ryan confirmó una vez más que él solo era un capricho en la vida de ella.

En cuanto ella cruzó el umbral, Ryan cerró la puerta con estruendo y les dijo a todos:

—Estaré en mi habitación unos minutos. En seguida regreso para comer.

Todos asintieron y le dejaron tranquilo.

Lo agradeció porque tenía que arreglar las cosas con Courtney en ese preciso momento antes de que ella se imaginara cosas que no eran y no serían si no era con ella.

Courtney se quedó completamente desconcertada con la visita que recibió Ryan mientras hablaba con ella.

«¿Pastelito?»

Aquello le dio náuseas.

¿Cómo se dejaba llamar de esa manera tan ridícula? Siempre le parecía terrible cuando los enamorados se ponían sobrenombre de ese tipo.

Bufó.

Siempre le parecía ridículo el amor.

No entendía cómo dejó que sus sentimientos avanzaran tanto y ahora...

¿Y si Ryan seguía con Vanessa y nunca se lo dijo porque la verdad era que ella misma le dejó en claro que solo eran amigos de ocasión?

No.

Conocía a Ryan no sabía cómo, no, no lo sabía, pero sí sabía que no era un hombre de engaños o mentiras.

Sentía una presión en el pecho que la inquietaba. Su padre se había ido a

la cama hacía rato y en la casa solo quedaban Connor con su dulce esposa que estaba recogiendo la cocina y ella, que se quedó frente a la chimenea viendo el crepitar del fuego, tomando una —o varias— copas de vino mientras intentaba entender cómo se sentía con respecto a la cercanía de Vanessa con Ryan.

Y mientras más vueltas e daba a la situación más se asustaba porque el resultado era el mismo.

Estaba celosa.

Maldita sea.

Sí, estaba muy celosa.

Tan celosa como aquella vez que su novio de la adolescencia la engañó con su mejor amiga del colegio.

Desde entonces Courtney no creía en el amor.

Y le agradeció a Connor haberle roto la nariz al estúpido de Bill. Desde esa vez se juró no enamorarse de nadie nunca más y su vida había sido tan maravillosa y perfectamente controlada hasta que Ryan Griffin apareció y lo trastornó todo con su sonrisa y su virilidad que la hacía enloquecer.

Sonó su móvil una vez más.

Lo vio de reojo y no lo respondió.

Era la quinta vez que Ryan la llamaba después de la escenita con Vanessa.

Y ella no sabía qué hacer.

Pero a la sexta vez que este llamó, ella decidió responder porque alguien debía recomponer las cosas a su lugar y ella necesitaba de ese orden para poder volver a tener su vida como la conocía. Libre de dolores de cabeza.

—Es un poco tarde para la llamada, Ryan.

—Me hubieses contestado antes, entonces.

Ella abrió los ojos con sorpresa. No conocía ese Ryan. Estaba realmente molesto. Preocupado.

Le importaba.

Y todas esas revelaciones estaban dándole más miedo a Courtney.

Connor se sentó en ese momento a su lado.

Le rellenó la copa de vino y la observó con suspicacia.

Su cuñada le saludó con la mano y ella le respondió el gesto de igual manera y una sonrisa.

La vio perderse escaleras arriba mientras tenía la respiración nerviosa de Ryan al otro lado de la línea.

—La eché de casa, no esperaba que viniera y yo...

—Ryan —ella intentaba sonar calmada—, no tienes nada que explicarme. Es cierto que llevamos todo muy bien y que nos compenetramos de una manera increíble, sin embargo, no nos ata ningún compromiso, te lo dije desde el primer momento, somos amigos ocasionales y esa clase de amigos no se reprocha nada. Así que no me debes ninguna explicación.

—Pero yo quiero dártela.

—Y yo no quiero escucharla porque no es necesaria.

Hubo otro silencio.

—Temo que voy a tener que trancar la llamada porque mis hermanos me esperan para conversar. Que tengas buenas noches.

Y no le dejó terminar.

Solo colgó y apagó el móvil.

Lo dejó a un lado y se bebió un gran sorbo de vino.

—Parece que finalmente alguien consigue llamar tu atención. No te veía así desde que Bill y tu «amiga» te engañaron.

Ella volvió los ojos al cielo y luego vio a los de su hermano.

—Me conoces muy bien, hermano.

—¿Tengo que ir a partirle nariz?

Ella soltó una carcajada.

—No. Yo puedo sola esta vez.

—¿Estás segura? Porque estás muy cambiada Courtney y suponía que el cambio se lo debíamos al amor. Papá también se dio cuenta. Si te hace sufrir, te juro que le rompo la nariz.

—Es culpa mía, Connor, yo me dejé seducir por sus encantos y ahora, no sé cómo salirme del hueco en el que estoy. Los veo ustedes y me gustaría tener eso —señaló hacia el caos que había quedado en el salón—, pero luego me da pánico porque tener eso quiere decir que tengo que renunciar a una parte de mí a la que no sé si quiero renunciar.

—Te entiendo. Tú no encajas en el rol de madre de tres o cinco niños ni cuidando la casa —Ella negó con la cabeza—. Cocinando para un marido que come como un maldito animal.

—Y limpiando todo el día —agregó ella.

Su hermano negó con la cabeza.

—Mi mujer tampoco lo hace, ¿sabes?

Courtney lo vio con duda.

—C, mamá lo hacía porque venía de otra época. Gwen no lo hace. Los dos nos apoyamos en casa. Los dos hacemos las mismas tareas y no le

exigimos nada al otro. Ella no ha dejado de ser la mujer fuerte y maravillosa que conocí. Es cierto que la vida nos cambia un poco, nos hace un poco más sensibles porque criar a los niños es agotador y no siempre controlamos el mal humor pero nos divertimos, nos amamos, y ella sigue luchando por sus sueños. Sigue trabajando con los caballos que son su pasión y somos felices.

—Lo pintas tan bonito.

Connor soltó una carcajada.

—Es más fácil de lo que crees. Eres una tonta. Cuéntame un poco de ese hombre que te tiene así.

Y Courtney le pareció apropiado abrirse con su hermano, era la persona en la que más confiaba en el mundo y lo necesitaba.

Necesitaba contarle a alguien lo que sentía en su interior hacia Ryan.

Capítulo 13

Cuando el lunes siguiente el sol empezó a asomarse por el horizonte, Ryan se levantó de la cama malhumorado y nervioso porque no había podido conciliar el sueño ni esa noche ni las tres anteriores después de tener la última conversación con Courtney que lo dejó muy mal.

Todos los avances hechos con la chica se habían ido al infierno por culpa de un malentendido causado por Vanessa.

Resopló.

Se metió en la ducha y allí estuvo un rato.

Después se vistió y tostó una rebanada de pan que luego untó con un poco de queso crema y mermelada.

Le daba lo mismo que el clima ese día, estuviese horrible.

Saldría a buscar a Courtney y le explicaría todo en persona así tuviera que gritarle desde la planta baja del edificio en el que la mujer trabajaba.

No le importaba.

Hubiese podido contestarle el teléfono todas las veces le llamó y como no lo hizo, ahora tendría que aguantarse.

Él iba a dar su explicación entera. Era su derecho. Punto.

Habría ido a su casa pero llegaron muy tarde el domingo y estaba cansado de conducir, la nieve no les estaba haciendo la vida más sencilla por esos días.

Después de la tostada se lavó los dientes, tomó el abrigo y salió de casa.

Hizo una parada en el café de costumbre para pedir un vaso de café que lo despertara rápidamente y lo activara para todo lo que tenía pensado decirle a Courtney. No se andaría más con rodeos.

No.

Iría directo al grano y le diría toda la verdad de lo que sentía por ella.

Hizo una mueca de disgusto sabiendo que si hacía eso, ella huiría lejos.

Muy lejos.

No era lo más sabio.

También estaba cansado de pensar siempre en las chicas que tenía a su

lado y no en él.

Con Leah, Vanessa ahora con Courtney.

¿Por qué no podía decir él cómo se sentía y si no les gustaba que se largaran?

No le gustó la sensación de temor que sintió cuando pensó en que Courtney podría largarse.

Digamos que con Leah ya le daba lo mismo. Con Vanessa, la quería muy lejos.

Con Courtney sentía un vacío en el estómago cuando pensaba en que ella podía apartarlo de su vida.

No.

Prefería permanecer como amigo ocasional de ella porque...

Hizo otra mueca de disgusto...

Parecía que estaba lleno de sentimientos hacia ella. ¿Sería eso amor?

Se sentía muy diferente a lo que sintió por Vanessa y por Leah que creyó siempre que era un amor poderoso.

Era tan diferente lo que sentía en la actualidad que su pasado con las otras chicas parecía una farsa.

Entró en el edificio en el que estaban las oficinas de la revista y subió hasta el piso que correspondía.

Cuando Joy lo vio le sonrió con sinceridad.

Eso lo calmó un poco porque se había dado cuenta de que Courtney y la chica mantenían una amistad sólida a parte de su excelente relación de trabajo.

Así que si Joy le sonreía era muy buena señal.

¿No?

—Buenos días, Ryan. ¿Qué te trae por aquí?

—Bueno días, Joy. ¿Puedo hablar con Courtney?

—¡Oh! —La chica lo vio con confusión—. Ella no está. No ha regresado.

—¿Decidió quedarse más días en Kentucky?

—¿No lo sabías? —ella se mostró sorprendida. Él negó con la cabeza. Courtney no le había dicho cuanto se quedaría y asumió que, con lo adicta que era a su trabajo, el domingo estaría de regreso.

Entonces se atrevió a contarle todo lo ocurrido a Joy porque de pronto se le ocurrió un gran plan.

Era una locura; sin embargo, valía la pena intentarlo.

Agotaría todas las posibilidades que tuviera con Courtney.

—Escucha, Joy, sé que lo que te voy a pedir quizá es una locura pero

necesito verla y hablar con ella.

La chica abrió los ojos con sorpresa.

—Ni pensarlo, no te voy a dar la dirección de su casa.

—Por favor. Courtney me gusta como nunca antes me había gustado una mujer y me temo que si espero hasta que regrese será muy tarde. La mujer ejecutiva, fría y distante va a dominar de nuevo y me mandará una vez más al banquillo de los amigos ocasionales y... —la vio a los ojos con sinceridad— ... quiero ser más que eso en su vida.

Joy se puso una mano en el pecho y entornó los ojos con dulzura.

—Está bien, te daré la dirección solo porque me parece que eres sincero y por sé que ella necesita a alguien como tú en su vida. No muchos estarían dispuestos a volar a otro estado solo para dar una explicación. Se va a enfadar conmigo mucho, así que te pido que hagas que todo esto valga la pena porque me estoy jugando mi puesto de trabajo.

Ryan asintió sonriente.

—¿Crees que podría conseguirme un vuelo? —señaló el ordenador.

La chica tecleó un poco antes de decirle:

—Hay puestos suficientes en el próximo vuelo, sale en cuatro horas. Ve de una vez al aeropuerto —tomó un papel y apuntó una dirección—: Qué valga la pena, Ryan.

—Valdrá la pena, Joy, ya lo verás.

Y se fue corriendo a casa para guardar un poco de ropa en una maleta. Desde el aeropuerto llamaría a su trabajo para indicar que no asistiría en toda la semana porque estaba enfermo o por cualquier otra cosa, no le importaba que le descontaran una semana entera de trabajo si eso le permitía estar junto a Courtney en un ambiente diferente y hacerle ver que él está dispuesto a hacerla feliz.

Sintió alegría en el pecho al pensar en eso.

Sí, definitivamente quería hacerla feliz.

—¡Papá! ¿Puedes abrir tú la puerta? Estoy con las manos ocupadas en la cocina.

—Ya mismo voy cariño.

El Sr. Moore se encaminó hacia la puerta de la propiedad y echó un vistazo como solía hacerlo por la ventana estrecha que esta junto a la puerta

principal.

Un hombre que desconocía estaba al otro lado.

Era un forastero.

Lo sabía por la manera en la que vestía y...

Venía de la ciudad.

¿Por su hija?

El Sr. Moore era rápido analizando a la gente, quizá Courtney había heredado ese talento de su padre.

Ryan lo notó en cuanto el hombre, de cabeza cana, le abrió la puerta con cara de pocos amigos.

—Buenas tardes —saludó Ryan con los nervios pateándole la boca del estómago—. Me quedé sin batería en mi móvil y mi coche se accidentó, quería saber si usted podía...

Courtney aparecía en escena tan encantadora que Ryan solo quería entrar en casa y besarla hasta el cansancio.

La chica estaba vestida con un overol de jean camisa manga larga a cuadros, botas plásticas y el cabello recogido en un moño desordenado.

Al natural.

Hermosa.

Ella lo observaba con asombro y un brillo que le dijo que todo marchaba según su plan.

El Sr. Moore se cruzó de brazos entre ellos y observaba divertido la escena.

Si el chico venía desde Nueva York para despertar ese brillo en la mirada de su hija que él jamás había visto pues le seguiría la corriente y le ayudaría a que se acerque a ella porque la conocía y sabía que llevaba días sufriendo en silencio porque no quería darse una oportunidad con el candidato de turno.

El Sr. Moore era un hombre moderno y de mente abierta. Sabía que su hija, hacía muchos años, había perdido la virginidad, quizá con el imbécil de Bill, y también sabía que disfrutaba de una vida sexual sana con los hombres que ella consideraba adecuados.

Los tiempos cambiaban y eran muy diferentes a la época en la que él conoció a su dulce Nora y daba gracias a dios de que entendió muy temprano que o cambiaba con los tiempos o moriría de una úlcera porque además, Courtney no le hizo la vida fácil a nadie desde que era pequeña.

Y menos cuando la gente se empeñaba en ir en su contra.

Era por ello que le gustaba el método que estaba aplicando el chico.

La hizo molestar, lo sabía, lo veía en la mirada de su hija y sin embargo, ahí estaba con excusa muy divertida dispuesto a hablar con ella de manera «casual»

—Iré por mis herramientas mientras mi hija le invita un café y le da acceso al teléfono.

Courtney seguía de pie en la entrada de la casa sin decir ni una palabra.

—Se lo agradezco, hoy el clima no ayuda en nada.

Ryan entró y cerró la puerta.

El Sr. Moore se escondió detrás de la puerta del estudio porque no quería perderse detalle de lo que se dijeran esos dos.

Hubo un silencio desesperante.

Se moría por saber qué hacían.

Arrugó la frente.

No.

En realidad no se moría, de hecho, si se estaban besando, prefería no saberlo.

Una cosa era tener la mente abierta y adaptarse a los cambios de épocas y otra muy diferente era ver con tus propios ojos cuando besaban a tu hija.

Pero no se estaban besando, lo entendió cuando sintió la madera crujir bajo los pies de Ryan. Se acercaba a ella con cautela.

Conocía a su hija.

Courtney seguía sin reaccionar.

—Te sorprendí, ¿No?

Ella no pudo esconder su sonrisa y asintió con vergüenza.

Él se acercó un poco más y le sacó un mechón de cabello que le caía deliberadamente en la frente.

—Me encanta como te ves vestida así.

Ella se sonrojó y Ryan sintió música celestial.

Esa mujer la tenía más clavada en el alma de lo que creía.

—¿Me vas a dejar explicarte las cosas tal como ocurrieron y también me dejarás decirte lo miserable que me siento desde que no me respondes el móvil?

—Mi padre se va a dar cuenta de que tu coche no está averiado antes de abrir el capó.

Él le sonrió divertido. No sabía por qué sospechaba que el Sr. Moore los estaba espiando desde algún lado.

—Yo creo que tu padre ya está al tanto de quién soy. Lo supo apenas abrió la puerta. Lo heredaste de él.

Ella le sonrió de nuevo.

Y el Sr. Moore apareció en escena una vez más, tal como Ryan sospechaba, sin la caja de herramientas.

—¿Siguen aquí? —vio a Courtney con nerviosismo, se sintió delatado cuando Courtney entrecerró los ojos viéndole las manos vacías.

—¿Le ayudas tu a reparar el coche y yo pongo el café?

Ryan abrió los ojos con sorpresa mientras ella reaccionaba.

—No, tengo frío y estoy cocinando.

—¡Ah! Sr... —el padre de Courtney arrastró la palabra esperando que Ryan se presentara.

—Ryan Griffin, Sr. —le respondió el apretón de mano con firmeza.

—Como le decía Sr. Griffin, si es algo serio lo de su coche puede acompañarnos a comer, mi niña prepara el mejor asado del condado y está a punto de demostrárselo.

—Me encantará comprobarlo.

Aquel día surrealista en la vida de Courtney acabó por convertirse en los mejores tres días de su vida en mucho, muchísimo tiempo.

La sensación de angustia y de inestabilidad que sintió cuando vio a Ryan en la puerta de su casa a kilómetros de distancia de Nueva York solo para intentar aclarar las cosas con ella le dio a entender hacia donde se dirigía y eso, le creaba inestabilidad y vacío. La obligó a ceder ante lo que sentía. Y aquello la desajustó por completo porque perdió todo control y se entregó a lo loco sin medir las consecuencias de lo que podría ocurrir si las cosas no salían bien.

Así era ella, no iba a cambiar. Veía a su alrededor como ocurrían las cosas pero claro, estando en casa, con las cosas marchando de otra manera a su alrededor, perdía el control porque se confiaba.

Quería probar un poco de aquella vida que tenían sus hermanos.

Quería saber si podía llegar a sentirse a gusto dentro de esa vida.

Si podía llegar a confiar en no salir lastimada y sufrir.

No quería sufrir.

Pasó muchos años muy mal con el asunto de Bill y la traición de Tina y

no quería repetir nada de aquellas noches sin dormir, las lágrimas, la apatía ante las cosas que más le gustaban en la vida porque encontraba que sin el ser amado nada tenía sentido.

Tenía pánico de aquello.

De perderse a sí misma, de dejar a un lado lo que era y lo que había alcanzado aunque su hermano le dijera lo contrario.

Ah, pero entonces llegó Ryan a Kentucky con su sonrisa «derrite glaciares», metiéndose en un bolsillo a sus hermanos, a sus cuñadas, a sus sobrinos y, sobre todo, a su padre que parecía su cómplice mayor.

Y con todos sus encantos la desarmó. La desnudó sin tocarla, haciéndole sentir necesitada, deseada, querida fuera de la cama porque su padre los puso a dormir en cuartos separados y ella respetaba las decisiones de su padre. Era la casa de sus progenitores, no se atrevería a hacer algo fuera de lugar y además, quería ver cómo se desenvolvían las cosas entre ellos sin tener la oportunidad de acabar unidos bajo las sábanas.

El experimento fue revelador y terrorífico porque entendió lo mucho que le gustaba ese hombre y sí, admitió que tenía serios sentimientos por él.

Cuando le explicó lo ocurrido con Vanessa y todo lo mal que se sintió porque no pudo aclarar las cosas con ella, Courtney se sintió fatal también.

No la pasó bien en esos días aunque intentaba no darle importancia al asunto pero le costaba. Porque le generaba unos celos asquerosos.

Que le confesó a Ryan y este, al saberlo, la besó repetidas veces sin importarle si los vigilaban o no.

Era un buen hombre, de esos que te tomas en serio.

Y cuando empezaba a acostumbrarse a la miel de la compañía diaria de Ryan y ver lo bien que se lo pasaba con el resto de la familia, el chico decidió marcharse.

Le explicó que no quería agobiarla y no quería acaparar su atención porque sabía que tenía mucho tiempo sin compartir con su familia, no sería justo por su parte, solo quería aclarar todo entre ellos y pedirle que no fuese tan dura ni con ella misma ni con él.

«Dame una oportunidad de ser algo más que una ocasión en tu vida» y no le dejó responder en el momento cosa que le agradeció, la conocía. Sabía que en un primer impulso ella reaccionaría con una negativa.

Quedaron en verse en un par de días cuando Courtney regresara a la ciudad.

Al verlo partir, Courtney sintió algo extraño en ella que no supo

identificar en el momento y cuando llegó la hora de la cena y observó el puesto que Ryan ocupó esos tres días junto a ella, ocupado ahora por una de sus cuñadas, comprendió lo que significaba la petición de Ryan.

Lo extrañaba tanto que ya mismo podía asegurar que era más que una ocasión en su vida.

Capítulo 14

Las primeras semanas de diciembre fueron muy intensas en la revista.

Eran las semanas de la edición final del año, la más importante, la que más dinero costaba y la que más cuidado y perfección requería por parte de Courtney.

La chica llegó renovada a la ciudad. El haber estado todos esos días en casa, junto a su familia, fue estimulante.

A penas llegó a la ciudad se puso en contacto con Ryan del cual no sabía nada porque el hombre decidió darle espacio y ella lo aceptó con gusto. Le hacía sentir segura de los pasos que iba dando.

Aunque a veces retrocediera.

Como por esos días en los que ella manejaba una carga de estrés muy alta y no tenía ni tiempo ni paciencia para una relación sentimental pero a la vez, le hacía falta tener a Ryan a su lado.

Era frustrante lo que ocurría en su interior.

Y Ryan, muchas veces, ahogaba sus sentimientos para no agobiarle más a ella. Lo notaba. También estaba aprendiendo a conocerlo más que leerlo.

Y no quería hacerle sentir mal.

Era por eso que tenían varios días sin verse a pesar de que, en días anteriores, estuvieron separados solo el tiempo que sus responsabilidades les obligaban que en el caso de Courtney algunos días pudiera extenderse hasta la madrugada. Así eran los días previos al lanzamiento de una nueva edición y era parte de su vida.

Si Ryan quería ser algo más que una ocasión, tenía que entenderlo.

Ese era el miedo al que tanto le temía, no podía —ni quería— dejar su carrera a un lado.

No por un hombre, no por un hijo, por nadie la dejaría.

Era su pasión y no pensaba abandonarla.

No paraba de pensar en eso. Se atormentaba día y noche con ese temor. Estando o no junto a Ryan.

Era desesperante.

No sabía qué hacer con esa situación.

Estaba pensando seriamente en hablar con él y quizá pedirle que retomaran el asunto de las ocasiones y ya está.

Aunque si era objetiva, de forma inconsciente, lo regresó a ese puesto porque llevaba varios días sin verlo; no recordaba cuando hablaron por última vez, sabía que la conversación había sido distante, por culpa suya, claro estaba.

El estrés de la revista llegaba a su fin porque ya estaba en manos de la imprenta y estaría en circulación el lunes.

Sintió nervios porque eso le dejaba mucho tiempo libre para dejar fluir sus sentimientos con Ryan.

¿Era lo que ella quería?

No lo sabía. Lo único que sabía era que no quería ceder en nada y le parecía que aquello no era justo con él.

Ya le había dejado ver sus verdaderas intenciones.

Iba en serio. Aquella petición en Kentucky para que le diera la oportunidad de ser algo más que «un amigo de ocasión» en su vida no lo estaba llevando de la manera correcta. No le estaba dando la oportunidad como era debido.

Quizá eso se debía a que ella creía que podía tener algún sentimiento por él pero no era genuino después de todo.

No podía negar que lo echaba de menos cuando no lo veía pero podía deberse a que el hombre era buena compañía, buen amante y ella debido a su soledad podía haberse acostumbrado rápidamente a Ryan por eso y quizá confundía las cosas.

Las confundió antes de Kentucky, durante su estadía en Kentucky y ahora empezaba a aclararse.

Debía ser eso.

—Más vale que expulses lo que llevas por dentro porque cuando explotes, vas a arrastrarnos a todos contigo —Joy era tan asertiva algunas veces que la odiaba—. Ya se te acabó la luna de miel y estás volviendo a ser la bruja controladora que siempre has sido.

—Es el estrés de la revista.

—Es algo más, Courtney. Habla.

—No es justo con Ryan.

Joy volvió los ojos al cielo.

—¿Lo quieres?

—Es muy pronto, ¿cómo voy a saber algo tan serio?

—No te hagas la tonta conmigo que no te va. Sabes muy bien que sí lo quieres pero hay algo más a lo que le temes.

—Joy, yo no estoy dispuesta a dejar nada de lo que he conseguido por él. O por un hijo.

Su asistente y amiga abrió los ojos muy sorprendida.

—¿Ya te pidió matrimonio? ¿Estás en estado? ¿Te dijo que quería vivir contigo?

—¡No!

—¡Entonces, deja la paranoia!

—No es tan fácil como lo pintas tu o como lo pinta Connor. Estas semanas han sido caóticas en nuestra relación, no le he dedicado el tiempo necesario y él está sentido por eso, no lo dice pero yo lo noto.

—Bueno, ayer te quedaste aquí más tiempo del que debías haciendo no sé qué, porque todo estaba hecho para cuando yo me fui cerca de las seis de la tarde. La semana pasada ocurrió lo mismo casi toda la semana; entonces, lo que pienso es que tú eres la que fomenta no tener tiempo para él por tener una excusa tras la cual librarte de vivir una vida plena junto a un buen hombre y dejar a un lado tus malditos miedos —Courtney no reconocía a Joy—. Sí, estoy enfadada. Y creo que estoy muy de acuerdo contigo en que no es justo con él. Si no estás dispuesta a compartir tu vida con Ryan entonces sácalo de ella de inmediato porque vas a hacerle mucho daño —Joy se encaminó hacia la salida de la oficina dejando a Courtney con un nudo en el estómago y antes de salir, le dio unas palabras finales—: ¿Y sabes qué es lo peor? Que tú también estarás provocándote mucho daño. Hasta el lunes.

Cuando Courtney respondió el teléfono con nerviosismo y frialdad una vez más, Ryan sintió que algo por dentro de él se quebraba.

Estaba cansándose de esa situación.

La quería, estaba casi convencido de que la amaba a pesar de que solo tenían unos meses viéndose; sin embargo, no sabía si estaba dispuesto a soportar sus altibajos emocionales y sus inseguridades sobre el futuro.

Un futuro del que jamás habían hablado.

Ryan intentaba mantenerse en el presente y vivir un día a la vez con ella. Hacerle ver que las cosas pueden ser sencillas que ella suele complicarlo todo

a través de su miedo a dejarse querer por alguien más que no sean amigos y familiares.

Le parecía extraño que una mujer que venía de una familia tan consolidada y buena tuviera tantos miedos con respecto al amor, pero durante su estadía en Kentucky descubrió que en la adolescencia había sido vil mente traicionada por su mejor amiga y eso la marcó.

Lo que era lógico.

Connor, el hermano mayor de Courtney, le contó los hechos con detalles, y Ryan brindó con él por la nariz rota del bastardo —del cual no recordaba el nombre—, y le habló de todo lo que la chica hizo por conseguir salir de allí y hacerse un hueco importante en la ciudad.

Entendía los temores de ella pero estaba seguro de que él no le había insinuado jamás que abandonara sus sueños o su trabajo por él. No era lo que él quería.

Y sabía que la chica estuvo haciendo su estadía en la oficina más larga casi todos los días de la semana anterior para no pasar tiempo con él.

Sus miedos salían de nuevo y Ryan no estaba seguro de aguantarlo una vez más.

Claro, no se sentía bien con la idea de apartarla de su vida.

Nada bien.

Le producía tristeza. Nada de miedo a la soledad o ansiedad, solo una gran tristeza que no sabía si sería capaz de aguantar y estaba seguro de que eso se debía a lo que sentía por ella.

Era grande.

Muy mala señal que esperaba que se enderezara pronto porque no sabía ya cómo actuar con ella.

Si se dejaba ver comprensivo, ella se mostraba esquiva. Si le pagaba con la misma moneda de frialdad e indiferencia, ella se aprovechaba y hacía eterno un nuevo contacto entre ellos.

Ofrecerle tiempo para que decidiera si darle la oportunidad que le pidió y que nunca le llegó a dar al completo, era un arma de doble filo que no estaba dispuesto a usar.

Respiró profundo y vio el teléfono.

Seguiría intentándolo hasta que ver quién se rendía primero.

Le llamó más temprano ese mismo día y ella no le respondió.

Recordó lo bien que le fue en Kentucky cuando la sorprendió.

¿Y sí hacía lo mismo?

La sorprendería y quizá eso la tomaría con las barreras de la predisposición bajas y él podría dar pasos importantes. Así era como se ganaban las guerras. Librando pequeñas batallas y él quería seguir intentándolo aunque pensaba que podría cansarse. Sus sentimientos hacia ella parecían ser capaces de darle la fuerza necesaria para soportarlo todo.

La ciudad era benevolente esa noche, hacía frío, pero no nevaba, de igual manera tomó un taxi porque no quería perder tiempo y no le apetecía caminar.

Llegaría a casa de Courtney y la besaría hasta el cansancio, la haría suya todo el fin de semana.

Tenían mucho tiempo sin disfrutar del sexo como lo hicieron al principio y sabía que eso tampoco era buena señal.

Cada vez se respiraba más ambiente navideño en la ciudad y se recordó preguntarle a ella qué haría en Nochebuena porque le gustaría estar a su lado.

«Un episodio a la vez, Ryan, con ella debes ir con cuidado» pensó.

Y aquello no le molestaba del todo, sin embargo, tampoco le hacía sentir bien porque sentía que, la mayoría de las veces, iba caminando en un campo minado que no le permitía disfrutar con libertad del momento que se presentaba entre ellos porque nunca sabía cómo podía reaccionar ella a continuación.

Era un condenado estrés.

Cuando llegó ante la puerta del apartamento de ella, se aflojó un poco la corbata y llamó al timbre.

—Un momento —anunció con una voz que inquietó a Ryan. Algo no iba bien.

Tardó un par de minutos en abrir la puerta y cuando lo hizo, Ryan sintió una punzada que le atravesaba el corazón porque sabía muy bien lo que vendría a continuación.

Por mucho que Courtney intentó bajar el enrojecimiento y la inflamación con agua helada, un par de minutos no fueron suficientes y tuvo que dejarle ver a Ryan, de primera mano, cómo se sentía.

Miserable.

Muy miserable.

La única manera de poder volver a su vida tal como ella la quería era sacándolo definitivamente de ella y eso le hacía sentir muy mal porque sabía

que lo iba a lastimar.

Pero era necesario. Lo pensó mucho en el camino de regreso a casa y decidió que daría el paso definitivo de apartar a Ryan y retomar su vida con normalidad.

Lo necesitaba.

Necesitaba tener esa capacidad de concentración que parecía haberse esfumado con él.

Necesitaba poder levantarse cada mañana con el mismo estado de ánimo.

Necesitaba confiar en su instinto de nuevo.

Quería la estabilidad que conocía y que perdió cuando dejó avanzar tanto a Ryan en su vida.

Él entendió de inmediato lo que le ocurría.

Aún seguía sin entender cómo era que la conocía tan bien.

La abrazó mientras ella lloraba con fuerza en su pecho.

No quería lastimarlo.

No quería.

Sin embargo, lo estaba haciendo.

Había sido muy cruel.

Ryan permaneció en silencio mucho rato acariciándole el cabello y con el pensamiento en blanco.

Sentía un gran vacío que todavía no estaba declarado y confirmado por ella pero que ya se dejaba ver.

Ella había decidido dar mil pasos hacia atrás y lo sacaría de su vida.

Por mucha fuerza que le dieran sus sentimientos hacia ella no podía obligarla a permanecer a su lado. A intentar algo que no quiso intentar desde el principio.

No podía obligarla a su presencia.

Sintió un nudo en la garganta y se obligó a no llorar. No. Le dolía más que cualquier cosa que le hubiese ocurrido antes, que era mucho decir después de lo que ocurrió con Ellie y su intento de suicidio.

Y aunque le ardía el pecho decidió que le haría las cosas más fáciles porque no soportaba verla en ese estado.

No le dejaría ver lo dolido que estaba ni lo mucho que la extrañaría.

No.

Lo único que quería era que se calmara y que continuara con su vida con la seguridad y la estabilidad que ella necesitaba.

—No sigas llorando, Courtney. Nos equivocamos y me alegro de que

ambos nos hayamos dado cuenta al mismo tiempo.

Ella se levantó y lo vio sorprendida.

Él consiguió la fortaleza necesaria para seguir con lo que había iniciado.

Le secó las lágrimas de las mejillas.

—¿Tú también lo crees así?

Él asintió. En ese momento no se sentía tan capaz de responder.

—Venía a hablarlo contigo, que lo mejor es que nos distanciemos un tiempo porque ninguno de los dos sabe muy bien qué es lo que quiere.

Ella asintió también con la cabeza.

Él la vio con nostalgia.

Sintió una presión que le ahogaba en el pecho. Debía salir de ahí cuanto antes.

Se puso de pie y se acercó a la puerta de casa.

Estuvo a punto de decirle todo lo que sentía por ella pero no, eso la haría sentirse peor y no soportaba saber que sufriría más por su culpa.

—Eres un buen hombre, Ryan, yo soy la idiota. Y sé que estás haciendo esto para que no me sienta tan mal.

Bueno, al menos lo había intentado.

De igual manera no le afirmó nada.

Solo la vio con pesar y dolor y formó una delgada línea con los labios a modo de triste sonrisa.

Una muy triste.

No encontró nada más para decir y después de sentir que dejaba una parte de él junto a ella, abrió la puerta y se marchó.

Capítulo 15

Courtney no encontraba paz consigo misma.

Desde que Ryan se marchó de su casa no volvió a saber más nada de él.

No sabía cómo sentirse.

Estaba dividida como lo estuvo desde el inicio de su aventura con Ryan.

Seguía en la misma posición y esperaba que todo pasara pronto porque no podía imaginarse aguantando ese dolor extraño que se le instaló en la boca del estómago que le hacía la vida miserable a cada momento.

Más miserable de lo que ella misma se la hizo.

Y ahí estaba otra vez, con sus divisiones y con sus arrepentimientos para luego cambiar de nuevo y pensar que lo que hizo fue lo mejor para todos.

Habían pasado pocos días, así que estaba todo muy reciente y debía calmarse.

Retomó las clases de Yoga porque necesitaba centrarse. Aclararse.

Calmarse.

Iba dos veces al día y su instructora le recomendó que hiciera meditaciones en casa porque no la veía bien.

No lo estaba.

Y las meditaciones lo que hacían era dejarla peor porque aparecía la imagen de Ryan y no conseguía apartarla para poder relajarse.

En ese momento, se encontraba en la oficina, sin gran cosa que hacer porque saldrían de vacaciones por unos días.

La edición de Navidad había sido un éxito rotundo y la fiesta de Navidad de ese año resultaba ser prometedora.

Courtney esperaba relajarse un poco en el evento y disfrutar de la época del año que más le gustaba; y que ese año, por una razón u otra, la estaba pasando por alto.

No decoró en casa.

No tenía motivación para comprar regalos.

No tenía ganas de nada.

Vio el reloj. Le quedaba un poco para salir de ahí y sabía que para la

hora de su salida, la nieve pararía.

Tenía la puerta de la oficina abierta y se le hacía extraño no tener a Joy rondando por ahí.

La chica se había tomado unos días libre y volverían a verse en la fiesta.

Resopló.

Pensó en su familia y en lo bien que le caería regresar a Kentucky y compartir con ellos la Nochebuena.

Buscó pasajes de salida y claro, debido a la fecha todo estaba a reventar.

Faltaban tres días para Navidad. Era lógico que todo estuviese a reventar.

¿Por qué se había tardado tanto en buscar un pasaje para ir de nuevo a casa y estar con los suyos?

«TRABAJO» anunció una voz muy enfadada en su interior y sintió un incontratable nudo en la garganta que disolvió a la fuerza con un litro de agua que tenía encima de su escritorio.

No.

No iba a llorar más.

No era de las mujeres que iba arrastrándose armando dramas por las decisiones que tomaba.

Decidió alejar a Ryan de su vida porque no soportaba la idea de tener que dividir su tiempo entre su pasión y el hombre que le gustaba.

Resopló derrotada y abatida.

Con los ojos enrojecidos.

Ryan no solo le gustaba.

¿Lo amaba?

Su móvil sonó.

—¿Sí? —respondió sin ver quién llamaba.

—¿Qué ocurre contigo? —Era Ian.

La chica sonrió con tristeza.

—Nada. ¿Por qué tendría que pasarme algo?

—Porque, tú, no respondes tu teléfono con un simple «¿sí?» Y la voz más afligida que he escuchado jamás.

Courtney se desinfló en la silla.

Y fue cuando un par de lágrimas se le escaparon de los ojos. Pero solo esas, las demás las contuvo de nuevo. No iba a montar una escena en su puesto de trabajo y menos por un hombre.

—¿Courtney? Habla conmigo. ¿Es por el bombón que estaba en la

galería?

—Sí.

—¿Su belleza es directamente proporcional a lo cretino que es?

—No.

—Entonces, ¿la cretina eres tú?

Ella soltó una risa irónica. Así era Ian.

—Déjame adivinar —hizo una pausa—, él quiere estar contigo pero como tú eres la súper-ejecutiva-independiente-que-no-quiere-compromisos, lo mandaste a volar.

Courtney no pudo decir nada porque dos lágrimas más se resbalaban de sus mejillas al suelo.

Debía ser más fuerte.

—Eres una idiota. Vas a terminar en un ancianato amargada.

—Voy a terminar en un ancianato de igual manera, no pretendo que nadie me cuide.

Ahora fue Ian quien resopló indignado.

—Pero al menos, si te das la oportunidad de disfrutar la vida, estarás en el ancianato con él o con los recuerdos de una vida junto a él —hizo otra pausa—. ¿Estás enamorada? Nunca te había escuchado tan mal.

—No lo sé, Ian; con Ryan todo ha sido nuevo para mí y estas emociones —Courtney respiró profundo y los labios le temblaron tanto que tuvo que dejar salir todas las lágrimas acumuladas. La voz se le quebró por completo—. ¿Cómo puedo saber si lo estoy? ¿Quién me lo dice?

Sintió a Ian sonreír.

—Ay, cariño, estás perdida. Cuando tenemos ese nivel de tristeza encima y nos hacemos esa pregunta que acabas de hacerme es porque no tenemos más remedio que entregarnos y vivir el amor —Courtney lloró más—. Tu llanto es porque lo extrañas y sabes de sobra que eres una idiota por apartarlo, te arrepientes porque es un buen hombre y te ha demostrado que le importas. Tienes miedo de perderlo definitivamente.

Hubo un silencio.

—Me estás entendiendo, ¿no?

—No —respondió ella con la voz entrecortada.

—Dios mío, no entiendo cómo puedes ser tan brillante en tu trabajo y tan tonta en otras cosas. Cariño, ¡despierta!, deja de hablar conmigo, toma tu bolso y ve a buscarlo.

—¿Ahora?

—¿Y si no, cuándo? ¿Cuándo él esté conectado a los tubos con 90 años y ya no sepa quién diablos eres? ¿Qué pasa contigo, Courtney?

—Ian, ahora no puedo, tengo que ir a casa y prepararme para la fiesta de Navidad de la revista...

—Escucha, sabes ¿qué? Cásate con la maldita revista porque está claro que es lo único que te importa en la vida. Y no llores más por Ryan. Punto. Yo solo llamaba para desearte feliz Navidad. Y espero que, realmente, abras los ojos y seas feliz.

Y colgó.

Courtney no aguantó la presión que sintió en el pecho y se derrumbó ahí, en su oficina, sin importarle si alguien entraba y la veía. Sin importarle nada, porque lo único en lo que pensaba era en que podía perder a Ryan definitivamente, podía asegurar que no había sentido un miedo tan profundo en la vida.

No tenía comparación con nada.

Aunque podía llegar a compararlo con el miedo que sintió al enterarse de que su madre iba a morir, sin embargo no era igual.

Los amores eran diferentes.

Y en ese momento, con ese pensamiento, tuvo la claridad que tanto necesitaba.

Ella misma acababa de decirlo en su interior.

Los amores eran diferentes.

Amaba a Ryan.

Lo amaba.

Las imágenes de los momentos que vivieron juntos pasaron en sus pensamientos como una ráfaga, deteniéndose en los que más valor tenían para ella, los que le dejaron una marca; los días en los que su propia casa se sintió como un hogar, ese lugar en el que te quieres refugiar no por su estructura si no porque sabes que hay alguien esperándote, cocinando para ti, deseando ver contigo una película, esperando saber cómo estuvo tu día.

También rememoró los días en Kentucky junto a él. Lo bien que se integró a su familia, las miradas dulces y apasionadas que le dedicaba mientras estaban frente a los otros.

Lo bien que la comprendía sin ella tener que decirle nada.

Sabía lo que necesitaba, lo que quería y lo que no.

Sacrificó sus sentimientos para complacerla a ella cuando le aseguró que él también creía que no era buena idea continuar con lo que tenían.

Se secó las lágrimas.

Ya estaba bueno de llorar, aun nevaba pero ella no tenía más tiempo para perder.

Saldría e iría directo a casa de Ryan para pedirle disculpas por lo estúpida que fue y suplicarle que vuelvan a intentarlo.

Ryan llevaba unos días muy malos.

Muy malos.

No encontraba motivación alguna que le hiciera sentirse feliz por lo que tenía en ese momento en su vida porque, desde que decidió seguir los deseos de Courtney y apartarse de su lado, sentía que no tenía nada.

Nada.

Su vida estaba vacía, sin norte, no conseguía proyectarse en el futuro porque, inconscientemente, lo hacía junto a ella. La veía en su cama, en la ducha, en el sofá.

«La primera noche que ella durmió en su sofá» la recordó.

Tan hermosa.

Tan dulce.

Tan suya y aun sin saberlo; porque sí, él la sentía suya.

Negó con la cabeza.

Se la quería sacar del corazón pero no sabía cómo diablos hacerlo.

¿Cuándo le permitió apoderarse tanto de sus sentimientos? ¿Cuándo decidió que enamorarse de ella era buena idea? ¿Por qué insistió en verla, en besarle y en amarla?

Cuando cerró la puerta del casillero del gimnasio, su móvil sonó.

Se devolvió para atender la llamada porque su rutina de ejercicios, la cual supuestamente hacía para no pensar en Courtney, podía esperar. A final de cuentas, no le hacía olvidarse de nada.

Tomó el teléfono.

«Vanessa».

Volvió los ojos al cielo y pensó en no responder pero recapacitó porque sabía que la chica era capaz de llamar mil veces hasta que Ryan le contestara.

—Hola, Vanessa.

—Ryan, ¿cómo estás? —Ryan se separó el teléfono de la oreja y lo observó como si pudiera verla a ella para asegurarse de que se trataba de la

misma Vanessa impulsiva, de voz nasal, frenética y controladora que ahora le hablaba de esa manera tan seria y calmada.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, gracias —hizo una pausa—. Te llamo para saber si estarás en casa esta noche porque estoy en Nueva York, por la compra de mi vestido de novia. Finalmente me caso, con otro.

Ryan estaba pasmado. Vanessa se casaba.

—Felicidades.

—Gracias. Todavía tenía tus llaves en mi casa y las traigo conmigo para ver si puedo llevártelas.

Ryan estaba casi en *shock*.

—Sí, supongo. Pero si estás en los preparativos no te preocupes, me las envías luego o se las dejas a mis padres en Arlington o...

—Me gustaría cerrar el ciclo contigo.

¡Guao! La mujer que le hablaba era otra. La habían cambiado por completo.

No fue capaz de negarse. Quería comprobar el cambio de la chica con sus propios ojos.

—Está bien. Estaré en un par de horas en casa.

—Nos veremos entonces, adiós.

Y colgó.

Ryan dejó el teléfono dentro del casillero de nuevo y frunció el entrecejo.

Vanessa iba a casarse.

No se lo podía creer.

Se alegraba por ella.

Y los ojos azul transparente de Courtney se apoderaron de sus pensamientos de nuevo.

Sonrió a medias.

No le sorprendía.

Estaba por creer que tenía tatuada a esa mujer en el cerebro y que jamás podría olvidarla.

Capítulo 16

Vanessa llegó hasta la puerta del apartamento de Ryan con un plan maestro.

Nada podía salirle mal.

Lo sabía.

Lo sintió en la voz de él cuando lo llamó más temprano ese día para notificarle que se casaría con un hombre que no existía, aunque eso era algo que no le aclararía a Ryan porque ella estaba convencida de que eso despertaría sus celos y lo echaría de nuevo en sus brazos; y entonces, ella podría cumplir su sueño, finalmente, de casarse con él.

Era un buen plan y estaba saliendo como lo pensó.

El portero del edificio le indicó que Ryan estaba en casa, lo había visto llegar hacia unos minutos.

Ella llamó al timbre pero al no obtener respuesta, hizo uso de las llaves.

Entró en silencio. Y en una voz que solo fue perceptible para ella dijo:

—No te asustes cuando salgas de la ducha, pastelito. Ya estoy dentro.

Ryan no habría sido capaz de escucharla.

Se sentó en el sofá un par de minutos.

Estaba nerviosa.

Se vio el anillo en el anular.

Una gran roca que le costó conseguir. Tuvo que vender algunas cosas para poder comprar un anillo de ese calibre sin embargo, valdría la pena, estaba segura.

Además, las políticas de devolución de ese país funcionaban muy bien y todavía tenía tiempo de devolver la joya y pedir reembolso del dinero.

Todo tenía que salir bien porque en Arlington sus amigas ya estaban decidiendo el color que llevarían sus vestidos de damas de honor de la boda.

Porque sí, Vanessa se apresuró un poco por la emoción de su estructurado plan y les dijo que, Ryan, le había pedido matrimonio enseñándoles el anillo.

Ya no sería la soltera del grupo y sus amigas no le verían con lástima.

No se creía que todo estuviese saliendo tan bien.

Respiró profundo de nuevo y en ese momento, el sonido del timbre la sobresaltó.

Ryan cerró la ducha al mismo tiempo y ella se apresuró en abrir la puerta.

Cuando lo hizo y vio como cambió la expresión de la mujer que estaba al otro lado, supo que su plan estaba a punto de irse al infierno por culpa de ella.

Cuando Courtney entró en el edificio en el que vivía Ryan, decidida a expresarle lo arrepentida que estaba de haberle negado la oportunidad de estar juntos de otra manera que no fuese ocasional y en la cama, sentía que estaba haciendo lo correcto.

Y eso le daba pánico.

Porque sabía que ese sentimiento solo podía ser fruto del amor.

Bueno, no lo sabía, seguía sin saberlo porque nunca lo había sentido por nadie. Pero admitía que Ryan le hacía sentir cosas muy especiales que sobrepasaban a los buenos ratos de sexo; y que, cada día que pasaba, necesitaba a Ryan a su lado.

Aquello debía ser una clara señal ¿no?

Además, la conversación que tuvo con Ian, ese mismo día, le aclaró la mente en todos los aspectos que tenían relación con Ryan y su vida personal.

Necesitaba a Ryan su lado, porque lo amaba.

Sonrió con picardía porque era liberador poder admitirlo sin problemas, sin embargo, aún sentía algunos temores con respecto al futuro y la forma en la que el amor afectaría su vida.

Intentaba concentrarse en la conversación con Connor unas semanas antes, cuando su hermano le aseguró que su esposa seguía siendo ella y luchando por sus sueños a pesar de que se había convertido en esposa y en madre.

No sabía si ella podría hacerlo pero si no lo intentaba, no lo sabría nunca.

Si para tomar una decisión definitiva debía poner en un lado de la balanza: «perder a Ryan» y del otro «ser su novia, esposa, amante, madre de sus hijos o lo que él quisiera sin dejar a un lado su vida profesional»; para saber qué le dolía y asustaba más, de seguro la balanza se inclinaba a lo primero.

Perder a Ryan superaba —en creces— todos sus miedos.

Y suplicaba a Dios que le diera una nueva oportunidad con él.

Suspiró y se frotó las manos mientras esperaba el ascensor.

Exhaló el aire como su maestra de Yoga le enseñó a hacer.

—Todo va a estar bien, Courtney, cálmate. No parecen cosas tuyas —
murmuraba mientras las puertas del ascensor se abrían y ella entraba.

La noche estaba helada. Estaba nevando, faltaban tres días para Navidad y su vida, en el último año, había cambiado tanto.

Un ascenso que le llevó a mudarse a Nueva York y que, posteriormente, le llevó a encontrarse con Ryan. Parecía como si la vida lo hubiese planificado todo.

Ese pensamiento le inyectó fuerzas para dejar sentir con mayor intensidad a su corazón. Courtney estaba descubriendo sentimientos que en su vida habría sentido por otro ser humano.

Y tenía tiempo sintiéndolo, solo que no quería darse cuenta de la verdad que llevaba en su interior.

¡Tan bien que estaba ella con su trabajo y sus amigos ocasionales!

Bufó.

Con su trabajo. Punto.

Inhaló y exhaló aire una vez más cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso en el que ella debía bajarse.

A la derecha, estaba un ventanal que dejaba ver la nieve caer.

Le gustaba el invierno, la ciudad cubierta de nieve, aunque era muy poco práctica y peligrosa en ciertas ocasiones.

Caminó por el pasillo con torpeza, los nervios no la dejaban moverse con facilidad.

Iba a hacer —prácticamente— una declaración de amor y se sentía como una adolescente que va a enfrentarse al chico que le gusta del colegio.

Cuando dobló en la esquina para enfilarse al segundo pasillo, en el que se encontraba el apartamento de Ryan, sintió gran ansiedad. El corazón parecía que se le quería salir por la boca.

Se detuvo frente a la puerta y tocó el timbre.

Se escucharon pasos del otro lado.

Cuando por fin la puerta se abrió, por poco se le cae el alma a los pies al descubrir que quien le abrió la puerta no era Ryan.

—¿Te puedo ayudar en algo? —la mujer en cuestión, era lo opuesto a ella. Sin curvas, diminuta, con el cabello rubio, y una vestimenta que le recordaba a las elegantes amas de casa de los años 60.

Muy-opuesto-a-ella.

La chica abrió los ojos y levantó las cejas esperando una respuesta de su parte.

—¿Vanessa? —Ryan apareció detrás de la chica con tan solo una toalla en la cintura y algunas gotas de agua que se le resbalaban de la piel de los brazos.

Courtney se llevó una mano a la boca del estómago.

Vanessa.

Courtney estaba intentando asimilar la escena.

Vanessa era la ex de Ryan. La ex que ya no le importaba.

¿O sí?

En ese momento, Ryan ladeó su cabeza para ver quien llamaba a su puerta y la vio.

Palideció por completo, mejor dicho.

—¿Courtney? —Ryan intentó llegar a ella pero Vanessa lo interceptó y lo tomó por el brazo dejando a la vista un bonito anillo de compromiso en su anular.

Courtney frunció el ceño y sintió que los ojos le ardieron como nunca en su vida.

Quizá no era tan ex.

Quizá ella era la estúpida que se creyó la historia del amor puro y maravilloso de parte del hombre más cruel del mundo.

Lo vio confundida.

No se podía creer que Ryan le hiciera eso.

Se frotó de nuevo la boca del estómago y retrocedió cuando vio que Ryan daba unos pasos hacia ella.

La que estaba de más allí, era ella.

No había nada de qué hablar.

Se dio la vuelta y dejando las lágrimas correr, aceleró el paso para llegar cuanto antes al ascensor y salir de ahí.

Necesitaba salir de la vida de Ryan para siempre.

Sabía que entregarse al amor no era buena idea.

—Nunca más, Courtney. Nunca más.

—Señor —Ryan escuchaba a lo lejos la voz de un chico que... ¿lo

llamaba?—. Señor, despierte.

Abrió los ojos y la luz del pasillo le molestó.

Cuando intentó enderezar el cuello, se quejó de dolor y empezó a recordar todo lo que ocurrió y por qué él se encontraba durmiendo en el suelo del pasillo, frente a la puerta del apartamento de Courtney.

Las imágenes lo aboraron en flashes.

Vanessa dentro de su apartamento.

Courtney del otro lado de la puerta inventándose una historia que no existía.

Vanessa impidiendo que él corriera detrás de la mujer que amaba.

Negó con la cabeza.

—Sr. No puede permanecer más aquí. Voy a pedirle que se retire porque está incomodando a los vecinos.

—Entiendo, me voy. Solo esperaba a Courtney Moore, vive aquí.

—La señorita Moore salió de la ciudad por varios días.

Lo vio a los ojos y le sonrió.

—Gracias por decírmelo.

Se puso de pie y se marchó.

Estaba convencido de que Courtney se marchó a casa buscando refugio y consuelo.

Se le encogía el corazón de saber que la chica sufría por su culpa.

Una culpa, además, que le habían plantado a él. Porque era tan inocente como ella.

Lo de Vanessa no tenía límites y estaba tan desesperada que llegó al punto de inventar aquella historia del supuesto próximo matrimonio para darle celos y hacerle volver con ella.

Con su acción, lo único que consiguió fue rechazo total y una clara advertencia de que si volvía a acercarse a él o a Courtney le pondría una orden de alejamiento porque no quería verla más nunca en su vida.

Aquello que hizo era mil veces peor que su supuesto intento de suicidio porque, ahora, Ryan ya no podía —ni quería— creer más en ella y sus dramas.

Para cuando consiguió sacar a Vanessa del apartamento y disculparse con los vecinos por el *show* que la chica ofreció, Ryan salió dispuesto a buscar a Courtney y pedirle que le explicara para qué había ido a su casa.

Si sus instintos seguían funcionando bien, estaba casi convencido de que ella se dio cuenta de lo que sentía por él y quiso aclararlo.

Y se encontró con una escena que seguro le rompió el corazón en mil

pedazos.

Ryan sentía nervios, esperanza y miedo porque volvería a encontrarse con la Courtney dueña del campo minado. La que levanta corazas para no salir lastimada.

Esta vez, con razón.

Pero si ella sentía amor por él, estaba seguro de que lograría estar a su lado de nuevo.

Sería su mejor regalo de Navidad.

Sonrió divertido y se fue directo al aeropuerto porque, así fuese atado a un ala de uno de esos aviones, él llegaría a Kentucky ese mismo día.

—Sr. Moore, buenos días.

Cuando Courtney escuchó la voz de Ryan abrió los ojos por la sorpresa y cuando escuchó a su padre cargando la escopeta, salió de la cocina tropezándose con Connor que corría a ver qué demonios ocurría.

Ryan estaba blanco del susto, el Sr. Moore lo apuntaba directo al pecho con el ceño fruncido y Connor abrazó a Courtney viendo a Ryan con ganas de darle un par de puñetazos.

—Tenemos que hablar —vio a Courtney con súplica.

—Lo siento, Ryan; está todo muy claro.

—No lo está. Ni cerca. Tengo que explicarte que yo...

—Ya escuchó a mi nena —el Sr. Moore levantó más la escopeta—. Es momento de dar la vuelta y no volver nunca más.

—Sr. Moore, yo realmente amo a su hija —la vio a ella que se le enrojecieron los ojos—; y hubo una situación que se prestó a total confusión, déjeme explicarle.

Pero el Sr. Moore ya había escuchado la versión de su hija y en ese momento, era lo único que le importaba.

Apuntó de nuevo a Ryan al pecho y este se desinfló.

—No voy a darme por vencido —le dijo a Courtney viéndola a los ojos.

—No pierdas más tiempo, Ryan. No hay nada que hacer.

—Ya lo veremos.

—Cierra la puerta, papá.

Connor le dio un beso a su hermana y se dio cuenta de que Ryan se frotaba los ojos mientras se subía al coche.

Lo veía desde la ventana.

Su hermana subía las escaleras a su habitación y su padre salió a las caballerizas porque cepillando a los caballos era la manera en la que restauraba su buen humor.

Sintió que algo tenía que hacer por su hermana.

Courtney entró en su habitación y vio a Ryan marcharse.

¿Y si le dejaba explicarse?

Levantó el hombro restándole importancia. Preguntándose «para qué» porque lo que ella vio estaba claro.

Él aseguraba que la amaba pero estaba comprometido con otra y la situación era tan confusa que no tenía ganas de aclarar nada.

Estaba exhausta.

Vio una foto de su madre y la tomó, apretándola contra su pecho.

Cuanto la echaba de menos.

Le gustaría tenerla allí, en ese momento, para poder conversar con ella y pedirle algún consejo que ni su padre ni su hermano podrían darle.

Su padre la pondría a practicar tiro al blanco como cuando era adolescente, tal como después de lo de Bill; y su hermano, le haría retomar las clases de defensa personal para que fuese ella misma la que le destruyera la nariz al siguiente cretino.

Pero nada de eso iba a ser necesario porque no habría más.

Courtney se cerraba definitivamente al amor.

No quería saber nada más.

Solo quería avanzar, seguir con sus proyectos, alimentar su ambición y alcanzar sus sueños.

Sintió la risa de sus sobrinos en la cocina.

Al diablo con la idea de tener algún día una familia así.

Levantó el hombro de nuevo.

La tenía, solo que no la formó ella.

Vio de nuevo la foto de su madre.

La dejó en el lugar que ocupaba en la mesa de noche y en ese momento sonó su móvil.

Emerick.

Sonrió. Que bien le haría conversar con Em.

—Em. Cariño, ¿cómo estás?

—Feliz de escucharte y de saber que estás bien. No te vimos en la fiesta de la revista y Joy no supo darnos una explicación aunque mencionó algo de un

tal Ryan.

Courtney sintió que se le formaba el nudo en la garganta y se permitió hablar del tema —sin rodeos— con Emerick.

Emerick siempre le transmitió confianza.

Después de unos minutos en los que habló sin parar y las lágrimas ahogaban las palabras haciendo que Emerick le entendiera con dificultad, sintió que había soltado un gran peso.

—¿Por qué no le das la oportunidad de explicarse?

—Porque es obvio todo, Em.

—No hay nada obvio. Mira lo que pasó entre Davina y yo. Tú fuiste la que llamó la atención de Davina para que viera mi declaración y de no ser por ti, no estaríamos juntos. O sí, pero ella habría tardado más en descubrir que yo podía ser feliz abandonándolo todo por ella.

Courtney se quedó en silencio.

—Escucha, Courtney, creo que Ryan se merece una oportunidad para darte una explicación. Tu misma me dijiste que la mujer que se supone es su ex, te vio con sarcasmo como si se estuviese burlando de ti y que, además, él parecía sorprendido de verlas a las dos allí. ¿No te parece extraño eso? —Courtney no respondió—. Creo que es hora de que te des la oportunidad final. Si la explicación te convence, la tomas y si no, cariño, te pondré mi hombro para que llores todo lo que sea necesario porque si te conozco bien, debes estar muy mal por dentro. Nunca te había escuchado tan mal por nadie. Ni siquiera nos demostrarte debilidad en la época en la que tu madre estuvo enferma. Siempre te he admirado profundamente por eso pero también he sentido lastima por ti —la chica agudizó el llanto—. Eres una mujer grandiosa que se merece ser feliz y la felicidad, es un conjunto de cosas, Courtney. El amor es parte de la felicidad de las personas. Amor propio, que tienes de sobra —Courtney sonrió entre el llanto—, amor de tu familia, que me consta que te adoran; amor de tus amigos, que conmigo y Joy tienes suficiente —se escuchó la voz de Davina al fondo diciendo que ella también la adoraba—; y el amor de una persona que quiera estar contigo el resto de sus días.

—¿Para qué llamabas? —ambos rieron porque sabían que era la manera ácida de Courtney para ponerle fin a esa conversación.

—Para saber que estuvieses viva, lo estás. Ahora te dejo con tu tontería. Ya sabes en dónde encontrarme. Feliz Navidad, cariño, y deseo que seas inmensamente feliz. Un beso de nuestra parte.

—Igual para ustedes; y, Em... —hizo una pausa—... gracias.

Colgaron.

Courtney se quedó sumergida en un vacío extraño que la hizo sentirse mal. Más de lo que ya se sentía porque podía darle la oportunidad a Ryan de explicarse, temía que la respuesta no le agradara así que ella prefería quedarse en donde estaba.

No avanzar más en el sufrimiento.

Liberaría todo el dolor ese día y estaba segura de que no sería suficiente; pero por lo menos, le permitiría disfrutar al día siguiente de una Navidad en familia aunque tuviera el corazón hecho pedazos.

Capítulo 17

La víspera de Navidad en casa de los Moore era para comer como si no hubiese mañana, beber alcohol hasta que ya no coordinaran nada y caer desplomados en la cama hasta la mañana siguiente cuando el olor del beicon, las tortitas y el chocolate caliente los sacara a todos de las camas para ir a comer y a abrir los regalos que haya dejado el Santa que ni come ni bebe como los demás.

Para evitar accidentes, cada año designaban a un miembro de la familia que debía controlarse un poco con la bebida para no repetir el incidente que en el pasado afectó al primogénito de Connor dejándole sin regalo, el niño estaba muy pequeño y no se dio cuenta pero ahora, que el más pequeño ya razonaba, sería un problema.

Ese año, Courtney y Connor asumieron el papel de los elfos de Santa.

Se encargarían de poner a dormir a todos los niños en el estudio de la planta superior y cuando se aseguraran de que todos estaban ya roncando, colocarían los regalos; que era un buen cargamento teniendo en cuenta la cantidad de niños y adultos que había en casa.

Desde la mañana hubo un ambiente delicioso en la granja.

Courtney y sus cuñadas se encargaron de decorarlo todo para recibir la Nochebuena como correspondía. Decidieron cómo colocar las mesas y cómo servirían la comida.

La experiencia de años anteriores les permitía mejorar en el presente, porque para una familia tan grande, era necesaria una gran logística.

Gwen intentó hablar con ella sobre lo que la tenía tan afligida pero Courtney le cambiaba la conversación cada vez que se le presentaba la oportunidad y esta, al segundo intento, se dio por vencida.

De todas maneras, Courtney mantuvo un buen espíritu ese día.

Tenía mucho por lo cual estar agradecida a pesar de tener el corazón herido.

Su padre estaba vivo y feliz rodeado de sus nietos y sus vacas.

Sus hermanos, cada uno a su estilo, estaban felices. Unos un poco más

toscos que otros o quizá más necios que otros pero todos solidarios entre sí, con su padre, con ella y con sus respectivas familias. Y sin miedos a expresarse el amor entre ellos o con sus esposas e hijos.

Eso era lo que ella vio desde pequeña con sus padres y lo que todos querían tener.

Sin embargo, a ella le había tocado la parte amarga, la de las traiciones y bueno, admitía que su personalidad le hacía estar a la defensiva para no sufrir más.

«Bien irónico, ¿no?» pensó «porque para no querer sufrir, lo estás haciendo en gran escala»

Después de la cena, estaban recogiendo los trastes cuando se escuchó movimiento fuera de la casa.

Courtney recordó que era una de las cosas que más le gustaban de ese día. Los villancicos de Navidad entonados por el coro de la iglesia cercana.

Iban en un autobús, por toda la zona, se bajaban, cantaban y se marchaban a la siguiente propiedad.

—¡Vamos, chicos, a colocarse los abrigos que saldremos a cantar!

Los niños corrían y gritaban enloquecidos. Las voces roncadas y gruesas de sus hermanos y padre empezaron a retumbar en la estancia mientras entonaban; y ella, Courtney, sacó su móvil para grabar todo el acontecimiento porque era algo que quería recordar para siempre.

Aquella Navidad la sentía tan diferente que no quería olvidarla jamás.

Así como sabía que no podría olvidarse de Ryan.

Le apareció un nudo en la garganta que intentó disolver con un trago de ron.

Uno. Tenía una misión esa noche y no podía fallar con los regalos.

El ron le calentó la tráquea, y todo lo demás que iba tocando pero no acabó con el nudo en la garganta.

«Aguanta» fue lo único que se dijo y salió.

Los niños se pusieron al frente, recientemente había nevado y todo estaba cubierto de blanco.

Era el escenario perfecto. Las farolas; el Santa con trineo luminoso que su padre colocaba en la parte frontal de la casa; la propiedad bordeada en el techo con luces de colores.

El frío.

Su familia.

Y la música entonada por unas voces que ponían la piel de gallina.

El resto de los Moore bajaron las escaleras del porche delantero y se ubicaron detrás de los niños.

Jingle Bells fue lo primero que se escuchó en la zona. Los niños aplaudían, reían, la estaban pasando grandioso.

Courtney grababa todo cuanto podía.

Hacía pequeños acercamientos con la cámara para capturar los momentos de mayor gracia entre los chicos.

Su padre, que ya cedía a los efectos del ron, estaba eufórico.

Ella lo estaba disfrutando.

Aunque sentía que seguía faltándole algo muy importante para disfrutarlo al completo.

Ryan.

Suspiró.

Se dio cuenta de que Connor la observó y subió con ella.

Se ubicó a su lado y la abrazó.

La agrupación terminaba de cantar *Santa Claus Is Comming to Town* cuando Connor la vio con diversión.

—Esta Navidad será una de las mejores.

Ella lo vio con duda y él le hizo un guiño.

—¿Tendrás otro hijo?

El hombre rio a carcajadas.

—No. Esa fábrica ya la hemos cortado de raíz Gwen y yo. Con cuatro niños ya tenemos bastante.

—Siempre me he preguntado si es que no conocen la TV para matar el aburrimiento.

—¿Tu lo harías de ese modo? —su hermano la vio con picardía. Connor era su versión pero masculina y no tan extremista, claro estaba. Si no, no se hubiese casado y no hubiese tenido cuatro hijos.

Courtney dejó ver el rechazo en su rostro a la pregunta de su hermano y él sonrió de nuevo.

Hubo un segundo de silencio antes de que el coro entonara otras canciones navideñas, de las más nuevas. De las que sonaban en la radio y se convertían en un *hit*.

Y la elección le encantó a ella porque era una de sus favoritas. *All I Want for Christmas is You* de Mariah Carey. Una canción alegre y divertida.

Courtney hizo un acercamiento con la cámara para tener mejor enfoque de la agrupación y fue cuando se dio cuenta de que en el medio del grupo,

cantando, sin vergüenza, y con los ojos clavados en ella, estaba Ryan Griffin.

Las manos empezaron a temblarle, más aun cuando vio que el hombre se abría paso entre el grupo de gente y se plantaba frente a los Moore.

—Es un hombre valiente. Yo no lo hubiese hecho —le dijo Connor sonriendo con la diversión marcada en el rostro.

—¿Lo retaste? —su hermano asintió con la mirada brillante y traviesa.

—Esta era la manera de matar tres pájaros de un tiro hermanita, no había otra salida —Connor vio hacia donde estaba Ryan cantando muy desafinado—. Frente a toda esta gente, papá no sacaría su escopeta; tú le dejarás explicarte que la mujer esa que viste en su casa es una arpía; y yo, no le rompí la nariz pero le hice pasar vergüenza.

Ella veía a su hermano sin dar crédito a todo lo que le decía.

Él sonreía con malicia.

—Un plan perfecto. Sobre todo en la parte en la que lo vas a perdonar.

—¿Y cómo sabes que lo haré?

—C, cariño —la tomó de las manos quitándole el móvil y grabando él todo, vio a su hermana a los ojos, estaba aterrada por demostrar lo que sentía —, mereces ser feliz y ese hombre se ganó tu amor, que no es nada fácil, así que no pierdas más tiempo. Lánzate a la aventura —le batió el pelo, cosa que Courtney odiaba desde pequeña—; despéinate, vive la vida, sonríe y ama.

La agrupación parecía sincronizada con el momento.

Mantuvieron el ritmo de la canción que estaban cantando antes pero sin letra y en un tono de voz muy bajo mientras Ryan la veía fijamente. Connor había dado bien las instrucciones. Eran sus cómplices.

El Sr. Moore estaba entretenido y alegre por el ron y todo lo que veía a su alrededor.

Sabía que la felicidad le había llegado a su hija. Ya podía morir en paz.

Cuando le sacó la escopeta al muchacho lo hizo solo para ver si aguantaba la presión o se marchaba como una maldita gallina. Se mantuvo firme, y le declaró su amor por su pequeña sin tener ni un poco de temor.

Aunque el Sr. Moore creía que, la segunda vez que lo apuntó, el joven estuvo a punto de mearse en los pantalones por la cara de espanto que puso.

Pero no retrocedió ni un milímetro y eso le decía mucho a un zorro viejo como Moore.

—Courtney —empezó a decir Ryan con voz temblorosa—. No voy a explicar todo ahora porque los voy a dejar congelados a todos aquí afuera —se escucharon algunas risas—; pero quiero aclararte que lo que viste, no era

cierto. Ella vino a casa porque tenía un viejo juego de llaves que quedó en llevarme porque iría a Nueva York por un vestido de novia. Se casaría, con otro, según me dijo. Y de pronto, salgo de la ducha y me la encuentro dentro de casa; a ti, fuera de casa y creyendo cosas que no eran.

La vio a los ojos. Estaban lejos pero podía ver cuán nervioso estaba él.

No menos que ella que ya le temblaba el cuerpo entero.

Ryan no sabía cómo diablos sentirse.

Cuando Connor fue al hotel a verle, después de que él saliera de casa de los Moore apuntado por la escopeta del patriarca, estuvieron conversando mucho rato como si fueran buenos amigos.

Y trazaron ese plan que ahora llevaba a cabo Ryan.

Bueno, lo había trazado Connor diciéndole que el coro de la iglesia era solo de unas cinco personas y que Courtney estaría sola con su padre porque los demás tenían otros planes.

Cuando llegó al punto de encuentro con la agrupación y vio que eran más de 20 personas y escuchó las voces de cada integrante, quiso salir corriendo pero su amor por Courtney le dio el valor que necesitaba para enfrentarse a toda la gente que ahora tenía su atención concentrada en ellos dos. Y no le importaba.

Desde que la vio allí, en el porche de la casa, alumbrada por la tenue luz con las mejillas rojas por el frío, sintió que hacía lo correcto y bloqueó a todos los demás.

Parecía que solo existían ellos dos.

Esa mujer lo había embrujado y le gustaba la sensación.

—¡¡¡Nos congelamos!!!! —gritó Connor a modo de broma y Ryan entendió que debía apresurarse un poco por el clima; otro poco, porque los curiosos querían saber el desenlace final. Y los niños empezaban a jugar con la nieve y a hacer locuras.

Todos rieron y apoyaron a Connor.

Courtney sonrió divertida.

Ryan temblaba.

—Dormí en el pasillo de tu casa esperándote. Supongo que ya estabas aquí —Ella no pudo evitar sonreír con ansias. El nudo en su garganta se hacía incontratable pero esta vez, era de felicidad—. Te seguí porque es a ti a quien quiero en mi vida. No sé si será para siempre...

—¿Cómo? —el Sr. Moore interrumpió—, te verás conmigo y mi escopeta, no lo olvides.

Todos rieron de nuevo.

—No lo olvidaré, Sr. Moore —sonrió—. Solo quiero hacer lo que a ella le haga feliz.

La agrupación cantaba muy bajito «*All I want for christmas is you*».

Ryan aprovechó la ocasión para cerrar su discurso.

—Te amo, Courtney, y tú serías el mejor regalo de mi vida.

Le dejó ver esa sonrisa que derretía glaciares y que la descomponía por completo, y no pudo resistirse.

Dio un paso al frente pero su hermano la detuvo señalando el muérdago bajo el cual ella estaba parada y el que su padre y su madre impusieron como tradición en la familia. Cada vez que pasaban por debajo, se besaban, y sus hermanos adquirieron la tradición. Ahora sería su turno y la verdad era que no tenía inconveniente alguno con sellar el amor entre ellos con esa magnífica tradición.

Connor le hizo señas a Ryan para que subiera.

Y todos al unísono decían:

—Que se besen, que se besen.

Los niños estaban muy emocionados y fueron los que empezaron a animar a la pareja a darse un beso inolvidable.

El primero de muchos besos que les recordaría el amor que nació entre ellos y que les cambió la vida para siempre.

Él se acercó y Courtney temblaba como una adolescente.

La emoción la tenía dominada.

—¡Que se besen! —Connor se sumó a la ovación.

Se acercaron y juntaron sus frentes.

Ojos cerrados, respiraron profundos, sincronizados.

Reconociéndose el uno al otro y agradeciendo por esa oportunidad.

Ryan la rodeó con sus brazos y ella dejó los suyos alrededor del cuello de él.

Courtney aprovechó la algarabía para hablarle solo a él.

—Nunca pensé que podría extrañar tanto a una persona —le dedicó una mirada tierna y dulce que lo derritió—. Estoy dispuesta a ser feliz a tu lado, Ryan. Y también yo quiero hacerte inmensamente feliz.

Y rozó sus labios con los de él, encendiendo las chispas que un día los unió y que nunca más volverían a apagarse.

Fin.

Nota de la autora:

Esta historia navideña no habría ocurrido sin la solicitud de uno de mis lectores.

La idea original constaba crear la historia de Courtney porque se dejó ver como un gran personaje en otra de mis novelas: Estamos Reconectados Reenamorados.

Y acepté el reto sumándole a Ryan, un personaje que aparece en Pide un deseo y que, desde su debut, ya sabía que necesitaba un espacio propio.

La dejé para fin de año porque quería que estuviese ambientada en mi ciudad favorita: Nueva York y mi época favorita del año: La Navidad.

Ya ves, aquí hay un cruce de personajes que puedes leer en otras de mis novelas, cosa que te invito a hacer, por supuesto :)

¡Feliz Navidad y un Próspero Año Nuevo!

Besos.
Stefania.

P.D: Ahora te invito a leer las primeras páginas de Estamos Reconectados Reenamorados, la historia de Emerick y Davina.

Estamos
Re-Conectados
Re-Enamorados
Primeras páginas

Prólogo

—Davina, por fin te encuentro —Blake encontró a su hermana apartada del grupo en el que llegaron a Yellowstone y que ya estaban recibiendo instrucciones por parte de los guías del campamento—. ¿Por qué no me esperaste al bajar del autobús?

—Te vi conversando con una chica y no quería ver cómo es que empleas tu arte seductor.

—Me ofende si crees que hago con ellas lo que hizo el imbécil de Bobby contigo.

Ella levantó los hombros restando importancia.

—Da igual, Blake. Eres un chico y eso es lo que hacen los chicos.

—¿Es en serio? ¿Me crees capaz de hacerle eso a una chica?

Ella lo vio con la clara expresión de no-me-digas-que-no.

Él no pudo seguir fingiendo. Nunca podía hacerlo frente a su hermana.

—Vale, admito que lo hice antes, sin embargo, no podría hacerlo de nuevo, Davina. No después de ver todo lo que sufriste.

Ella le sonrió con ternura.

—Eso, sí te lo creo.

Él la abrazó y ella respondió al abrazo.

—Acabo de conocer a una chica que me flechó —le comentó a su hermana con ilusión en la mirada. Davina sintió curiosidad por ver cómo era la chica porque aquella expresión, nunca antes la notó en los ojos de Blake.

—Tiene un hermano. Podríamos salir los cuatro.

—Es mi turno de preguntar: ¿Es en serio?

—¿Por qué no? No puedes quedarte toda la vida pensando en que Bobby lastimó tus sentimientos. Además, yo ya le di su merecido y tú tienes que salir con otros chicos, sin hacer ninguna estupidez —aclaró con seriedad—. Creo que el hermano de Alex es novato con las chicas. Se reconocer un novato cuando lo veo.

Davina soltó una carcajada. Se dirigían a su cabaña.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó ella con clara diversión.

—Se nota D, se nota.

—Si tú lo dices.

—Te lo aseguro, estarás más que segura con él.

—¿Tú eres Davina?

—¿Y tú eres...?

—Emerick —Le tendió la mano con educación—, el hermano de Alex. Ella y tu hermano dijeron que estarían por aquí. No los consigo. ¿Sabrás en dónde estarán?

—Escondidos, besándose en algún lado.

Emerick frunció el entrecejo y Davina entendió que su comentario no le pareció gracioso.

—No lo digo por mal, Emerick. Es solo que se gustan y eso es lo que hacen los chicos a nuestra edad cuando se gustan.

—Sí, supongo —Davina lo analizó. De pronto le pareció que Blake tenía algo de razón. Ese chico no le parecía igual al resto de los que ella conocía de la escuela.

—¿En cuál cabaña están? —preguntó ella.

—98 ¿Y ustedes?

—115.

—¿Qué haces aquí tan sola?

—No quiero que ningún chico se me acerque.

Él abrió los ojos con sorpresa.

—Ok. Me voy entonces.

Se dio la vuelta y después de dar unos pasos, la chica lo llamó.

—¿Emerick? ¿Puedo llamarte Em? Es más cómodo.

Se dio la vuelta para verla a la cara.

—Sí, supongo.

—Lo siento, no quería ser mal educada contigo. Es que no estoy en un buen momento y la verdad no tengo ánimos de que se me acerquen chicos tontos que lo único que buscan son besos y poner las manos en ciertos lugares de mi cuerpo.

—Ok —Emerick levantó ambas manos—. Prometo tener las manos siempre a la vista y la boca alejada de la tuya.

La chica soltó una carcajada sincera y enérgica que deslumbró a Emerick.

La detalló y vio que se le hacían un par de hoyuelos en las mejillas cuando sonreía. Tenía un rostro dulce y sí, unos labios que provocaban.

Se sacudió los pensamientos que de repente le asaltaron. Le dijo que se mantendría alejado, y lo haría.

Ella tenía una cámara fotográfica colgada al cuello.

—¿Te gusta la fotografía?

—Me encanta.

Emerick se sentó junto a ella en el tronco que estaba más alejado de la fogata.

—Tienen un cuarto de relevado aquí, ¿lo sabías?

Ella lo vio con alegría.

Esos ojos almendrados y expresivos le gustaban.

—Sí, lo descubrí ayer y fue fantástico porque convencí a los guías de dejarme ocuparme del cuarto.

—Qué bien. Esta mañana, Alex y yo, junto a otro grupo, caminamos por un sendero con unas vistas impresionantes. Podría enseñártelo mañana que tendremos tiempo libre.

—Me encantaría —ella lo vio directo a los ojos.

—Prometo mantenerme alejado —bromeó una vez más. Aunque no estaba muy seguro de que pudiera mantenerse tan alejado porque la chica le atraía.

—Creo que llegaremos a ser buenos amigos, Em.

—Yo también lo creo —le dijo el sonriendo.

Quedaron de encontrarse al día siguiente, después de las labores de aseo y orden que tenían asignado cada uno en el campamento.

Davina tenía que encontrar la forma de deshacerse de la responsabilidad que tanto odiaba porque arruinaba su manicura y además, restaba un tiempo valiosísimo en tomar fotos a la naturaleza que la rodeaba. Por el momento no tenía otra opción; esperaría una semana más y le diría a su hermano que le daría dinero a cambio de que él asumiera sus labores domésticas mientras ella aprovechaba el tiempo en escabullirse y hacer fotos.

Llegó al sendero a la hora acordada entre ella y Emerick, el chico la esperaba allí con una mochila.

Ella solo llevaba la cámara y se preguntó si ha debido ser más precavida, ni siquiera tenía una botella de agua.

—Buenos días —ella lo vio con duda—. ¿Debo regresar por una botella de agua y comida? —Señaló la mochila de él y agregó—: No sabía que iríamos tan lejos.

—Buenos días —Emerick le sonrió y Davina sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo—. No es necesario, llevo cosas para los dos. El sitio no está lejos y estoy seguro que querrás quedarte un buen rato y —hizo una mueca de descontento— según mi madre, yo sufro del síndrome del hoyo negro en mi barriga porque siempre tengo hambre.

Ella rio a carcajadas.

—Dile a tu madre que no ha conocido a mi hermano. Es como un maldito oso cuando está en período previo a hibernar.

—Por cierto, ¿sabes a dónde iban ellos? Son muy escurridizos.

«Es Blake Olson» pensó Davina sonriendo con ironía.

—Ni idea. Te aseguro que mi hermano no lastimará a tu hermana —Se pusieron en marcha—. Después de mi episodio con Bobby, prometió ser diferente con las chicas. Así que puedes dejar de preocuparte.

—¿Y quién es Bobby? —preguntó con cautela y notó como la chica se tensó por completo. El chico se dio cuenta de que el tal «Bobby» no era una persona grata en la vida de Davina—. Es hermosa esta parte del bosque, ¿no? —cambió la conversación drásticamente.

Davina lo vio de reojo y se relajó.

—Sí —le respondió levantando la cámara y capturando una foto del chico.

—No soy el mejor modelo.

—A mí me parece que estás bien.

—Gracias —él la vio animado. Le gustaba a la chica y eso le inyectó una carga de emociones desconocidas.

Emerick no era el clásico chico que va enamorando a todas las jovencitas guapas del colegio y deja suspirando a las que creen que jamás podrían conseguir la atención de un chico como él. No. Era más bien de los tímidos; de los que los nervios le traicionaban cuando estaban ante una chica que le gustaba y eso no jugaba a su favor en las pocas citas tenidas hasta ese día.

Siempre que su grupo de amigos salían de «cacería» él inventaba cualquier excusa para quedarse muy alejado de ellos y no revelar que era un completo inexperto en cuanto a chicas se trataba. Que ni siquiera sabía cómo hablarles cuando debía conquistarlas y, mucho menos, llevarlas a la cama. Poco consiguió en su último encuentro con el sexo opuesto en la fiesta que su

amigo Oliver organizó en su casa un fin de semana que sus padres no estaban.

Una chica se echó en sus brazos, lo besó y él no tuvo otra opción que seguirle la corriente; aunque el interior de la boca de la ella era todo lo contrario a lo que se imaginó antes sobre cómo debía sentirse un beso. Seco, rugoso y con un sabor ácido a nicótica y alcohol. Algo que le revolvió las tripas al instante y que tuvo que aguantar para disimular ante sus amigos para que lo dejaran en paz de una maldita vez.

Cuando pensó que todo había terminado, la chica lo arrastró a una de las habitaciones de la vivienda y cerró la puerta con llave una vez estuvieron dentro.

Ella empezó a desvestirse mientras luchaba por mantener el equilibrio.

En cuanto el vestido de ella cayó al suelo y el pecho quedó al descubierto, Emerick pensó que algo mal había en él porque ni siquiera sintió atracción ante aquella visión, mucho menos sentirse excitado como comentaban sentirse sus amigos cuando tenían una ocasión como la que él tenía entre manos en ese momento.

Ella se sentó a horcajadas sobre él y empezó a besarlo de nuevo. Esta vez nadie los veía y Emerick logró zafarse de ella antes de perder el control sobre las náuseas que le provocaba y vomitarle encima. Se excusó diciendo que necesitaba ir al baño y, para su suerte, al salir del aseo, la chica roncaba como el más tosco de los camioneros.

No hubo necesidad de explicar nada al salir porque para sus amigos, parecía quedar claro que Em disfrutó de un buen revolcón con la chica. Eso lo tranquilizó y rezó para que al día siguiente, nadie se lo mencionara a ella y así no tener que volver a cruzarse en su camino de nuevo.

—Bobby es un imbécil del que mi hermano aprendió que, a las chicas, les duele mucho cuando juegas con sus sentimientos.

Davina lo sacó de sus recuerdos.

Él asintió. Aquel «Bobby» se tenía bien merecido lo que quiera que Blake le haya hecho para defender a Davina.

Frunció el entrecejo y sintió como si un yunque le cayera en el fondo del estómago.

¿Por qué se sentía así?

Davina cogió la cámara y sacó otro par de fotos del ambiente que los rodeaba.

Era hermosa, no quedaba duda de eso.

¿Le gustaba Davina?

Tropezó con la raíz de un árbol y por poco se estampó en el suelo.

Davina no pudo evitar reír a carcajadas y él la imitó hasta que de los ojos le brotaron lágrimas.

Ella lo vio fijamente mientras él no podía parar de reír.

Sus piernas se volvieron gelatina y los nervios la atacaron. Aquellas carcajadas parecían melodía pura para sus oídos. Ella dejó de reír y se sumergió en la visión que tenía ante sí porque no quería perder ni un detalle.

Unos segundos después, se preguntó por qué diablos aún no tomaba ni una foto del chico riendo así.

Fue muy tarde cuando tomó la decisión y enfocó la cámara.

Emerick empezó a calmarse y secarse las lágrimas de los ojos.

La vio embelesada ante él.

—¿Te ocurre algo?

Ella negó con la cabeza y Emerick no pudo evitar acercarse a ella.

Levantó la mano porque de pronto sintió la necesidad de acariciarle el rostro mientras ella seguía con la mirada clavada en la suya.

Los nervios hacían desastres en la coordinación de Emerick y pensó que sería mejor no hacer ninguna tontería.

—¿Seguimos? Ya falta poco.

Se dio la vuelta y continuó el camino dejando a Davina tras él observando cómo se alejaba y cómo crecía en su interior la curiosidad por saber por qué no aprovechó el momento para acariciarla o besarla.

¿En qué estaba pensando si ella misma no deseaba que nada de eso ocurriera?

Negó con la cabeza para sacudirse lo raros pensamientos que parecían no tener ninguna intención de esfumarse.

Unos minutos después, el bosque le dio paso a un lugar que no supo cómo describirlo de lo perfecto que era. Davina pensó que debía ser como estar en el cielo con el mundo a tus pies.

Una semana después, aquel lugar se convirtió en el sitio favorito de ambos. Davina se sentía tan a gusto estando allí; al borde de la montaña, con una vista magnífica del lugar en la que las ondas de las montañas y el río corriendo entre ellas le recordaban que la vida era maravillosa y la naturaleza era vida.

Alegría.

A su corta edad no necesitaba que nadie le dijera lo afortunada que era por poder tener la oportunidad de apreciar esos momentos que la naturaleza le regalaba y más afortunada aún de poder inmortalizarlos con su cámara. Solicitó más rollos fotográficos a los guías porque los suyos se acabaron en un abrir y cerrar de ojos y tenía a todo el campamento extasiado con sus fotos.

Pasaba más tiempo dentro del cuarto de revelado —o de excursiones improvisadas y no autorizadas— que en el propio campamento. Logró encontrar la manera de pagarle a Blake a cambio de que él hiciera también las obligaciones domésticas que le correspondían a ella; y Emerick también se ofreció a ayudarla de vez en cuando.

Emerick.

Ese chico la hacía sentir tan diferente que le parecía irreal todo lo que vivía con él.

Era divertido, cariñoso y muy tímido.

Recordó las palabras de su hermano cuando le dijo que estaba seguro de que Em era inexperto con las chicas. Davina pudo confirmarlo.

El día anterior había sido el día libre de la semana y decidieron ir de *picnic* a su lugar favorito.

Se encontraban dentro de los límites permitidos por los guías del campamento, podían permanecer allí el tiempo que quisieran.

Se entretuvieron, como tantos otros días, conversando de muchas cosas. Y eso era algo que le atraía muchísimo de Emerick, la capacidad que tenía para escucharla y compartir sus gustos.

No le molestaba hablar con ella durante horas; y lo que era más importante, lo hacía sin pedir a cambio un beso o algo más.

Hablaban de gustos musicales, de arte, de lectura. Cosas que para ambos eran importantes. El amor hacia la fotografía de Davina y lo mucho que le gustaba a Emerick perderse entre las noticias de la prensa.

Alguna que otra vez, hablaron de sus familias.

Emerick tocó poco el tema tras explicar que sus padres estaban en proceso de divorcio y que, de seguro, cuando volvieran a casa, muchas cosas cambiarían. Davina entendía sus pocas ganas de hablar al respecto. Apreciaba en sus ojos cuánto le dolía la separación. Sobre todo cuando le comentó que lo que más le afectaba era el sufrimiento de su hermana por la forma en la que su padre los defraudó a todos, en especial a ella que era la niña de sus ojos.

—Yo soy el hijo del medio —sonrió—. Ya sabes, tengo la atención y el

amor de ambos padres, sin ser el preferido de ninguno de ellos.

Davina sonrió.

—¡Bah! ¡Qué tonterías dices! Mis padres nos amarían a todos por igual. Seguro que los tuyos hacen lo mismo.

—Claro, sin embargo, no pueden tener dos hijos favoritos. ¿Quién es el favorito de tu madre?

Ella se quedó pensativa.

—Pues no lo había pensado antes. La verdad es que mi madre ríe como una tonta cuando mi hermano la besa o la ve a los ojos.

—¿Y contigo cómo es?

Ella levantó los hombros.

—Igual, pero no con ese brillo que se le forma en la mirada.

Emerick asintió.

—¿Y tu padre?

Ella rio con vergüenza.

—Hago con él lo que quiera —Ambos soltaron una carcajada y Davina tuvo la rapidez de inmortalizar a Emerick con el rostro hacia el cielo riendo en plenitud. ¡Cómo le gustaba esa forma de reír en él!

—Me gusta tú sonrisa.

Él de pronto parecía haber visto a un fantasma.

Ella entendió que él no se esperaba esa reacción por su parte y la chica ya no podía — ni quería— seguir disimulando lo mucho que le gustaba Emerick. Hizo sus mejores esfuerzos por no involucrarse con él. Al parecer, estaba más involucrada de lo que ella misma creía.

—No te asustes, Em. Es solo un cumplido.

Emerick sonrió con vergüenza desviando su mirada.

El silencio se apoderó de ellos y Davina empezó a sentirse incomoda.

—¿Te parece bien si regresamos? —sugirió él con la vergüenza aún reflejada en el rostro. Ella solo asintió.

Se levantaron, recogieron todo y antes de ponerse en marcha ella le dijo:

—Escucha, Em —estaban frente a frente—, no quería hacerte sentir incómodo. Lo siento.

Los ojos de él se clavaron en los de ella y se acercó más.

Davina desvió la mirada, colocándose un mechón de cabello detrás de la oreja y ruborizándose por completo. Emerick en ese momento desconocía que ese era el gesto que delataba los nervios de Davina. Lo aprendería con el pasar de los días.

Una vez estuvo frente a ella, a escasos centímetros de distancia, dejó que sus manos acariciaran los brazos de la chica hasta llegar a sus manos, en donde dejó que los dedos de Davina se entrelazaran con los de él.

Davina notó el ligero temblor en sus manos, estaba nervioso.

Le pareció lo más tierno del mundo. Nunca había conocido la inocencia en un chico y tampoco escuchó a sus amigas hablar de esa inocencia masculina. Se sintió dichosa de compartir ese momento tan delicado con él.

El instinto de ambos los obligó a pegar sus cuerpos y cuando estuvieron a escasos milímetros el uno del otro, Emerick rozó sus labios con los de ella.

Davina no tenía palabras para describir la sensación que aquel roce le causó en el cuerpo. Era totalmente desconocida para ella.

Conocía lo que era sentirse excitada pero aquello rayaba en lo absurdo. La piel se le puso de gallina y su centro se contrajo de deseo.

Emerick siguió aplicando el roce un par de segundos más y luego entreabrió los labios.

Ella imitó sus movimientos y le dio paso a su boca.

Emerick apretó sus manos con mayor fuerza y le dio un beso que no olvidaría jamás.

Emerick apretaba con fuerza las manos de Davina. Cuando rozó los labios de la chica, no pudo evitar recordar aquel primer beso en su vida con la joven de la fiesta.

Rozó de nuevo los labios de Davina y cuando el aliento salió de su boca, Emerick sintió la calidez que le llegaba a las entrañas y lo encendía como debían encenderse los volcanes.

Otro roce y sintió su miembro palpitar.

¿Cómo Davina podía despertar esas emociones en él sin siquiera sacarse la ropa?

Esa curiosidad despertó sus más recónditos deseos y como si de algo básico se tratase, supo cómo debía actuar a continuación.

Entreabrió los labios y acarició los de Davina con su lengua.

Los nervios lo estaban matando.

¿Y si no le gustaba el beso de nuevo?

Davina abrió su boca y dejó que su lengua se enfrentara a la de él.

¡Por Dios Santo!

¿Cómo se podía sentir tanto con tan solo un beso?

Se le escapó un sonido gutural al mismo tiempo que su pene palpitada de nuevo.

Se aferró más a Davina y la besó con ímpetu y desespero. Decidió dejar sus manos aferradas a las de ella a pesar de que quería dejarlas salir a explorar.

Consideró que debía ser ella quien decidiera si quería dar el siguiente paso, aunque él se moría de los nervios al pensar que podían llegar a tener relaciones sexuales y que era un completo inexperto en el tema.

El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que se le escaparía por la boca.

Quería besarla hasta el cansancio y seguir deleitándose con el interior de su boca que era perfecta.

Ella cortó el momento con delicados besos sobre sus labios y luego buscó refugio en su pecho al tiempo que él la rodeó en un fuerte abrazo.

—Es el mejor beso que me han dado en mi vida.

—Para mí, es el primero —Emerick no quería esconderle nada y dudaba que ella pudiera burlarse de su inexperiencia.

La sintió sonreír.

—Lo sé y eres lo más dulce que he conocido, Em.

Él la apretó con más fuerza.

—No nos apresuremos. Nos quedan muchos días por delante —dijo ella en un susurro.

—No me opongo —aunque Emerick quería experimentar porque sus instintos básicos así se lo exigían, sabía que ella tenía razón.

—Volvamos al campamento.

Caminaron de regreso tomados de la mano, viéndose a los ojos con la complicidad marcada en ellos.

Las cosas entre Emerick y Davina estaban tornándose cada vez más acaloradas. Menos controlables y parecía que ninguno de los dos se sentía incómodo con eso.

Los besos apasionados daban paso a los roces bajo las camisetas.

Las manos de Emerick parecían conocer a plenitud el pecho de Davina.

Cuando acariciaba sus senos se sentía en la gloria. Ella le guiaba con

gemidos el camino que debía seguir, el que le gustaba a la chica y en el que cada vez se sentía más cerca de perder la cordura.

Davina enloquecía con las caricias de Emerick y decidió pasar a la acción muchas veces; pero por una razón u otra, siempre eran interrumpidos.

La primera vez, un guía los tomó por sorpresa en el cuarto de revelado.

Ella estaba entre los brazos de él, las manos de Emerick estaban masajeando sus senos con pasión y de pronto tocaron a la puerta. Emerick encontró un buen escondite y el guía no sospechó lo que allí estuvo ocurriendo.

La segunda vez estaban en su lugar favorito, cuando el beso que se estaban dando tomó mayor intensidad, escucharon voces y dejaron el asunto para otra ocasión porque les tocaba recibir compañía.

Casualmente, ese día, Alex y Blake se toparon con ellos y decidieron pasarse el día allí.

No fue tan malo ese encuentro. Fue la oportunidad perfecta para tomar fotos del cuarteto que formaron. Tendría unos buenos recuerdos de aquel día.

Y así pasaron otras tantas interrupciones entre ellos llevándoles siempre a postergar el encuentro íntimo que tanto anhelaban; y a medida que se acercaba el día de regresar a casa, los paseos y las actividades en grupo organizados por el campamento se intensificaron dejándoles con poco tiempo libre para explorarse más a fondo.

Aquel día tendrían que concluir con lo que empezaron porque era el último día en el campamento y Davina no quería irse a casa con el recuerdo de un beso. Quería más. Quería permanecer en los recuerdos de Emerick y que él se quedara en los de ella para siempre.

No estaba segura de que pudieran mantener contacto cuando regresaran a sus vidas, de hecho, era mejor si no lo hacían porque prefería pasar un mal rato por la separación de la que eran conscientes por el fin del campamento, y no llegar a odiar a Emerick porque la distancia entre ellos ganara terreno llevándoles a conocer y experimentar con otras personas.

No.

De ninguna manera podía hacer eso porque sabía por experiencia propia lo que se sufría.

Salió del baño y vio a Blake colocándose perfume.

—Va a ser especial esta noche ¿eh? —bromeó con él.

Blake se sonrojó. Jamás había visto a su hermano con esa actitud por una chica.

—Eso es si encuentro la forma de que podamos escabullirnos lejos de los guías porque después de lo del oso, nos van a tener más que vigilados.

Ella asintió.

Ese día fue el más aterrador de su vida.

Los guías les otorgaron el día libre de actividades y les permitieron hacer lo que quisieran en grupos para que compartieran el último día de campamento.

Decidieron hacer un recorrido que ya conocían y se llevaron una buena sorpresa al llegar a un claro de la montaña y encontrarse a un oseño que estaba a punto de ser atacado por dos lobos.

Para el momento en el que todo ocurrió, ellos se encontraban detrás de una roca que les sirvió de apoyo, en especial a Davina cuando asomó la cabeza y capturó imágenes únicas con su cámara. En medio de la sesión de fotos, apareció la enfurecida madre del oseño y defendió a su hijo como toda una fiera; mientras su madre estaba muy ocupada, el pequeño travieso se vio atraído por el reflejo del lente de la cámara de Davina y corrió hacia ellos.

Corrieron para salvarse de un ataque pero pronto Blake frenó en seco porque se percató de que Alex no los seguía. Un rugido de la osa los espantó aún más y Blake regresó a toda velocidad a buscar a Alex.

«Busquen ayuda, corran.» Fue lo que alcanzó a decirles mientras corría para salvarla.

Davina y Emerick no se hicieron de rogar y corrieron hasta llegar al campamento sin aire. Alertaron y los guías que se pusieron en marcha para buscar a los chicos.

Emerick no paraba de temblar y Davina solo rezaba para que no les ocurriera nada malo.

El alma les regresó al cuerpo cuando los vieron volver sanos y salvos al campamento.

No por ello se salvaron de un buen regaño por no haber tenido la precaución de salir con el *kit* anti osos que se les asignó.

Por fortuna no pasó de un buen regaño y de seguro, esa sería la historia de la noche para cerrar con broche de oro los treinta días pasados en el campamento.

Harían una gran fogata, cantarían canciones y contarían historias a modo de despedida.

Suspiró.

—¿Blake?

Su hermano la vio a los ojos.

—¿Me dejas la cabaña esta noche?

Blake no pudo evitar fruncir el entrecejo. No le hacía ninguna gracia imaginarse por qué su «hermanita» quería la cabaña para ella esa noche.

—No me va a importar romperle la cara si te lastima. Me da igual si es el hermano de Alex. ¿Entiendes?

—No lo hará Blake. Emerick es muy diferente a los demás.

—¿Estás enamorada?

—¿Tú no lo estás de Alex?

Blake le sonrió con ternura. Su hermano estaba perdido por Alex.

Se abrazaron y salieron a vivir la última noche de un verano que sería inolvidable para todos.

Después de la cena oficial del campamento, se reunieron junto a la gran fogata y tal como Davina lo imaginó, el encuentro con el oso fue el tema principal de la noche.

No le molestaba ser el centro de atención, pero esa noche en particular, quería que la gente se agotara pronto y los dejaran tranquilos para poder escabullirse.

Cuando Davina encontró la oportunidad, tomó la mano a Emerick y le susurró en el oído.

—Te veo en diez minutos en mi cabaña.

Emerick asintió con vergüenza y Davina le dio un beso dulce en la mejilla.

El corazón de Emerick se aceleró.

¿Y si le pedía algún consejo a Blake?

«¿Eres idiota? Es el hermano. Tú le quitarías la cabeza si te preguntara algo así sabiendo que es tu hermana la que acabará acostada con él.» Aunque a esas alturas, sabía que entre ellos ocurrió mucho más que un simple beso.

Alex y Blake parecían conocerse de toda la vida. Y ella se veía muy diferente desde hacía unos días.

Suspiró.

¿Ya habrían pasado diez minutos?

¡Al diablo! Iría de una maldita vez y se comportaría como un hombre.

Caminó en dirección a la cabaña teniendo que hacer una parada

obligatoria para buscar un escondite seguro ya que uno de los guías estaba supervisando la zona.

Cuando lo perdió de vista, siguió su camino.

Toc. Toc.

Llamó a la puerta con los nudillos.

Las manos le temblaban y de pronto sentía que hacía un frío insoportable.

¿Sería el clima o sus nervios?

Suspiró de nuevo para calmarse justo cuando Davina le abrió la puerta y le sonrió de lado sonrojándose.

Era maravillosa.

Entró y cerró la puerta tras de sí.

Davina se aseguró de poner el cerrojo.

Después se acercó a Emerick y con la mirada clavada en la de él, pasó los brazos alrededor de su cuello y le dio un beso delicado en la boca.

Emerick la apretó contra sí por la cintura e intensificó aquel beso dejando que su lengua acariciara con delicadeza los labios de ella.

Era tan dulce, tan única.

—Los dos estamos temblando, Em.

Él rio con nervios.

—Davina, nunca antes he estado con una chica —se sintió tonto al afirmarlo en voz alta. Además, ella lo sabía. No hacía falta aclararlo.

Ella le sonrió con tal ternura que Emerick sintió un vuelco en el corazón.

¿La quería?

¿Era eso lo que llamaban amor?

Se aferró a ella y le plantó un beso profundo e intenso y de repente, una extraña valentía se apoderó de él.

Acarició la espalda de ella con cariño. Hundió las manos en su cabello mientras seguía comiéndole la boca con desespero.

¿Qué debía seguir?

Recordó sus senos.

¡Oh sí, esos senos!

Entonces le sacó la camiseta y con ansiedad, le quitó el sujetador.

¡Dios santo! Esa escena sí que lo iba a enloquecer.

Ahora entendía lo que era excitarse viendo un pecho hermoso, voluptuoso, firme, con los pezones dispuestos para él.

Ella se sonrojó mientras él la admiraba.

La tomó del cuello y se acercó a su oído.

—Eres perfecta, Davina.

Besó su cuello siendo sutil aunque su instinto le insistía en ser salvaje. No quería eso para Davina.

Ella le ayudó a quitarse la camiseta y luego se pegó por completo a él para besarlo.

La piel tersa y cálida de su pecho, hizo estremecer a Emerick y su pene pidió a gritos que lo dejara salir.

¿Era el momento?

Después, ella lo invitó a sentarse en la cama y se volvió a acercarse a él dejando a disposición de su boca sus pezones endurecidos y deseosos de contacto.

Emerick no soportaba esa visión. Tomó ambos senos, uno en cada mano, y los masajeó con intensidad. Ella arqueaba su espalda indicándole que quería más.

Entonces ocurrió y Emerick tomó posesión de uno de los pezones para torturarlo con su lengua.

Se sintió primitivo, básico.

Succionó con fuerza y Davina se aferró a su cabello.

Ella se quitó el pantalón corto que llevaba y se despojó de su ropa interior.

Emerick sentía que iba a perder el conocimiento.

—¿Cómo puedes ser tan hermosa?

Se puso de pie y la tomó del cuello una vez más.

La besó hasta el cansancio.

Y luego él imitó sus acciones previas quitándose los pantalones y calzoncillos.

Ella rodeó con su mano la erección de él que saltaba a la vista.

Para Davina ese momento estaba siendo tan especial que sentía que por primera vez estaba haciendo el amor.

No tenía nada que ver con la noche que pasó junto a Bobby.

Emerick era tan dulce, tan maravilloso con ella.

No se podía imaginar que un chico pudiera llegar a ser tan especial.

Lo acarició por un rato mientras lo invitaba a acostarse en la cama. Allí, uno junto al otro, empezaron con la ola de caricias que los llevaría a la primera descarga de placer.

Ella sabía cómo debía tocarlo, se lo enseñó Bobby y Davina no tenía ninguna queja de cómo se desempeñaba Emerick con ella porque parecía

conocer su cuerpo a plenitud.

Cuando se saciaron de placer con las caricias, Davina quiso pasar al siguiente nivel.

Lo vio a los ojos y lo besó.

Emerick sentía estar en el cielo. Las caricias de la chica fueron una experiencia asombrosa. Quería más de eso. Más de ella.

Le encantó y lo excitó más el ver cómo ella respondía a sus caricias y lo guiaba sutilmente para darle más confianza.

Era la maestra perfecta.

Su pene se hizo sentir de nuevo y pensó en que debía ir más allá.

La volvió a tocar entre los muslos y la chica gimió.

Levantó las caderas para frotarse contra su mano. Su mirada le pedía más.

Se paró y buscó un preservativo que siempre llevaba consigo desde que salía con sus amigos, por si alguna vez surgía una ocasión como esa.

Sonrió.

Una ocasión como esa no surgiría más nunca a menos de que la repitiera con la misma persona.

En ese instante sintió una punzada en el pecho.

¿Nostalgia?

¿La iba a extrañar?

Agradeció poner atención a la clase de prevención de embarazos y enfermedades venéreas; y de haber practicado la colocación de un preservativo porque se hubiese muerto de la vergüenza si ella también hubiese tenido que enseñarle eso.

Volvió junto a ella y la acarició entera.

Después, ella se movió para quedar ubicada en el centro de la cama, acomodó una almohada debajo de su cabeza dejando su cabello esparcido a su alrededor.

Se vieron a los ojos y él le acarició el rostro.

Era la mejor visión que contempló en su vida y se la llevaría impresa en su memoria.

La guardaría con él para siempre.

Ella se abrió para él.

Davina estaba lista, quería saber por completo lo que significaba hacer el amor porque tenía el presentimiento de que nunca más volvería a experimentarlo a menos de que fuera con la misma persona.

También ella sintió una punzada en el pecho.

Seguro que lo extrañaría a morir.

Él se colocó en el sitio exacto y solo se dejó atraer por el imán que ella representaba.

La penetró con delicadeza, sintiéndola entera.

Sus movimientos se volvieron naturales, instintivos, intensos; llevándolos al clímax en segundos.

Emerick la vio a los ojos.

—Es el mejor momento de mi vida.

Ella le sonrió.

—Y el mío.

—¿Crees que vamos a extrañarnos?

Ella asintió.

—¿Nos escribiremos?

Ella negó con la cabeza.

—Será mejor que disfrutemos esta noche al máximo para jamás olvidar este viaje y que el resto, se lo dejemos al destino. Nos haremos más daño si dejamos de escribirnos luego. Si nos corresponde estar juntos, volveremos a encontrarnos en el futuro.

Él entendió el punto y estuvo de acuerdo.

Le dio un beso delicado en los labios.

Ella contrajo el interior de su vientre y Emerick sintió que se excitaba de nuevo.

Retomaron las acciones para volver a saciarse.

Era la última noche y lo que ocurriera luego sería incierto, porque así lo estaban decidiendo.

I

Emerick tocó un par de veces la puerta de cristal de la oficina de su jefa. Courtney le hizo señas con la mano para que entrase.

—Joy me dijo que necesitas hablar conmigo.

—Me gustaría saltarme la charla y pasar a cosas más divertidas contigo —La mujer levantó la mirada del papel que firmaba en ese momento y la clavó en la de Emerick, que le sonrió con sorna—. Primero las responsabilidades.

El hombre bufó divertido.

—No esperaba otra cosa. ¿Qué ocurre?

—Celestine —anunció Courtney—. Fue ingresada en la madrugada porque su primogénito nació de forma prematura.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, su marido acaba de llamar. Lo normal para un parto de siete meses.

—Hablas como si fueras una experta en partos —Emerick sabía, de sobra, que su jefa y «amiga ocasional» no deseaba tener hijos.

—Que no se te olvide que tengo cinco hermanos y diez sobrinos. Cuatro de ellos han sido prematuros y hoy en día son más grandes, robustos y yo diría que hasta más inteligentes que los demás.

La ironía directa de Courtney era lo que más le atraía a Emerick.

Sonrió y se relajó en la silla en la que se encontraba sentado.

—Supongo que no tienes quien la cubra y quieres que te ayude en eso.

Emerick podía entender el problema que se le venía encima a Courtney Moore, la jefa de redacción de *New Women Magazine* una de las revistas para mujeres más reconocidas del país.

Celestine era una de las piezas más importantes de aquel engranaje y la que hacía posible la fidelidad absoluta en las lectoras ya que era la redactora y a su vez, la jefa de sección de «Cartas a Celestine» una sección que empezó como un concurso y se convirtió en lo más leído del país gracias a los consejos que la chica se encargaba de darle a las lectoras. En su mayoría, los

consejos eran sobre el amor y las relaciones de pareja.

El problema era más que evidente, porque sin importar lo imprevisto del parto de la chica, su sección era difícil de dejar programada para el tiempo de post parto que la empresa debía otorgarle.

—Desde que Celestine supo que estaba en estado, empezamos a buscar a alguien que le hiciera la suplencia pero no logramos dar con nadie —Courtney lo vio a los ojos divertida y él respondió con una sonrisa—. No entiendo por qué te estoy diciendo algo que ya sabes.

—Porque mi presencia te pone nerviosa y hace que repitas las cosas.

La mujer volvió los ojos al cielo.

—Eres un Don Juan. Si no fueras mi compañero de trabajo, me casaba contigo.

Él soltó una carcajada.

—Courtney, déjate de tonterías que tú no te vas a casar con otra cosa que no sea tu trabajo y yo solo quiero terminar con mis deberes temprano. Tengo una cita esta noche y quiero ser puntual.

Ella lo vio con duda.

—¿Una mujer?

—No. Tenemos que buscarle una enfermera nueva a mi padre que se niega a tener una.

—¿No me dijiste que la última parecía ser de su agrado?

—Eso parecía. Ayer decidió echarla porque la mujer se aburría escuchándole hablar de sus amores por la arquitectura.

Esta vez fue Courtney quien soltó la carcajada.

—Ese padre tuyo se las trae.

—Ni que lo digas —Emerick la vio directo a los ojos y usó esa seriedad que sabía que le encantaba a ella—. No entiendo cómo es que eres mi jefa si eres más dispersa que un niño de cinco años. Hemos hablado de todo menos de lo que necesitas decirme.

Ella negó con la cabeza.

—Esa sinceridad mortal tuya es tan sexy, Em.

—Concéntrate, Courtney —le guiñó un ojo—. ¿Para qué me llamaste?

—Necesito que me ayudes a encontrar a la sustituta de Celestine en menos de 24 horas. El próximo número tiene que salir para Acción de Gracias, solo falta una semana para eso y no tengo suficiente personal.

—¿Y, según tú, soy David Copperfield?

Ambos rieron.

—No. Quizá conoces a alguien que pueda ayudarnos durante unos días, mientras encontramos a alguien fijo por más de seis meses. Jamás pensé que me costaría tanto trabajo encontrar a alguien competente para este puesto.

—Mis conocidos no son muchos, Courtney. De trabajo, me relacionó con los mismos que tú conoces; y por fuera, quedaría mi hermana, que a menos de que la invites a hablar de sus animales, no nos va a servir. Y ya, no tengo más conocidos, ni amigos.

Ella ladeó la cabeza y le sonrió con ternura.

—No puedo creerme eso. ¿Amigas, quizá?

Esta vez él se enserió por completo y Courtney supo que había cruzado la línea.

—Lo siento —se disculpó y el asintió con el ceño fruncido.

Cuando Courtney y él empezaron ese juego erótico ocasional fuera de la oficina, acordaron que no iban a inmiscuirse en la vida sentimental de ninguno y que, aquellos encuentros, poco tendrían relación en el futuro con el amor porque no era interés de ninguno. Courtney amaba demasiado su trabajo para poder sentir amor hacia un ser humano y Emerick, bueno, su amor no estaba disponible para cualquiera.

—Em, necesito que me ayudes con esto. Esta semana se han marchado tres jefes de sección porque no soportaron la presión y ahora Celestine — Courtney se recostó de su asiento y se quitó las gafas de pasta violeta apoyándolas con cansancio sobre el escritorio.

—A veces me gustaría abandonarlo todo e irme a las costas de Tailandia y vivir de la pesca.

—Si al menos te gustara el pescado, podría ser una opción —Ambos rieron—. Cuenta conmigo. Sabes que no voy a dejarte caer. Veamos qué podemos hacer.

Estudiaron varias opciones para poder cubrir, entre los dos, las deficiencias que en esos momentos tenía la revista.

—Yo podría encargarme de Moda, Estética y la sección de Celestine; y tú, la de viajes.

Él la vio con ironía.

—¿Qué sabes tú del amor?

—Auch —ella protestó sin sentirse ofendida de verdad—. Las mujeres tenemos otro lenguaje, Em. Y tú no podrías hacerte cargo de la sección de Celestine.

—Porque soy un hombre.

Ella asintió con la cabeza.

—Qué tontería más grande. Quizá yo sé mucho más que tú del amor.

Ella lo vio indignada y a la vez curiosa. Emerick nunca hablaba del amor con ella.

—Es la sección más importante de la revista, Em. Si la dejo caer me van a cortar la cabeza y mi puesto, se lo van a dar a otro.

—Prepárate para buscar otro empleo porque te lo aseguro, tú no eres capaz de darle a nadie un consejo sobre el amor.

—Doble «auch» —ahora sí se sintió ofendida—. No soy un monstruo, Emerick Eldridge. Además, los sentimientos son básicos y siempre tienen una solución.

Él volvió los ojos al cielo.

—Los sentimientos son mucho más que eso, Courtney.

Joy les interrumpió.

—Tu cita de las 11 ya está aquí.

—Usemos a Joy de juez y que ella decida.

—Oh no, por favor. Ustedes arreglen sus asuntos en donde mejor les parezca. A mí me dejan por fuera, gracias.

Para nadie en la redacción de la revista era un secreto la relación ocasional de Emerick y Courtney.

—Courtney dice que ella va a encargarse de la sección de Celestine.

Joy bufó y luego soltó una carcajada.

—Prepara el currículum, cariño —le dijo a su jefa—. Seguro que te echan en cuanto salga el próximo número.

Courtney los vio indignada.

—Emerick cree que él sí podría hacerlo.

—Mil veces mejor que tú.

Joy era la mejor amiga de Courtney y por eso ella le permitía que le hablara de esa manera aun estando en la oficina, siempre y cuando fuese entre gente de confianza. Como era el caso.

—Te lo dije —Emerick les dejó ver una victoriosa sonrisa—. Ponme a prueba. Si no funciona, será a mí a quien echen a la calle —le guiñó un ojo y Joy salió de la oficina.

—Nadie puede saber que tú estás suplantando a Celestine. Ni siquiera tu familia. Quiero todos los correos que saldrán en la revista listos para el viernes. No puedes descuidar tu sección de gastronomía y por favor, tampoco descuides la de viaje que te acabo de asignar.

Él la vio con esa mirada seductora que encendía su fuego interior.

—¿Sigue en pie la cena del jueves? —preguntó en tanto se ponía de pie.

—No creo que tengas tiempo para todo —respondió ella sarcástica.

—Ya lo verás —le respondió Emerick con el reto y la lujuria marcados en su mirada. Courtney le pidió al universo que fuera así porque los encuentros con Emerick eran su mayor diversión en la vida. El trabajo y el sexo eran las adicciones de Courtney; aunque, su adicción al sexo era selectiva y no le permitía meterse con nadie en la cama a menos de que esa persona le atrajera intelectualmente. No era de las que podía pasar a la acción con solo ver a un buen ejemplar del sexo opuesto.

Solo con Emerick logró alcanzar la perfección en lo que ella consideraba su mayor diversión, porque solo él estaba dispuesto a no enredarse de otra manera que no fuese profesional y sexual.

Davina no podía sentirse más nerviosa en la vida.

Ni siquiera cuando una de sus fotos resultó nominada dentro de la categoría «Mejor Fotografía» en el premio más importante que se otorgaba dentro del mundo cinematográfico. En aquel entonces iniciaba su carrera como fotógrafa profesional y a través de un profesor que admiraba su trabajo, consiguió este importante puesto en el set de dicho film. La película fue olvidada por todos y ella no obtuvo otro trabajo dentro de los estudios de filmación; sin embargo, le quedó un buen registro en su currículum y una experiencia asombrosa de haber podido asistir a la gala de tan importante premio.

Nada podía compararse con los nervios que sentía en ese momento y sabía que su encuentro con el pasado sería parcial porque solo iba a ser el inicio de retomar el contacto con él.

Ni siquiera el asistir al evento más importante en el mundo del cine la descontroló así.

Parecía una adolescente.

Al principio, cuando se enteró de que Blake y Alex se reencontraron y estaban juntos de nuevo, no se lo podía creer. En la primera foto que ellos le enviaron, no solo lo creyó, sino que además, se le activaron miles de emociones que ella creía haber olvidado desde el último beso que ella y Emerick se dieron antes de marcharse del campamento hacía tantos años.

Recordó la promesa que entonces se hicieron, de dejar que el destino los uniera si de verdad tenían que estar juntos. En todos esos años la cumplió a la perfección a pesar de que se vio tentada, en varias oportunidades, a solicitar la amistad de Emerick en alguna de las muchas redes sociales de las que era miembro.

Davina respetaba el acuerdo de no contactar, de dejar esa misión en manos del destino, pero era mujer y sentía muchísima curiosidad por saber de la vida de aquel chico que consiguió conquistar su corazón de una manera que más nadie pudo lograr. Ese chico que —todavía— le arrebatava sonrisas en cada momento y que le dijo las palabras más dulces que ella jamás escuchó, porque sí, ya hecha una mujer al completo, todavía no encontraba a un hombre que la llenara de alegría como solo Emerick pudo hacerlo en el pasado y como lo hacía en el presente cuando pensaba en él.

En los últimos meses, parecía que el destino empezaba a jugar con sus vidas de una forma muy extraña, intentando acercarlos de una forma u otra. Todo empezó a revolverse con el último viaje que hizo a Yellowstone. Sus emociones y recuerdos se desequilibraron un poco. Luego, el reencuentro entre Alex y Blake; sabía que eso le llevaría a saber de Emerick y más cuando Blake le dijo que él y Alex iban a casarse.

En la boda lo vería.

Agradecía que aún no tuvieran fecha prevista.

Y lo más reciente que descubrió era que ambos trabajaban para la misma revista.

Sabía que era jefe de la sección gastronómica de la revista que ella compraba cada mes sin falta y a la cual, le vendía algunas fotografías de sus viajes.

Tal como lo prometieron, Davina dejó en manos del destino que llegara a oídos de Emerick el hecho de que sus fotos estaban dentro de la misma revista para la cual él trabajaba.

Parecía que nada había llegado a oídos de Em y que él tampoco leía la revista en su resultado final porque se habría enterado, gracias a los créditos, que estaban más cerca de lo que creían el uno del otro.

Pudo haber culpado al destino y presentarse en la redacción de la revista para sorprenderlo, pero qué ganaría con ello.

No solo lo engañaría a él si no a ella misma porque rompería por completo la magia que envolvía a aquella promesa hecha por ambos. Además, su espíritu errante la obligaba a ponerse en constante movimiento alrededor

del mundo para satisfacer su pasión por fotografiar sitios que le arrebatan la respiración al admirarlos. Cada uno tenía su vida y su forma de vivirla y Davina estaba acostumbrada a ser una mujer solitaria, por ello no insistía en un encuentro inminente con Emerick.

Sus nervios azotaron de nuevo su estómago cuando escuchó la puerta de casa de sus padres abrirse.

Sonrió en grande y se echó en brazos de su hermano al cual tenía más de seis meses sin ver.

Blake era su hermano, mejor amigo y confidente. La vida no la pudo colocar en una mejor familia que la que ella tenía porque estaba convencida de que una mejor que la suya, no existía.

Blake le dio un delicioso abrazo de oso. De esos que te aseguraban que estabas en casa y que te hacían sentir protegida.

Por fin, cuando la soltó, Davina observó a Alex que le regalaba una sonrisa tan genuina como la de su hermano. Esos dos nacieron para estar juntos. Estaba convencida de eso.

Las chicas también se abrazaron.

—¡Cuánto tiempo tenemos sin saber la una de la otra! —Alex la veía con ilusión—. Aunque tu hermano ya me ha ido poniendo al tanto de tu vida.

—¿Y papá y mamá?

—Salieron al supermercado. Yo estaba durmiendo cuando eso ocurrió —Les sonrió divertida—. Hay ciertas costumbres que no he perdido —comentó irónica.

Davina ayudó a Alex a instalarse en su vieja habitación. Aunque su hermano y Alex estaban comprometidos, su madre no iba a permitir que pasaran una noche juntos bajo su techo.

La casa de los Olson era amplia y sencilla. Davina quería renovar la decoración porque a veces le parecía que todo estaba suspendido en el tiempo. Su madre se negaba porque decía que los muebles, cuadros y todo lo que estaba en el interior de la casa, le recordaba a ellos cuando aún vivían juntos y sentía que si renovaba los espacios, desechaba sus recuerdos.

Solo permitía que, una vez por año, Davina y Blake enviaran a un equipo que limpiaba a fondo las moquetas de las habitaciones y pintaban toda la casa por dentro y por fuera.

—Siento mucho que no sea un hotel cinco estrellas —comentó Davina irónica cuando entraron a su habitación. Las paredes pasaron a ser beige en vez de rosa, y las cortinas blancas en vez de lila. El resto permanecía intacto.

La cama individual con cajón en la que ella y sus amigas de la infancia durmieron los fines de semana que se organizaban fiestas de pijamas entre las chicas. Una mesa de noche a juego con una lámpara que Davina no entendía cómo diablos funcionaba aún de lo vieja que era. Y el mueble tocador de madera lacada que Davina intentaba adivinar cómo era que se seguía conservando blanco a pesar de los años. El espejo, como era tradición entre las adolescentes, apenas tenía un espacio disponible para verse porque el resto estaba cubierto de las fotografías que Davina tomaba desde que tenía uso de razón. En el ático tenía varias cajas con las miles de fotografías que hizo en su adolescencia, antes de dedicarse a eso de manera oficial. Y antes de que la tecnología permitiera aligerar la carga de fotos en casa.

Davina extrañaba los cuartos de revelado, no era lo mismo darle la orden a la impresora de imprimir una fotografía que hacerlo de forma manual.

La vida avanzaba y la tecnología con ella.

Suspiró justo en el momento en el que Alex observaba las fotos que dominaban el espejo del tocador. Muchos de los rostros eran desconocidos para Alex, sin embargo, Davina pudo notar el cambio en su mirada y cómo sus labios dibujaron una leve sonrisa al ver una foto de aquel viaje que los unió en la adolescencia; aparecían los cuatro abrazados y sonriendo felices. Alexladeó la cabeza con ternura cuando vio la siguiente en la que aparecía Emerick con una sonrisa dulce en los labios y los ojos llenos de ilusión.

—Mi madre mantiene intacta también mi habitación —comentó la chica sonriendo y Davina entendió que pretendía restarle importancia a lo que acababa de apreciar en la foto.

—Se niegan a vernos crecer —Ambas rieron—. Te dejo para que te pongas cómoda. Estaré en la cocina sacando los platos limpios del lavaplatos antes de que llegue mamá para empezar a preparar la comida de mañana.

—Veo que ahora no le pagas a nadie para que haga tus deberes del hogar —comentó Alex divertida haciéndole recordar a Davina que en el campamento, le daba dinero a su hermano y deliciosos besos a Emerick para que hicieran sus labores por ella mientras ella se deleitaba inmortalizando el paisaje de Yellowstone.

No pudo evitar sentir una extraña nostalgia por aquellos días.

—¿Cómo está Emerick? —Alex la observó complacida. Le sonrió con dulzura. No hizo falta decirle nada más para que pudiera entender lo que Davina estaba experimentando en ese momento.

—Tan bien como tú —respondió Alex con una sonrisa que le indicó a

Davina que no obtendría más información.

—Me alegro —Davina no sabía qué más agregar a la conversación y cuando ocurría eso, pensaba que lo más sabio era ir a otro lado o cambiar la conversación. Tendría que ser lo primero porque para lo segundo tenía la mente un tanto bloqueada—. Estaré en la cocina.

Y salió sin más.

El resto del día transcurrió con completa normalidad. El Sr. y la Sra. Olson no podían borrarse del rostro la felicidad que sentían al tener a sus dos pequeños en casa para la noche de Acción de Gracias.

Cecile y Anthony eran una pareja unida y cariñosa. No temían demostrarse el amor que se tenían delante de sus hijos aunque a veces, para ellos, resultara incomodo ver a sus padres darse besos en la boca o hacerse algún comentario un poco subido de tono. Davina ya estaba acostumbrada a esas escenas en casa, creció con ellas y se sentía afortunada de haberlo vivido. Gracias a eso podía saber qué quería ella para su futuro si algún día conseguía a ese hombre que la hiciera tan feliz como su padre hacía a su madre.

Ella quería contar con ese coqueteo infinito, la complicidad con la que se veían, la ternura con la que se abrazaban, incluso anhelaba tener la picardía que tan incómoda le resultaba a veces de sus padres.

Sin quererlo pensó en Emerick y sacudió la cabeza para intentar sacudir los pensamientos.

Su madre la observó con curiosidad.

—Me hace tan feliz tenerlos a todos aquí —Cecile estaba preparando su famoso *pie* de calabaza en tanto Davina le ayudaba con el relleno para el pavo—. Solo me falta que te consigas a un buen hombre. Si lo deseas, claro está. Porque bien sabes que nosotros lo único que queremos es que ustedes sean felices, sea como sea.

—Lo sé, mamá. No dejas de aconsejarme que me busque al príncipe azul.

—Bueno, también podría ser un alpinista que quiera vivir en tu caravana. Me da lo mismo lo que sea. Y sé que con tu soledad y tu profesión eres muy feliz —Cecile dejó de batir la mezcla y se acercó a su hija tomándola por los hombros—. La vida en compañía es mucho mejor. Tener a alguien que te mire con devoción, que quiera compartir sus sueños contigo, que esté dispuesto a formar un equipo en el que ambos tengan las mismas responsabilidades y los mismos derechos; alguien que no le importe si te sale una arruga o ganas un poco de peso porque, para esa persona, siempre serás hermosa; alguien que te

llene de besos durante el día y esté impaciente por saciar su deseo por ti — Cecile suspiró complacida viendo a su marido con ojos risueños. Anthony le lanzó un beso desde el salón en cuanto sintió que su mirada cayó sobre él, a pesar de estar muy entretenido hablando con Alex y Blake—. Alguien que te haga más feliz de lo que puedes ser por cuenta propia.

Davina abrazó a su madre y se sintió nostálgica.

—En algún momento me llegará, mamá.

Cecile asintió y continuó batiendo la mezcla del pie.

—Estoy convencida de eso cariño —hizo una pausa y luego preguntó—: ¿No fue el hermano de Alex el chico que te dejó muy pensativa al regresar del campamento el verano que estuvieron en Yellowstone?

Davina vio a su madre a los ojos. No podía ocultarle nada.

—Sí, mamá. Emerick es el hermano de Alex.

Cecile sonrió como un niño que piensa en una divertida travesura.

—¿Te imaginas si acaban reencontrándose ustedes también?

Davina sintió los nervios atacar su estómago otra vez.

—No lo sé, mamá. No creo que ocurra, él debe tener su vida.

—Tal vez es un solitario como tú —Su madre especulaba entusiasmada—. ¿Ya se contactaron? ¿Qué sabes de él?

—No, madre, no nos hemos contactado ni lo haremos. No fue lo que acordamos.

Su madre la vio con duda.

Y le explicó la promesa que se hicieron al finalizar el verano en el campamento.

—Acordamos que solo nos vamos a reconectar si nos encontramos sin ayuda de nadie.

Davina no pretendía darle más detalles a su madre.

Cecile sonrió feliz.

—La boda de estos dos será muy pronto y tanto tú como Emerick tendrán que asistir. Ese encuentro va a ser inevitable y algo me dice que algo bueno va a salir de allí.

Emerick se sentía agotado pero satisfecho.

Las últimas dos semanas en la revista fueron muy agotadoras, sin embargo, logró cumplir con todo lo que Courtney le pidió y además, superó

con creces las expectativas de la mujer en cuanto a llevar él mismo, la sección de Celestine.

Su jefa no pudo esconder el asombro tras leer las respuestas que hizo a cinco cartas de lectoras con intensos problemas de pareja.

—Es como si llevaras la sensibilidad de una mujer en cuanto a los sentimientos, manejándolos con la simplicidad de un hombre.

Fue lo que le dijo su jefa mientras leía las soluciones que Emerick le escribió a cada una de esas lectoras.

Confesaba que los casos tampoco eran tan complicados y sí, tenía razón Courtney en decirle «sentimental» porque lo era, solo que no lo exponía todo el tiempo. Le gustaba sentir y dejarse llevar por lo que sentía en determinados momentos. No por eso dejaba de ser objetivo ante la situación que se le presentaba y que, de alguna manera, involucraba sentimientos para él.

Además, sus sentimientos hacía mucho tiempo quedaron congelados para el futuro porque solo con Davina pudo experimentar emociones que nunca más volvió a compartir con nadie.

Davina lo fue todo en su vida. Amiga, ilusión y pasión. Fue su primer gran amor y parecía que sería el único porque ninguna chica lograba quitarle el sueño como Davina solía hacerlo cuando se empecinaba en pensar en ella.

«¡Cuántos años pasaron! ¡Cuántas cosas cambiaron en ellos!» pensó.

Un nudo se hizo presente en su estómago al pensar en que, pronto, el destino finalmente los pondría frente a frente de nuevo.

¿Qué haría estando frente a ella? Lo imaginó mil veces y en todas esas recreaciones, siempre acababan estando juntos. La esperanza profunda de Emerick era que pudieran estar juntos para siempre y sabía que estaba muy lejos de la realidad que los rodeaba.

Sabía que ella recorría el país, y en algunas ocasiones, el mundo, para obtener las fotos que a Emerick le dejaban sin habla. Solo Davina parecía saber captar la esencia de la naturaleza. Tenía un ojo mágico y sublime que le permitía ver cosas que los demás no podían y su cámara, siempre en sincronía con esas visiones de la chica, lograba enseñarle al mundo la forma en la que Davina veía un amanecer, una montaña, una flor o un lobo.

Fue la primera persona a la que buscó con desespero en las redes sociales y encontró maravillas en su búsqueda. Sin importar la distancia y el tiempo que los separaba, Emerick se sentía más que orgulloso de todo lo que ella alcanzó en tan corto tiempo gracias a su habilidad para retratar. No podía creer que la chica alcanzara una nominación al premio más importante en el

mundo del cine.

Para él, Davina era una inspiración.

Suspiró.

—Es la quinta vez que suspiras en menos de diez minutos y me estás poniendo nervioso.

Baltashar Eldridge, su padre, un reconocido arquitecto con fama de ogro, lo observaba con preocupación.

Emerick sonrió de lado cuando se encontró con la preocupación marcada en los ojos de su padre.

—No pasa nada, papá. Mucho trabajo.

Baltashar se estaba volviendo viejo, no tonto, y le ponía de los nervios que sus hijos quisieran burlarse de él de vez en cuando.

—No entiendo cuándo diablos van a entender que mientras ustedes van, yo ya me he recorrido el camino cinco veces y estoy esperándoles cómodamente sentado. ¿Crees que soy idiota, Emerick? Esa cara tuya poco habla de trabajo. ¿Cómo se llama?

—Papá, en serio, no quiero hablar de esto.

Su padre se levantó del sofá en el que estaba y sirvió cuatro bebidas mientras Beth y su esposo Jonas, se unían a la conversación.

—Hemos terminado en la cocina. La cena estará lista en un rato.

Baltashar le dio la bebida a cada uno y miró a su hijo a los ojos con profundidad.

—¿Qué ocurre? —Beth los conocía muy bien.

—Que este tonto está suspirando como adolescente por una chica y me viene con el cuento de que los suspiros son por el trabajo.

—Ay, cariño —La tía Beth sonreía divertida—. Si alguien sabe de la diferencia de suspiros entre amor y trabajo, ese es tu padre.

Emerick soltó una carcajada junto a Beth y Jonas, que poco entendía del chiste que acababa de lanzarle su mujer a su cuñado que lo recibió con cara de pocos amigos.

—Se creen muy graciosos estos dos —Baltashar protestó viendo a Jonas para conseguir apoyo.

—Creo que se refiere a la madre de tus hijos que, por lo que sé, sigues enamorado de ella —El rostro del Sr. Eldridge pasó a rojo intenso por la vergüenza—. Y ahora que también te prohibieron ir al trabajo, imagino que por eso sabes diferenciar los suspiros.

—No me caes muy bien, cuñado —Baltashar sonreía alegre. Estaban en

lo cierto aunque él creía que ocultaba un poco las ganas locas que tenía de volver con su mujer—. No es de mí de quien hablamos. Es de Emerick. ¿Cómo se llama? —vio a su hijo de nuevo.

—Déjalo, Baltashar —Beth intervino con un tono maternal y protector—. Ya lo dirá cuando él quiera.

El Sr. Eldridge observó la complicidad entre ellos y dedujo que su hermana sabía quién era la chica.

Ya se encargaría de sacarle la información cuando estuvieran a solas.

Emerick le agradeció a su tía con la mirada el haber intervenido. Su padre le hacía caso la mayoría de las veces.

Beth Eldridge era una segunda madre para Emerick. Al ser el hijo del medio, Em siempre sintió que sus hermanos recibían más atención por parte de sus padres. No sentía celos, estaba muy lejos de eso porque amor nunca le faltó y siempre que necesitó consejos de ellos, los recibió con la atención necesaria. Cada uno de sus padres tenía su preferido y a él le tocó ser el preferido de la tía Beth.

Con respecto a sus hermanos, Alex lo era todo para él. Su hermanita, amiga y compañera de locuras. Consejera y en muchas ocasiones, terapeuta. No podía imaginarse la vida sin Alex a su lado. Ella siempre estaba cuando la necesitaba y él nunca le fallaba a ella. Eran un complemento y lo seguirían siendo siempre. A veces sentía un poco de lástima por Calvin, su hermano mayor, que los observaba con felicidad y con un tanto de envidia también. Calvin nunca pudo conseguir esa unión mágica ni con Alex ni con él aunque eso no quería decir que faltaba amor y lealtad entre ellos. Ni pensarlo. Adoraba a sus hermanos sin importar si la relación era cercana como ocurría con Alex; o distante, como ocurría con Calvin. Entendía y respetaba que cada uno tuviera su personalidad y forma de actuar en la vida.

Su teléfono sonó volviéndole a la realidad en la que estaban sus tíos, su padre y él en una casa inmensa, celebrando el día de Acción de Gracias entre ellos porque el resto de la familia estaba fuera. Alex, en casa de Blake en la otra costa del país; y Calvin, con Bridget al norte en casa de la familia de ella.

Una Alex sonriente se dejó ver en la pantalla del teléfono.

—¿Cómo estás?

—No tan bien como tú, por lo que veo —Emerick le guiñó un ojo a su hermanita.

—Los Olson son una maravilla de familia, Em. Deja que conozcas la parte que no conocíamos para que quedes prendido de ellos como yo.

Emerick se revolvió incomodo en su asiento cuando se dio cuenta la forma en la que lo observaba su padre. Sonreía de forma maquiavélica y divertida, sabía que había conseguido la información que estaba buscando.

—Papá, la tía Beth y Jonas están aquí —Emerick enfatizó sus palabras abriendo los ojos.

Alex, sonrió divertida.

—Lo siento, no era mi intención hablar más de lo debido.

—Feliz día de Acción de Gracias, familia —Blake se incorporó muy alegre a la conversación online.

—Gracias, muchacho, ¿todo bien por allí?

—Mejor que nunca, señor —Blake le dio un beso dulce a Alex en una mejilla—. Voy a buscar al resto de la familia para que los conozcan.

Emerick sintió que el corazón se le iba a salir por la boca.

La mano que tenía libre se aferró con fuerza al posabrazo del sillón en el que se encontraba.

Beth y Jonas se colocaron detrás de Emerick, junto al Sr. Eldridge y en ese momento, Emerick quiso correr muy lejos de allí.

—Voy a ver si la comida está bien en la cocina.

—Lo está —Su tía le puso una mano en el hombro para que se quedara en donde se encontraba—. La comida y todo lo demás, está perfecto.

¿Por qué su tía lo obligaba a enfrentarse con lo mejor de su pasado en un presente que no sabía si le iba a gustar?

Alex sonrió de nuevo viéndolo a los ojos.

—Aquí vienen —anunció a los Olson que se pusieron en pantalla y saludaron a la familia Eldridge con entusiasmo.

Davina no estaba. Emerick no supo cómo sentirse.

¿Decepcionado?

La conversación se extendió entre los mayores de ambas familias. Alex y Blake se desaparecieron de la pantalla. Emerick no lograba concentrarse en lo que decían y optó por imitar a su hermana y desaparecer dejándole el teléfono a su padre.

Entró en la cocina y revisó que el pavo estuviese a buena temperatura para poder servirlo en la mesa. Chequeó el *pie* de calabaza, y se puso a preparar la salsa que acompañaría al pavo.

Las manos le temblaban, no sabía si de la rabia o de la tristeza de no haber visto a Davina.

Pudo haber preguntado por ella.

Cuando tuvo la salsa lista, la colocó en el envase especial de porcelana blanca y lo llevó a la mesa.

Su padre se acercó a él y le extendió el teléfono.

—Tu hermana quiere decirte adiós.

Cogió el teléfono y por poco se le cae el alma al suelo cuando, ante él, descubrió que Alex no estaba y en su lugar, solo quedaba Davina.

Si quieres seguir leyendo esta historia, puedes adquirirla en versión Kindle, Kindle Unlimited y/o papel [pinchando en este enlace](#)

Querido lector:

Siempre te estaré agradecida por tu apoyo, por tu fidelidad hacia mis historias y por compartir conmigo tu experiencia como lector.

Recuerda que tus comentarios en Amazon y en Goodreads son importantes para que otros lectores se animen a leer esta o cualquier otra historia. No tienes que escribir algo extenso, no lo tienes que adornar, solo cuéntalo con sinceridad. Los nuevos lectores lo agradecerán y yo me sentiré honrada con tu opinión, bien sea para festejar por obtener muchas estrellas o para aprender en dónde estoy fallando y mejorar.

¿Sabes que por suscribirte a mi blog recibirás dos relatos de mi autoría como regalo en formato digital? Entra ya en www.stefaniagil.com y rellena el pequeño formulario que aparece en la columna de la derecha. Con esto también podrás estar al tanto de mis novedades, lanzamientos, concursos y material gratuito que pienso obsequiar a mis lectores.

Me encanta tener contacto con todos mis lectores. No dejes de seguirme en las redes para que podamos estar en constante comunicación ;-)

¡Mil gracias por todo, sin ustedes, esto no sería posible!

¡Felices Lecturas!

Grupo de Facebook: [Los noveleros de Stefania Gil](#)

Facebook Fan Page: [Stefania Gil – Autor](#)

Instagram: [@Stefaniagil](#)

Twitter: [@gilstefania](#)

Email: info@stefaniagil.com

Stefania Gil

Stefania Gil es escritora de novelas de ficción romántica paranormal y suspenso. También escribe romance contemporáneo en algunas ocasiones.

Forma parte del equipo editorial y creativo de la revista digital Amore Magazine, una publicación trimestral dedicada al género romántico.

Ha sido colaboradora de la revista digital Guayoyo En Letras en la sección Qué ver, leer o escuchar.

Le encanta leer y todo lo que sea místico y paranormal capta su atención de inmediato.

Siente una infinita curiosidad por saber qué hay más allá de lo que no se puede ver a simple vista, y quizá eso, es lo que la ha llevado a realizar cursos de Tarot, Wicca, Alta Magia y Reiki.

Actualmente, reside en la ciudad de Málaga con su esposo y su pequeña hija. Y desde su estudio con vista al mar, sigue escribiendo para complacer a sus lectores.

Otros títulos de la autora:

[Deseos del corazón](#)

[Ecos del pasado](#)

[No pienso dejarte ir](#)

[Estamos Reconectados Reenamorados](#)

[Romance Inolvidable](#)

[Pide un deseo](#)

[Un café al pasado – Naranjales Alcalá I](#)

[El futuro junto a ti – Naranjales Alcalá II](#)

[EL Origen – División de habilidades especiales I](#)

[Las Curvas del amor – Trilogía Hermanas Collins I](#)

[La melodía del amor – Trilogía Hermanas Collins II](#)

[La búsqueda del amor – Trilogía Hermanas Collins III](#)

[Siempre te amaré](#)

[Mi último: Sí, acepto](#)

[Presagios](#)

[Sincronía](#)

La ciudad del pecado – Serie Archangelos I
La ciudad que nunca duerme – Serie Archangelos II
La ciudad de la luz – Serie Archangelos III
La ciudad del viento – Serie Archangelos IV
La ciudad de los ángeles – Serie Archangelos V